

# El misterio del asesino del más allá

Robin Forsythe



Título original: *The Spirit Murder Mystery*.

Robin Forsythe. Publicado por primera vez en 1936 por The Bodley Head

Traducción, adaptación y edición: © 2018, Clara Ramírez de Arellano Ruiz. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Alberto Zuya Valladolid

Revisión del texto: Ana García Alegre

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma, ser almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitirse de ningún modo por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin el permiso escrito de Clara Ramírez de Arellano Ruiz, excepto para citas breves y artículos críticos o revisiones.

Todos los personajes y situaciones que aquí aparecen son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

### **Sobre Sherlock Editores**

A medio camino entre Sherlock Holmes y Agatha Christie, esta colección inédita de novelas policiacas de la edad de oro del misterio entretiene, intriga y divierte a partes iguales.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Sobre el autor](#)

[La edad de oro de la novela de misterio](#)

[Muerte en el Britannic \(extracto\)](#)

# CAPÍTULO 1

Hacía un calor sofocante esa tarde de verano. Unos nubarrones grises amenazaban lluvia y remolinos de viento se levantaban fugazmente aquí y allá. Parecía que una tormenta iba a interrumpir, por fin, el largo intervalo de calor y bochorno pero, para cuando llegó la noche, las nubes ya se habían dispersado de nuevo y el aire estaba otra vez en calma.

*Sir* John Thurlow fumaba con calma sentado en el escritorio de su despacho de Old Hall Farm. Su cabello, cuidadosamente cortado, brillaba bajo la lámpara de luz eléctrica que tenía delante. Sobre la mesa se veían varios libros de espiritismo. Uno de ellos estaba abierto delante de él y, por la expresión de su cara y por la frecuencia con la que su pipa se le apagaba una y otra vez, era evidente que lo leía con gran concentración e interés.

Cerca del escritorio, dándole la espalda para aprovechar también la luz de la lámpara, su sobrina, Eileen Thurlow, leía en una butaca. Era una mujer alta y delgada de unos veinte años, con cara pálida y cabello negro y lustroso. Sus rasgos eran delicados: tenía unos grandes ojos castaños, luminosos y soñadores, una barbilla firme y una boca pequeña y bien formada. Si fuera posible adivinar el carácter de alguien en base a su fisionomía diríamos que, a pesar de cierta predisposición a la imaginación y la fantasía, era una mujer decidida, con una considerable capacidad de acción. Los hombres, al principio, la encontraban muy atractiva, pero se veían pronto ahuyentados por su frialdad e indiferencia. Tanto su tío como sus familiares y amigos estaban de acuerdo en que a veces era un poco difícil de comprender y que era algo “misteriosa”. Esta reputación había sido alimentada, además, por las firmes creencias de Eileen en lo que se suele llamar espiritismo.

Pertenecía a un círculo de aficionados, asistía a sesiones espiritistas, creía que ella misma tenía *poderes* y, aunque solía rehuir la polémica, siempre estaba dispuesta a hablar del asunto con cualquiera que se lo tomara en serio. Con los escépticos recalcitrantes no se molestaba en perder el tiempo y con los que se burlaban del tema no tenía paciencia.

Su tío al principio había visto con preocupación este interés de su sobrina por los fenómenos psíquicos. No era tanto porque dudara de su existencia sino porque temía más bien que esta afición tuviera un efecto morboso en su mente. *Sir* John había vivido varios años en la India y durante su largo “exilio del

este”, como solía llamarlo, había pasado por una fase de fascinación por el yoga de la que nunca se había desprendido por completo. De alguna forma pensaba que en el yoga se escondía algún poder secreto que, si se conseguía descubrir, garantizaría el éxito tanto en la vida como en los negocios. Con los años, sin embargo, el yoga había pasado a un segundo plano y era ahora, en su jubilación, cuando se había transformado en un interés repentino por el espiritismo.

Al principio se había avergonzado un poco de dicho interés pues era un hombre muy sensible al ridículo. Pero, poco a poco, superó esta fase y comenzó a profundizar en el tema, ayudado por la influencia de su sobrina.

El libro que leía esa tarde con tanto interés era *Investigaciones sobre el fenómeno del espiritualismo*, de sir William Crooke. La mente de sir John Thurlow era fundamentalmente escéptica y necesitaba la garantía científica como pantalla contra el ridículo. En los científicos confiaba ciegamente.

Se levantó de su silla, se puso a pasear por la habitación para estirar los músculos y se giró de repente hacia su sobrina.

—Bien, Eileen. Estoy convencido por fin de que hay *algo* en esto del espiritismo.

Eileen cerró con aire satisfecho el libro que estaba leyendo y miró a su tío con una sonrisa en los labios.

—Esto de *creer* debe depender del carácter de cada uno, tío. Yo he debido de nacer *en la fe*, por así decirlo. Nunca he necesitado “convertirme”. Parece que tú solo lo has logrado después de mucha persuasión y estudio.

—Bueno, Eileen, ya me conoces, necesito pruebas. Soy cauto y escéptico por naturaleza. Pero basta con leer a los famosos investigadores que han sido firmes creyentes del espiritismo como sir William Crooke, por ejemplo, cuyo libro me estoy leyendo ahora. O sir Oliver Lodge y Camille Flammarion... Entre ellos han conseguido convencerme por completo. Se puede engañar al hombre de la calle, pero no a observadores entrenados y rigurosos pensadores.

—Supongo que no —respondió Eileen sin demasiado interés—, pero ahora que estás seguro de que los fenómenos sobrenaturales existen, solo tienes que dejar tu mente abierta y ya verás como obtienes pruebas, visuales o auditivas. Esta vieja mansión, en la que lleva viviendo y muriendo gente durante cientos de años, es especialmente favorable a ello. Yo llevo escuchando unos débiles acordes de música desde hace algún tiempo...

Juraría que ha habido un músico entusiasta entre los antiguos ocupantes de esta casa.

—¿Estás segura de que no son imaginaciones tuyas? Yo también oigo muchas veces melodías en mi cabeza, pero eso no quiere decir que las oiga *de verdad*. Es muy diferente.

—No, no. No es mi imaginación. Oigo realmente la música. Es casi inaudible pero consigo oírla.

—¿Puedes distinguir el instrumento? —preguntó *sir* John Thurlow después de un momento de reflexión.

—¿Qué pregunta más rara! Nunca lo he pensado, la verdad. Estaba tan emocionada con el fenómeno en sí que no me he fijado en la música. Pero, ahora que lo preguntas, diría que suena como el órgano de una iglesia.

—La iglesia está a más de un kilómetro de distancia. Es imposible oír el órgano. Incluso con viento a favor. ¿Cuándo lo has oído por última vez?

—El martes por la noche y sonaba especialmente nítida. Estaba aquí sentada cuando la escuché. Tú estabas con el doctor Conrad.

—Sí, ya me acuerdo. Qué casualidad, ese día estuvimos discutiendo de espiritismo. Él dice que son todo patrañas. Yo le mencioné este libro de *sir* William Crooke y tuvo el coraje de decir que a un científico se le define como un gran especialista en un solo tema y un borrico en todo lo demás...

—Supongo que se aplicará el cuento a sí mismo también... ¿Le hablaste de esta música que llevo oyendo ya durante bastante tiempo?

—Bueno... sí. Espero que no te importe.

—En absoluto. ¿Y qué dijo?

—Insinuó que el organista de la iglesia estaría ensayando en un momento de condiciones climáticas o atmosféricas especialmente favorables. Se negó a escuchar ninguna otra opinión.

—El organista no ensayó el martes por la noche. Me tomé la molestia de preguntarle.

—¿Ah, sí? ¡Espléndido! Lástima no haberlo sabido para decírselo. Le habría dejado planchado.

—No sirve de nada discutir con el doctor Conrad, tío. Es uno de esos hombres que tienen decidida su opinión antes de molestarse en investigar sobre el tema. O mejor dicho, su educación y experiencia toman la decisión en su lugar. Yo creo que los médicos, en general, son un gremio bastante cínico.

Después de un silencio que duró unos instantes, *sir* John Thurlow añadió:

—Ojalá pudiera yo escuchar esa música de la que me hablas. Me pregunto cuándo volverá a sonar.

—Creo que podríamos oírla en cualquier momento, siempre que estemos en el estado mental adecuado. Tienes que estar *en rapport*, así se dice, o no la oirás nunca... Estaba hablando con Dawn Garford el otro día y me hizo un comentario muy agudo. Me dijo que el hombre normal y corriente que no se aleja del asfalto nunca encontrará champiñones... Tienes que alejarte del día a día y buscar activamente los fenómenos ocultos.

—Un buen ejemplo. Me merece mucho respeto Dawn. Es una mujer sensata —observó *sir* John Thurlow y preguntó—: ¿Pero cómo puedo entrar yo *en rapport*, como dices?

—Bueno, es cuestión de ir probando. Podemos intentarlo esta noche. Apagaremos la luz y esperaremos sentados y en silencio. Tenemos que estar convencidos de que podemos contactar con este músico sobrenatural. Estoy segura de que poseo el don para hacer de médium. Cuando oí la música por primera vez estaba en un estado de ánimo muy particular... No lo llamaría exactamente trance, pero algo similar. Una especie de ensoñación que le sucede a la gente con poderes psíquicos.

—¿Tú crees que es buena idea, Eileen? —preguntó su tío, dubitativo.

—Si tienes curiosidad por el tema, no hay nada mejor que realizar el experimento, tío. No va a pasar nada malo. Y me gustaría probar una vez más y confirmar si tengo poderes de médium o no.

—¡Vamos, entonces! ¡Lo intentaremos! —exclamó *sir* John Thurlow con repentino entusiasmo—. Me pone un poco nervioso la idea, aunque no sé por qué...

—Si nuestros experimentos terminan resultando desagradables o peligrosos para ti, tío, dejamos de hacerlos y ya está —observó Eileen.

—Claro, claro... —replicó *sir* John Thurlow, y se quedó ensimismado unos instantes. Sus ojos vagaron por la habitación, sobria y elegante, con sus vigas oscuras y panelado de roble. Por su mente desfilaron los cientos de ancestros suyos que habían nacido, comido, charlado, reído, llorado, amado, discutido y finalmente muerto en esa misma habitación. La inmensa casona estaba impregnada del espíritu de los que se habían ido y estaban ya olvidados. Se volvió hacia su sobrina y le preguntó:

—¿Apagamos ya la luz?

—Claro. Por algún motivo, la oscuridad parece favorecer las apariciones.

Todos los espiritistas están de acuerdo en eso. Cuando hayas apagado la luz, quédate sentado completamente inmóvil y escucha atentamente. Voy a intentar entrar en contacto con lo que se llama un guía espiritual, todas las médiums lo tienen.

*Sir John Thurlow* se levantó, apagó la luz y se sentó de nuevo. Una vez que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, comenzó a distinguir el contorno de los muebles de la habitación y la silueta de su sobrina, claramente delineada por el vestido blanco de muselina que llevaba. Su pálida cara no era más que una mancha gris sobre el vestido.

—¿Te encuentras bien, Eileen? —preguntó.

—Sí. Empecemos. Deja tu mente en blanco. Intenta liberarla de cualquier pensamiento. Ya sé que es difícil. Y ahora, por favor, permanece en silencio.

*Sir John Thurlow* se arrellanó en su butaca e intentó dejar la mente en blanco, pero era más difícil de lo que había pensado. Su mano derecha acarició en el bolsillo su pipa de brezo y sintió un fuerte deseo de fumar. Estuvo a punto de preguntar a Eileen si fumar iba contra las condiciones idóneas de los fenómenos psíquicos cuando, de repente, oyó una respiración pesada. Estaba a punto de preguntarle de nuevo si se encontraba bien, pero recordó sus órdenes estrictas de no hablar y desistió. Permaneció sentado escuchando las laboriosas inhalaciones y exhalaciones de Eileen, preguntándose si habría entrado en eso que llamaban “trance”. Se estaba empezando a poner nervioso. Todo estaba tan quieto y la situación era tan desconcertante... Estaba convencido de que algo horrible iba a materializarse delante de sus ojos. Decidió mantener un control firme sobre sí mismo, con todas sus facultades alerta. Se enfrentaría al fenómeno que fuese con auténtico espíritu científico. No dejaría que algo tan infantil como el pánico fuera más fuerte que él... Además, ¿qué tenía que temer? Eileen parecía tranquila. No había ni rastro de miedo en su comportamiento. Pero a lo mejor estaba inconsciente... en ese estado cataléptico de las médiums...

Escuchó atento. Su respiración ahora era rítmica. ¿Se habría quedado dormida? No pudo resistir la tentación de preguntárselo.

—¿Estás despierta, Eileen? —susurró.

—Sí. ¡Calla y escucha con atención! —contestó ella con una voz extraña, muy diferente a la suya habitual.

*Sir John Thurlow* sintió un súbito brote de pánico. Con un esfuerzo supremo consiguió controlarse, quedarse quieto y escuchar. Pasaron unos



minutos y no sucedió nada. Sonaron las campanas de un reloj. Y, de repente, empezaron a oírse unos leves acordes de música... Apenas se oían, era como si hubieran tenido que atravesar mundos u océanos para llegar. *Sir John Thurlow* se quedó petrificado del asombro. ¿Estaría sufriendo algún tipo de alucinación auditiva? Escuchó de nuevo con concentración absoluta. La música fantasmal rompió de nuevo el silencio, música que, aunque familiar, no conseguía identificar... Súbitamente, la música paró y se volvió a escuchar el pasaje anterior, como si al fantasma le hubiera salido mal el primer intento. Este comportamiento era tan humano que renovó su escepticismo. Tenía que haber una explicación razonable a este fenómeno musical... Sin levantarse de la silla, extendió un brazo y encendió la luz. Miró a Eileen de reojo. Tenía los ojos cerrados y la cabeza caída sobre el pecho. Parecía profundamente dormida. Unos instantes después, su respiración había vuelto a la normalidad, abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor desorientada. Volvió a sonar la música y ambos escucharon en silencio.

—¡Es música de órgano! —dijo *sir John*, incapaz de contenerse más y, levantándose de su asiento, salió por la puerta que se abría al jardín directamente desde su estudio y desapareció en la noche. Un momento después volvió a entrar con cara de asombro.

—¡No es el órgano de la iglesia, Eileen! Fuera no se oye nada. Esto es muy misterioso.

—La música se ha detenido —dijo Eileen, molesta—. En cuanto empiezas a buscar explicaciones naturales a una aparición sobrenatural arruinas las condiciones ideales, tío. Te conviertes en una influencia hostil. Tienes que recordar que estamos intentando contactar con un espíritu, no estamos en un laboratorio o en un juzgado.

—Lo siento, Eileen —se disculpó su tío, arrepentido—. Lo tendré en cuenta en el futuro. La experiencia de hoy me ha abierto los ojos definitivamente. ¡Ha sido increíble!

—Y esto es solo el principio —añadió Eileen con entusiasmo—. Si realizamos nuestros experimentos en el estado mental adecuado conseguiremos más apariciones, tal vez algún ectoplasma...

—¿Te refieres a un fantasma? —preguntó *sir John* alarmado.

—Llamémosle una visión. La palabra “fantasma” implica miedo. Me siento terriblemente cansada. La experiencia me ha dejado agotada. Me voy a la cama. Buenas noches, tío.

Eileen se levantó lánguidamente de su silla y salió silenciosamente de la habitación. Luego corrió hacia su habitación, se puso un abrigo ligero, volvió a bajar sigilosamente para que nadie la viera y salió al jardín. Había una cierta inseguridad en sus movimientos que achacó a los efectos postrance.

Cuando se quedó solo, *sir* John miró intranquilo a su alrededor. Sacó su pipa, la encendió y, después de unas caladas vigorosas, dio media vuelta y reanudó su lectura del libro de *sir* William Crooke.

Solo había leído unas páginas cuando, ante su pasmo, volvió a oír las notas del órgano. Dejó el libro, cerró los ojos y se concentró en la música. Por fin le vino el nombre, era la *Marcha fúnebre de Saúl* de Handel. Una vez más, el hecho de que esta obra le fuera tan familiar le hizo sospechar. Se levantó de la silla y pegó su oreja al suelo. Ahora podía oír los sonidos más claramente... ¿O no? No estaba seguro. Se levantó y salió al jardín de nuevo. Todo estaba en silencio en el exterior salvo por un búho que ululaba en un bosquecillo cercano. Más perplejo aún si cabe, entró de nuevo en el estudio donde aún se podía oír el sonido del órgano.

“Increíble”, pensó. “Pero voy a llegar al fondo de esto como que mi nombre es John Thurlow”.

*Sir* John había recuperado la determinación y firme resolución que le habían hecho rico. Pensó primero en llamar a Eileen pero, recordando el cansancio con el que se había ido a la cama, cambió de idea y decidió investigar él solo. Se quedó inmóvil unos instantes reflexionando. Luego cruzó la habitación hacia el escritorio, sacó un revólver de un cajón y comenzó a registrar la planta baja de la casa.

## CAPÍTULO 2

Fanny Raymer, una de las doncellas de Old Hall Farm, entró la mañana siguiente con el té en la habitación de Eileen. Estaba pálida y sus ojos denotaban preocupación. *Miss Thurlow*, que estaba ya despierta, notó de inmediato que había pasado algo raro. Al principio no se preocupó mucho porque para Fanny Raymer una taza rota era una gran catástrofe.

—Pareces intranquila, Fanny. ¿Qué te ha pasado? —preguntó Eileen en tono despreocupado para tranquilizar a la joven.

—Acabo de llevar el té al señor y la habitación está vacía, señora —replicó la doncella.

—¿Que mi tío no está en su habitación? —inquirió Eileen, desconcertada.

—No está en su cama, señora, y en la casa tampoco.

—Entonces probablemente estará en el jardín o habrá ido a inspeccionar las tierras —observó Eileen, y se sirvió con calma una taza de té.

—A lo que me refiero, señora, es que no ha dormido en su cama y, cuando fui a limpiar el estudio esta mañana, la luz estaba encendida y la puerta que da al jardín cerrada.

Eileen, que se había acercado la taza de té a los labios y estaba a punto de beber, soltó la taza en el plato y la apartó de un manotazo en una mesilla de noche.

—¡Debe de estar en alguna parte! —exclamó con asombro creciente—. ¿Habéis mirado en todas las habitaciones?

—Sí, señora. Incluso en la bodega.

—Entonces se habrá ido al prado a cazar conejos. Runnacles se ha estado quejando últimamente del daño que están haciendo en el huerto.

—Ya lo pensé, señora, pero la escopeta del señor está en su sitio, en el armario. He ido a hablar con Runnacles y le he preguntado si había visto al señor en alguna parte y me ha contestado “no, cariño”... así, como lo oye, así que me he enfadado con él por ser tan descarado...

Pero Eileen no escuchaba. Estaba ensimismada en sus pensamientos. Había dejado a su tío leyendo la noche anterior, sobre las diez de la noche. Tenía un vago recuerdo de haber salido al jardín, pero su mente, exhausta después del esfuerzo, se había quedado en blanco y no recordaba cuánto tiempo había pasado fuera. Sí se acordaba, sin embargo, de que se había

quedado dormida sin haber oído a su tío subir las escaleras de su habitación. Era evidente que no se había ido a la cama a las once y media, como hacía todos los días... ¿Qué le había pasado? No podía haberse desvanecido en el aire. El poder de desmaterializarse no entraba entre las capacidades de su tío. Debía de existir alguna explicación normal. Cuanto más pensaba en ello más desconcertada estaba.

—¿Estaba la puerta del estudio que da al jardín cerrada, Fanny?

—Sí, señora. Y cerrada con llave, igual que todas las otras puertas que dan al exterior.

—Entonces tiene que haber salido por la ventana —observó Eileen, pero pensó que eso era algo muy raro. ¿Por qué iba a salir por la ventana? ¡Era absurdo! Se levantó de la cama con determinación y Fanny volvió a sus quehaceres domésticos.

Eileen desayunó sola y el primer sentimiento de sorpresa ante la desaparición de su tío fue transformándose poco a poco en miedo. Intentaba convencerse, en vano, de que no había razón de alarma. A la hora del almuerzo, había registrado ya a fondo la casa, desde los áticos hasta la bodega, con la ayuda de tres doncellas. Runnacles, el jardinero, había investigado a su vez en los establos y todos los edificios anexos con la ayuda de su ayudante, pero *sir* John Thurlow no aparecía. Se había desvanecido sin dejar huella.

Justo antes del almuerzo, Arthur Orton, de la granja Church Farm, su vecino más cercano, se acercó a hablar de unas reparaciones que necesitaba uno de sus graneros porque Orton tenía alquilada la granja a *sir* John. Le llevaron a la sala de estar y allí se entrevistó con Eileen.

El hombre era alto y delgado, con un agraciado rostro curtido por el sol y una hermosa mata de pelo. La expresión de sus ojos y boca le daban un aire calculador y cínico que desaparecía en cuanto sonreía. Su sonrisa iluminaba su cara por completo.

Cuando Eileen entró, Orton no pudo evitar fijarse en la delicadeza de su figura, alta y bien proporcionada y se sonrojó sin querer. Esta apreciación silenciosa ni pasó desapercibida ni molestó a Eileen, que ya la había vivido antes y que no pudo evitar ruborizarse a su vez. Eileen encontraba muy atractivo a Arthur Orton y llevaba algún tiempo fascinada en secreto por él. Orton era un hombre soltero, buen granjero, bastante rico, aparentemente, y se

decía de él que nunca se le había escapado un buen negocio. En la parroquia de Yarham no era demasiado popular, porque era reservado e inclinado al sarcasmo, lo que allí equivalía a “darse aires de grandeza” pero, en realidad, su peor defecto a ojos de los locales era ser forastero. Aunque había vivido en Church Farm durante muchos años, era forastero por la sencilla razón de que no había nacido en Yarham. Peor aún, ni siquiera en Suffolk.

Su llegada a Old Hall Farm en un momento tan crítico fue demasiado para la capacidad de autocontrol de Eileen. Al primer comentario que le hizo Orton de que la veía preocupada por algo, se desahogó y le contó, al borde de las lágrimas, toda la historia de la inexplicable desaparición de su tío. El consuelo de Arthur Orton fue muy reconfortante. Su sentido común y habilidad para explicar las cosas de una forma razonable consiguió disolver la angustia y el miedo de Eileen.

—¿Cuándo se fue usted a la cama, *miss* Thurlow?

—Dejé a mi tío en su estudio sobre las diez.

—Bien. Mi ayudante Joe Battrum y yo mismo vimos cómo Mr. Thurlow se subía a un coche sobre las once, a la entrada del pueblo. Pensamos que era su propio coche, claro, y no le dimos mayor importancia. Dice usted que su automóvil no salió del garaje ayer, así que debe de haber sido el de algún amigo. Habrán tenido una avería en algún lugar extraño. No debe preocuparse por estas nimiedades, *miss* Thurlow. Su tío aparecerá cuando le entre hambre o la llamará en cuanto pueda para decirle dónde está y explicarle lo que ha pasado. Yo quería hablar con él de la reparación de uno de mis graneros pero no es urgente, puede esperar hasta mañana. Mientras tanto, si hay algo que pueda hacer por usted, por favor no dude en pedírmelo. Llámeme y estaré en su puerta en un momento.

—Es muy amable por su parte, Mr. Orton —dijo Eileen con sinceridad—. Espero que no le haya molestado oír mis preocupaciones.

—¡Oh! ¡Mi querida niña, me alegro de que me lo haya contado! No hay nada como llorar en el hombro de un amigo. Al menos, espero que piense en mí como en un amigo con quien puede contar siempre que lo necesite.

Los ojos de Arthur Orton y Eileen se encontraron durante una fracción de segundo en una mirada cargada de significado. La palabra “amigo” había sido expresada con una intencionalidad que Eileen, inconscientemente, aceptó encantada. Mantuvo la mirada fija en el suelo, una clara señal de que le había entendido perfectamente. Orton se levantó para marcharse, pero vaciló un

instante. Se le estaba ocurriendo un plan de acción.

—¿Ha buscado por todas partes, *miss* Thurlow?

—Solo nos ha faltado echar abajo la casa —respondió Eileen rotunda.

—¿También en los áticos y el desván? —preguntó Orton, frotándose la barbilla pensativo.

—Sí.

—¿Y en la bodega?

—Sí, por todas partes —contestó Eileen categórica. Estaba decepcionada con estas preguntas. La vacilación de Orton había parecido sugerir la posibilidad de una ampliación del tema de la amistad. Pero claramente había prevalecido la prudencia, o el nerviosismo. Eileen estaba muy desilusionada.

—Bueno, no se preocupe, *miss* Thurlow —le rogó él finalmente—. Su tío aparecerá. Le doy mi palabra.

—Y si mañana por la mañana no ha vuelto... ¿no cree que debería informar a la policía, Mr. Orton?

Orton asumió nuevamente la expresión de amigo en caso de necesidad.

—Bueno, sí, claro. Es lo único que se puede hacer. Pero yo no me daría prisa, *miss* Thurlow. Deje pasar un poco de tiempo. Si implica a la policía, habrá publicidad a la fuerza y eso irritará a su tío. Es el tipo de hombre que odiaría algo así... Bien, hoy es martes. Si no tiene noticias para el miércoles por la noche, creo que sí sería buena idea acudir a la policía. Mientras tanto, intente no preocuparse demasiado y, si necesita ayuda, solo tiene que llamarme, como ya le he dicho.

Eileen le dio de nuevo las gracias y extendió su mano para despedirse. Orton estrechó la mano entre las suyas y la mantuvo ahí un momento más de lo estrictamente necesario. Para Eileen, consternada como estaba, fue un gesto muy consolador que le hizo sentirse protegida y segura. Pero en cuanto Arthur Orton se hubo marchado, su mente volvió a centrarse en la extraña desaparición de su tío y su miedo regresó con intensidad doble. ¿No le habría pasado algo horrible al tío John? Se sentó al almuerzo sin apetito y con un gesto de impotencia. La pequeña sesión espiritista de la noche pasada... ¿no habría tenido algo que ver con este asunto tan incomprensible? Era evidente que había malos espíritus al igual que buenos... Era imposible saber qué poder podrían ejercer los primeros en contacto con los vivos... Para Eileen era incomprensible que nadie pudiera cometer un asesinato o suicidio a menos que hubiera sido empujado por alguna fuerza maligna... lo que en el lenguaje

de calle se llamaba “estar poseído”. Esta idea abría un panorama de posibilidades horribles, con asociaciones muy desagradables con *espectros*, *ogros*, *genios*, *demonios*... Intentó apartar de su mente estos pensamientos morbosos y decidió dar un paseo hasta el pueblo para hablar con su amiga Dawn Garford.

Dawn Garford era una viuda de veintiséis años. Su marido piloto había muerto en un accidente de vuelo solo un año después de la boda. Su nombre real era Mrs. Button pero su matrimonio había sido tan breve que aún se la conocía en el pueblo como miss Dawn Garford. Su marido le había dejado algo de dinero y se había venido a Yarham a vivir con una tía, ya que le gustaba el campo y su modesta renta daba mucho más de sí en el pueblo que en una ciudad.

Eileen Thurlow la había conocido al poco de llegar y en seguida se habían hecho amigas, principalmente porque en un pueblo como Yarham las posibilidades de amistad eran muy reducidas. En realidad, tenían personalidades completamente opuestas. Dawn Garford era una mujer práctica, de gran energía y confianza en sí misma, carácter risueño y una alegre disposición a ejercer su embrujo sobre los hombres. Esta personalidad atrevida y persuasiva se había ganado la admiración de Eileen, por la simple razón de que ella era tímida, modesta y extremadamente prudente.

Al llegar a la casa de Dawn, una villa moderna completamente incoherente en el marco tradicional de Yarham, Eileen se encontró a la tía de Dawn, *miss* Julia Garford, muy alterada. La llegada de la visitante pareció reanimarla de inmediato y la hizo entrar apresuradamente en la sala de estar.

—Me he enterado de todo —observó *miss* Garford con energía—. Todo el pueblo está al corriente. Siéntate, querida, y cuéntame qué ha pasado. Te he estado esperando toda la tarde. Yo también tengo algo muy importante que contarte.

Eileen describió brevemente lo que había pasado. Omitió la historia de la pequeña sesión espiritista y la música sobrenatural, al pensar que, con toda probabilidad, sería recibida con incredulidad, si no con escarnio. *Miss* Garford le hizo un montón de preguntas y algunas sugerencias triviales y preguntó al fin:

—¿Crees que la desaparición de tu tío puede estar relacionada con la de Clarry Martins, Eileen?

—¿Que Clarry Martins ha desaparecido?! —exclamó Eileen con asombro.

—Pues sí... el viernes. Sus padres lo han mantenido en secreto hasta ahora. Supongo que pensarían que aparecería en cualquier momento, algo muy natural, pero al final han decidido llamar a la policía.

—¿Nadie sabe lo que ha sido de él? —preguntó Eileen estupefacta.

—No. La última vez que le vieron estaba hablando con George Mobbs, el panadero, en la puerta de The Walnut Tree. Son viejos amigos y seguramente se pasarían toda la tarde de juerga por ahí.

—Dawn estará preocupada —observó Eileen, porque Clarry Martins era uno de los pretendientes más persistentes de Dawn.

—No creo que eso le preocupe mucho —respondió su tía con una sonrisa misteriosa—. Sin embargo, sí que se va a angustiar por lo de tu tío cuando se entere porque le aprecia mucho. Y yo creo que él también tiene un poco de debilidad por ella, ¿no?... Bueno, al menos eso es lo que dice la gente del pueblo... dicen que hacen buena pareja.

—¡Oh! No creo que sea para tanto, *miss* Julia. No creo que su relación haya llegado hasta ese punto —dijo Eileen con cautela—. Mi tío está bastante colado por Dawn, pero creo que ella se lo toma más bien como una broma.

—Bueno, pues solo ese rumor ya hizo que Clarry se pusiera celoso como un demonio. Discutió con Dawn hace una semana y no se han vuelto a hablar desde entonces. Dawn ahora le tiene un miedo atroz. Dice que se le ha ido la cabeza... Así que esta mañana se ha ido a casa de unos amigos de Midhurst, en Sussex, y ha dicho que no piensa volver a Yarham hasta que Clarry Martins recobre el sentido común.

Esta información preocupó mucho a Eileen. Estaba atónita de que la anticuada galantería que adoptaba su tío con la incorregible Dawn hubiera sido suficiente como para generar ese tipo de comentarios en el pueblo y poner celoso a Clarry Martins. Iba a decir algo sobre el tema pero decidió no insistir.

—Clarry Martins bebe demasiado —observó con indiferencia—. Creo que Dawn hace bien en apartarse de él.

La conversación volvió a centrarse entonces en la desaparición simultánea de *sir* John Thurlow y Clarry Martins pero no llegaron a ninguna conclusión satisfactoria. Después del té, Eileen se marchó, no sin haber antes prometido informar a *miss* Garford de cualquier novedad.



Al llegar a Old Hall Farm descubrió que nadie había llamado en su ausencia y que seguía sin saberse nada de su tío. Estaba profundamente decepcionada. Había estado hablando con *miss* Garford convencida de que le esperaban buenas noticias al llegar a casa y, durante unos instantes, sintió un profundo enfado contra su tío. Tenía que haber tenido más consideración hacia sus sentimientos y no haberla dejado en esta incertidumbre tan penosa. Su ausencia había sumido a toda la casa en una gran ansiedad. Pero su cólera en seguida se disipó cuando pensó en su amable tío John, siempre considerado con los demás y especialmente con ella, siempre preocupado por su bienestar y confort... No. Le tenía que haber pasado algo realmente serio o habría intentado comunicarse con ella por todos los medios.

Cenó en un estado de completo abatimiento y comenzó a pensar qué podía hacer. Recordó que su tío había traído de Londres algunos libros nuevos sobre espiritismo y que aún estaban en su estudio. Decidió pasar la tarde en una butaca confortable leyendo. Si se olvidaba un rato del presente y pensaba en otra cosa, tal vez la tarde se le pasaría volando.

Así que se sentó con el tomo *Evidencias de existencia vital en experiencias de escritura automática*, de Edward Marshall Hall, pero las preocupaciones del día la habían dejado agotada y pronto se dio cuenta de que no se estaba enterando de nada. Finalmente, cerró el libro y sus pensamientos volvieron a los comentarios de *miss* Julia Garford sobre Dawn y su tío.

Cuando comenzó a reflexionar sobre el tema, se dio cuenta de que había una gran parte de la vida y carácter de *sir* John Thurlow que no conocía. No es que fuera un hombre especialmente reservado pero ella nunca había tenido curiosidad por su pasado. Quizá los cotilleos del pueblo eran más acertados de lo que ella pensaba... Por lo que sabía, su tío podía haberse declarado a Dawn Garford y ella haberle aceptado... Cosas más raras habían pasado. Él tenía cincuenta y cinco años y Dawn veintiséis pero su tío se conservaba bien. El hecho de que tuviera un título y una enorme fortuna seguramente era algo importante para Dawn, no demasiado romántica y ávida de las cosas buenas de la vida...

Mientras pensaba en esto, cayó en la cuenta de que ella, su única sobrina, era la única heredera según el testamento de su tío. Si este se casaba, seguro que cambiaría las provisiones del testamento. No lo había pensado antes.

Sus pensamientos volaron también a la desaparición de Clarry Martins.

Era muy raro que ambos hubieran desaparecido casi a la vez. Y los dos pretendían a Dawn, o eso era lo que decían los rumores del pueblo... ¿Tendría esto algo que ver? Clarry Martins estaba terriblemente celoso de su tío, según Julia Garford... Pero no. ¡Era imposible que Clarry Martins lo hubiera asesinado por eso!

¿Tenía otros enemigos su tío? Esta pregunta le recordó una ocasión en la que sus padres comentaron cierta indiscreción de John en la India. Ella era pequeña entonces y no se enteró demasiado del asunto pero, cuando se hizo adulta, se dio cuenta de que había sido un suceso muy escandaloso para la época... Algo sobre un templo hindú, una diosa llamada Kali y una bailarina nativa... El marido de la bailarina había sido asesinado, si recordaba bien. Eileen posteriormente se había tomado la molestia de averiguar quién era la diosa Kali, que en ese momento le interesaba más que cualquier incidente de su tío. Descubrió que Kali, una diosa negra, era la diosa de la destrucción y la muerte. Tenía cuatro brazos y las palmas de sus manos eran rojas. Su rostro y pecho estaban embadurnados de sangre y también salía sangre de su lengua, que se proyectaba desde unos horribles colmillos. El sacrificio humano había formado parte antiguamente del ritual de su culto...

En todo caso, sea lo que fuere que hubiera pasado entre la diosa y su tío, él había sobrevivido a la experiencia y no le habían quedado huellas del encuentro, aparentemente.

El repentino recuerdo de la historia de la diosa llenó a Eileen de un vago terror. Por su mente pasaron todo tipo de historias de diosas orientales, maldiciones, momias, sacrilegios y venganzas de dioses extraños... Decidió que lo mejor que podía hacer era irse a la cama, intentar dormir y ver lo que el mañana le deparaba.

Lo que le deparó la mañana siguiente fue a Runnacles, el jardinero jefe, que llegó una hora antes del comienzo oficial de su horario de trabajo. Solicitó ver a su señora inmediatamente y Fanny Raymer corrió por las escaleras, despertó a Eileen y le contó la insólita petición de Runnacles.

Eileen, consciente de que el jardinero probablemente traía noticias importantes, cubrió su camión con un salto de cama y se apresuró a oír lo que tenía que contarle.

Runnacles fue breve. Los cuerpos de Mr. John Thurlow y Clarry Martins habían sido encontrados juntos, en una especie de descampado llamado Cobbler's Corner, a kilómetro y medio de distancia al norte de Yarham. Los

había descubierto Ephraim Noy, que vivía en un *bungalow* cercano. Este había informado al jefe de policía del pueblo y la esposa de dicho jefe se lo había contado inmediatamente a la mujer de Runnacles. Y eso era todo. No tenía más detalles.

Al oír las terribles noticias, Eileen no se desmayó, como cualquiera pensaría que haría una señorita frágil y de buena cuna. Despidió en voz baja a Runnacles y fue a vestirse a su habitación. En el estado de *shock* en el que estaba, todo le parecía completamente irreal.

## CAPÍTULO 3

Anthony Vereker, conocido entre sus amigos simplemente como “Algernon”, lanzó una mirada crítica a los numerosos bocetos de paisajes que había realizado desde su llegada a Yarham y los guardó con esmero junto con todos sus utensilios de pintura. Durante varios días no había abierto un cuaderno de dibujo o empuñado un pincel. Había perdido la inspiración de forma transitoria y sabía que era inútil continuar pintando en ese estado de ánimo. La musa inspiradora de sus cuadros había sido reemplazada por su vieja afición a investigar ya que, en el pueblo en el que estaba residiendo temporalmente, habían sucedido ciertos acontecimientos muy extraños. Eran sucesos que suponían un gran reto para las habilidades del detective *amateur* Anthony Vereker. Además, era la primera vez que se encontraba en el lugar de los hechos durante el momento del crimen.

Vereker había descubierto los atractivos de Suffolk algún tiempo atrás durante sus investigaciones sobre el misterioso asesinato de Marston Manor. Durante esos días había tomado la decisión de explorar más adelante la mitad sur de esa zona en busca de paisajes que retratar y su larga residencia en Yarham era el resultado de esa decisión.

Acababa de fijar una fecha para volver a Londres y había escrito a su amigo Manuel Ricardo para que fuera a buscarle a la estación de Liverpool. El destino, sin embargo, había decidido otra cosa para él.

Esa misma mañana, justo después de haber enviado la carta, Vereker se enteró de la extraña desaparición de dos habitantes de Yarham. Benjamin Easy, el dueño de la posada The Walnut Tree donde estaba alojado, le había informado de la noticia. Había logrado averiguar también que los dos hombres pretendían la mano de la encantadora y vivaz Dawn Garford y que, según Ben, *sir* John se había fugado con miss Garford y Clarry había vuelto a Londres, donde residía habitualmente, con el corazón destrozado.

Pero el miércoles por la mañana ya se había corrido la voz del asombroso descubrimiento de los cadáveres de *sir* John Thurlow y Clarry Martins. Las circunstancias eran increíbles y nadie tenía la menor idea de cómo habían encontrado la muerte. A primera vista, parecía como si uno hubiera matado al otro. La cabeza de *sir* John había sido aplastada por una barra de hierro que se encontraba en el suelo, cerca pero no al alcance de Martins. Por otro lado, *sir*

John sostenía en su mano derecha un revólver del calibre .45 con el cargador lleno excepto por una bala. La bala había atravesado la clavícula de Clarry Martins pero, hasta para el más lego en la materia, era evidente que esa herida de bala no podía haber sido mortal.

La noticia de estas muertes impulsó a Vereker a una actividad frenética. Se levantó de la mesa del desayuno, en la que se acababa de sentar, corrió hasta la oficina de correos y desde allí llamó a su amigo, Manuel Ricardo, que se había trasladado temporalmente al piso de Vereker en Londres, como hacía siempre cuando su amigo se ausentaba.

—¿Eres tú, Ricky? —preguntó Vereker al oír un “dígame” soñoliento.

—*Yeah!* —contestó Ricardo con un exagerado acento americano.

—Por amor de Dios, compórtate y habla en inglés. Me refiero a la versión *correcta* del inglés.

—Claro, jefe. ¿Qué demonios quieres? Date prisa porque estoy descalzo, soy un ser delicado y me voy a resfriar.

—Cancelo nuestra reunión. No vuelvo la semana que viene, Ricky. Lo siento mucho y todo eso pero estoy en el centro de un doble asesinato increíble o... bueno, al menos eso es lo que parece en estos momentos...

—No entres en detalles, Algernon —le interrumpió Ricardo de inmediato—. Mi estómago no tolera dobles asesinatos cuando está vacío. Siento que hayas decidido posponer nuestro reencuentro por ese capricho tuyo de jugar a ser detective. Te estás volviendo un adicto al tema, hermano...

—¿Estás muy ocupado ahora?

—No, no tengo nada que hacer. Acabo de terminar mi nueva serie para el *Daily Report* y estoy haciendo un estudio circunstancial sobre la novela popular victoriana... Acabo de leer una pequeña joya: *La moralidad en la Feria de Mayo*... No se puede competir con eso hoy en día, Algernon. Para empezar, ya no existe la Feria de Mayo como tal y, aunque la hubiera, ya no queda moralidad alguna...

—Ven a Yarham en vez de hacer el vago. Es peligroso para un hombre de tu talante. Espero verte mañana por la noche. Hay un tren rápido a las...

—Imposible, Algernon. He quedado en llevar a Gertie Wentworth a casa de los Broughton mañana por la noche. Celebran una fiesta de cerveza y salchichas.

—¿Quién diablos es Gertie Wentworth? Es la primera vez que mencionas su nombre...

—No será la última. Merece la pena repetirlo... ¡Es una nueva estrella en mi galaxia, Algernon! De primera magnitud, además.

—Ricky, no tienes remedio. Ni cabeza.

—Al contrario, es fabulosamente rica.

—¿Así que no vienes mañana?

—No, definitivamente no... Tienes que ver a Gertie, Algernon. Es...

—Vale, vale —interrumpió Vereker—. Seguro que es fascinante. Las mujeres ricas siempre lo son... ¿No puedes librarte de esa fiesta pueril de salchichas y cerveza?

—Difícil... Quizá la muerte de un familiar cercano podría servir de excusa... Aunque ni eso... Hilda Veasey dejó de hablarme porque mi tía favorita murió dos veces en el plazo de seis meses.

—¿Cuándo estarás libre?

—Cuando Gertie descubra mi verdadero yo... Y ahora en serio, ¿qué quieres que haga?

—Quiero que vengas y me ayudes. Va a ser un caso interesante y complicado. Y tiene pinta de peligroso también.

—¡Ah! Entonces estoy contigo pasado mañana. Mi último *hobby* es vivir peligrosamente. He comenzado por cruzar la calle sin mirar...

—Te espero entonces en el tren rápido que sale a las dos de Londres. Podrías traerme mi maleta con todo el material de investigación. Está en el armario de mi vestidor. Sobre la tapa hay una lista con todo lo que debe incluir. Revísala para asegurarte de que no falta nada. Igual hay que renovar un par de cosas. Velas, por ejemplo. Y trae una linterna eléctrica extra y baterías... Y no sé si queda chicle...

—Un artículo muy necesario, Algernon. A ver cómo dices “arriba las manos” sin masticar chicle.

—Eso me recuerda... trae además mis dos automáticas y una caja de munición.

—¿Y qué tal una ametralladora también para ir a tono con los tiempos?

—A ver cuando escribes un artículo explicando la diferencia entre ingenio e insolencia, Ricky. Y te aplicas el cuento.

—¿Algo más?

—No se me ocurre nada más de momento.

—¿Puedo recordarte que ando corto de liquidez? Podría explicarte que...

—¡Cielo santo, Ricky! Supongo que has dilapidado tu última libra

observando a esa estrella de primera magnitud...

—Me alegro que digas “dilapidado”, Algernon. Un cínico lo habría descrito como “inversión altamente especulativa”.

—¿Está en casa Albert, mi ayuda de cámara?

—Sí. Le huelo... está haciendo el desayuno. Hoy hay arenques, creo.

—Dile de mi parte que te adelante cinco libras. Eso debe bastar para cubrir tu fiesta de la cerveza con salchichas y traerte hasta aquí.

—¿Y qué pasa con las velas, linternas, baterías, etc.?

—Mételos en la cuenta y mantén un control contable estricto.

—La verdad, Algernon, eres implacable. Unas míseras cinco libras no se estiran para Gertie Wentworth y tu chicle... ¡Habrás que renunciar a algo!

—Tendrás que hacer que se estiren. No puedo perder más tiempo en estos momentos. Llama a Geordie Stewart del *Daily Report* y dile que desde ahora soy su corresponsal especial en Yarham. *Au revoir* !

Vereker colgó el auricular y salió corriendo de la oficina de correos. Tomó prestada la bici de Benjamin Easy y se dirigió al Cobbler's Corner, el descampado donde se habían encontrado los cuerpos de *sir* John y Clarry Martins.

Al llegar a la escena, vio al mando a Godbold, el jefe de policía, con Ephraim Noy como único ayudante. No había nadie más presente porque, aunque las malas noticias viajan rápido en cualquier parte del mundo, nada se mueve velozmente en Suffolk.

Godbold, agenda y lápiz en mano, parecía muy preocupado. El asesinato, aunque entraba dentro de su área de autoridad, era una experiencia inédita para él. Antes de la llegada de Vereker había mirado subrepticamente el código de policía para refrescar su memoria sobre el apartado “Asesinato”. Se quejó interiormente de lo difícil que era recordar todo lo que tenía que ver con las obligaciones de un jefe de policía. Él estaba al día en todo lo referente a la normativa sobre “Enfermedades del ganado” y también sobre el “Ganado que atraviesa la carretera”... Conocía al dedillo la ley sobre “Prevención de la caza furtiva” y el decreto sobre la “Protección de pájaros salvajes”. Pero... ¿asesinato? No era razonable esperar que...

—Buenos días, Godbold —Vereker interrumpió los pensamientos del estresado oficial.

—Buenos días, señor. Vaya, usted es justo el caballero que necesito.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Vereker cordialmente, porque

Godbold y él se habían hecho buenos amigos durante su residencia en Yarham.

—Le agradecería que vigilara esto un rato, señor. Solo mientras me acerco al pueblo y llamo al sargento y al doctor Conrad. No sé cuánto tiempo pasará hasta que llegue el sargento pero yo intentaré volver en cuanto pueda. Se lo podría haber pedido a Mr. Noy pero no conozco bien a ese caballero y, además, no parece que tenga muchas luces. ¿Supongo que ya está enterado de lo que ha pasado?

—Sí. Y estoy aquí para cubrir el caso como enviado especial del *Daily Report*.

—Muy bien, señor. Le pido por favor que no deje pasar a ninguna persona no autorizada...

—Conozco bien las normas, Godbold. No se moleste en repetírmelas. Me encargaré de todo hasta que usted regrese... ¿Cree usted que ha sido un asesinato?

—Eso parece, señor.

—¿Alguna huella?

—No, señor. El suelo está duro como una roca después de tanta sequía... Disculpe, me tengo que ir ya.

—De acuerdo —replicó Vereker.

Y el jefe de policía se marchó en su bicicleta, a su habitual ritmo sosegado, hacia el pueblo de Yarham.

Vereker cruzó los pocos metros de hierba seca que le separaban de los cadáveres. Registró los cuerpos y el terreno de alrededor con toda clase de precauciones para no destruir ninguna prueba. Apuntó en su agenda todos los detalles que le parecieron importantes y regresó a su posición original en la carretera, a la espera del jefe de policía Godbold.

Fueron llegando algunos curiosos, pero se les dieron órdenes rigurosas de no abandonar la carretera. Con el respeto habitual por la autoridad que tiene la gente de los pueblos, todos obedecieron y se agruparon alrededor de Mr. Ephraim Noy para conseguir algo de información. Este había recuperado su posición original, sentado en una verja a la entrada de Cobbler's Corner, y fumaba tranquilamente. Pronto descubrieron que Mr. Noy era un hombre de pocas palabras. Les contó que había sido él quien había descubierto los cuerpos hacía una hora, más o menos, y se negó a dar más información. No era asunto suyo, les dijo, insinuando bien a las claras que tampoco era asunto de ellos. Y así estaban las cosas cuando regresó el jefe de policía acompañado



del doctor Conrad.

Godbold relevó a Vereker de inmediato, le dio las gracias y le informó de que el sargento y el inspector llegarían un poco más tarde acompañados de un policía con el equipo fotográfico. Godbold había recobrado su expresión de placidez y la dignidad oficial, ahora que se libraba del peso de la responsabilidad del caso, que pasaba a hombros de sus superiores.

Vereker, después de haber charlado un rato con el doctor Conrad, al que ya conocía un poco de antes, decidió volver a la posada para desayunar. Tenía hambre y sabía que no conseguiría más información ya que no conocía ni al inspector Winter ni al Sargento Pawsey.

—Que tenga un buen día, doctor —se despidió mientras recogía su bicicleta.

—¿No se marchará ya, Vereker? —preguntó el doctor, que acababa de examinar los cuerpos para convencerse de que no quedaba rastro de vida—. Creía que le interesaba el trabajo detectivesco.

—Claro que me interesa, pero ya he visto por el momento todo lo que quería ver. En otro momento me gustaría hablar con usted, si no le molesta... En la más absoluta confidencialidad, claro.

—Venga a verme cualquier tarde. Le invito a cenar, la cena es a las siete en punto. Mi padre me dijo el otro día que se ha hecho usted famoso como detective *amateur*, así que me gustaría conocer su punto de vista.

Después de agradecerle la invitación, Vereker se montó en su bicicleta y abandonó el lugar. Al volver a la posada, sus pensamientos se centraron en *miss Eileen Thurlow*, la sobrina de *sir John*. Era la primera persona con la que quería hablar, pero se daba cuenta de las dificultades de la empresa. Seguro que ya habría sido interrogada por la policía, una experiencia bastante desagradable para una joven posiblemente rota de dolor, como para encima añadir la intervención de un periodista entrometido. La suerte, sin embargo, se puso de su parte porque cuando llegó a los alrededores del pueblo se encontró con el reverendo William Sturgeon.

James Sturgeon, el hijo del reverendo, había sido compañero de Vereker en Oxford y su padre había ido a presentarle sus respetos en cuanto supo de su llegada al pueblo. Y ahora, al reconocer a Vereker, le paró y le preguntó si había estado pintando por la mañana.

—No he estado pintando, padre —replicó Vereker—. Acabo de llegar de *Cobbler's Corner* por un asunto mucho más desagradable.

—Así que ya te has enterado de todo. Cuando me contaron esta mañana lo que había pasado, me acordé inmediatamente de ti. “Si hay algo misterioso en todo esto”, me dije, “seguro que Vereker se mete hasta el cuello en vez de progresar con sus pinturas”. Pero dime... ¿qué opinas de todo esto?

—No puedo decirle nada salvo que creo que es un asesinato, quizá un asesinato doble. Solo he echado un vistazo rápido a los cuerpos.

—¡Es terrible! Yo voy ahora de camino a Old Hall Farm para dar un poco de consuelo a *miss* Thurlow. ¿Por qué no me acompañas? Es una joven encantadora, estoy seguro de que te caerá bien y quizá te enteres de algo que te ayude en tu investigación... Bueno, si es que vas a investigar el asunto.

—Me encantaría ver y hablar con *miss* Thurlow, reverendo, y me estaba preguntando hace solo unos instantes cómo podría hacerlo sin parecer un entrometido.

—Entonces soy justo el hombre que necesitas. ¿Tienes tiempo ahora?

—Claro. Espero que a *miss* Thurlow no le importe. A lo mejor está demasiado trastornada.

—Es una joven de gran fortaleza de carácter, Vereker. No se habrá desmayado del *shock*, si es eso lo que estás pensando. Si no me equivoco, querrá hacer todo lo posible para solucionar la tragedia... Vamos, no perdamos más tiempo.

Después de estas palabras el reverendo William Sturgeon se quedó mirando la bicicleta de Vereker.

—¿Crees que podrías conmigo si me subo al estribo? —preguntó—. Yo era peso ligero en la universidad y nadie puede engordar mucho viviendo en Yarham.

—La bicicleta es prestada... —dijo Vereker vacilando.

—Entonces... ¿por qué dudas? —replicó el reverendo con una fuerte carcajada.

Y unos minutos más tarde, la sufrida bicicleta de Benjamin Easy bajaba la colina hacia Old Hall Farm. Vereker intentando por todos los medios no caerse y el Rev. William Sturgeon de pie en el estribo, con una traviesa sonrisa en su cara y la sotana ondeando al viento.

## CAPÍTULO 4

Cuando llegaron a Old Hall Farm se encontraron con que Eileen Thurlow estaba a punto de salir hacia Cobbler's Corner en el coche de su tío. Aunque el dolor y la conmoción recibida habían dejado huellas evidentes en su rostro, parecía completamente dueña de sí y su expresión tenía un aire de resolución y determinación. Esa fortaleza se quebró, no obstante, al oír las amables palabras del reverendo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero pronto recobró la compostura y contó al rector, un viejo amigo de la familia, todos los detalles que conocía del suceso.

Vereker le había sido presentado como un artista conocido y detective *amateur* y, durante su narración, se dirigió a él de forma inconsciente. Al mencionar el tema de la música sobrenatural, le complació especialmente ver que Vereker la escuchaba con paciencia y no se burlaba de ella, sobre todo porque el reverendo demostraba bien a las claras su desaprobación.

—Ya te avisé, Eileen, de que te alejaras de ese culto espiritista. En mi opinión, es muy peligroso.

Un poco más tarde, Eileen se marchó a Cobbler's Corner escoltada por el Rev. Sturgeon, no sin antes haber invitado a Vereker a que viniera a visitarla cualquier día si necesitaba más información sobre los misteriosos acontecimientos. Vereker le agradeció su cordialidad y se felicitó por su habilidad en conseguir acceso a Old Farm Hall.

Regresó a sus habitaciones de The Walnut Tree y, una vez allí, sus pensamientos regresaron a *miss* Eileen Thurlow. Sensible, como artista que era, a la belleza femenina, tuvo que admitir que era una mujer muy atractiva. Además de su belleza física estaba también su integridad y dignidad. Habría sido normal que no le hubiera contado nada del episodio espiritista por miedo al ridículo, pero se lo había descrito de manera clara y descriptiva. En este asunto tan controvertido, Vereker simpatizaba con ella. Siempre le habían interesado los fenómenos ocultos y había pasado progresivamente de un estado de completo escepticismo a uno que se podría describir como agnóstico. Sus amigos espiritistas le decían que su falta de conversión se debía a una curiosidad casi hostil y a su manía de evaluar la evidencia desde un punto de vista puramente científico. Estas características suyas le habían hecho contraproducente para cualquier sesión espiritista, lo que le había obligado a

abandonar sus investigaciones sobre el tema. Pero en Yarham se unían fenómenos sobrenaturales y asesinato, lo que le hizo renovar su interés por el espiritismo y pensó que estaba ante uno de los casos más emocionantes de su carrera.

De repente, se le ocurrió que igual se estaba adelantando a los hechos. A lo mejor, la extraña experiencia de Eileen Thurlow la noche de la desaparición de su tío no tenía nada que ver con la tragedia posterior. Tenía que ser paciente y esperar a que se desarrollaran los acontecimientos sin formarse teorías de forma anticipada y con datos insuficientes.

Los siguientes dos días los pasó inquieto, escuchando las diferentes y contradictorias suposiciones sobre el caso de los habitantes del pueblo.

En la mañana del tercer día, recibió una carta de su amigo Manuel Ricardo, explicándole que su visita a Yarham tenía que ser pospuesta debido a una serie de circunstancias imprevistas, y Gertie Wentworth ciertamente entraba bajo esa categoría. Añadía que le había enviado por tren todo el material de investigación, incluidas una linterna eléctrica extra, tres baterías y dos peniques de chicle. Había comprado todo eso de su propio bolsillo, ya que Albert se había negado a avanzarle ni una libra más sin una confirmación de su jefe por escrito. Añadió que haría todo lo posible por aparecer por Yarham antes de que el caso de asesinato hubiera llegado al nivel de batalla campal con subfusiles. La carta, escrita con el frívolo estilo habitual de Ricardo, concluía con la importante noticia de que los servicios de Scotland Yard habían sido llamados a intervenir en el misterio del asesinato de Yarham y que el inspector Heather, a quien habían encargado las investigaciones, estaba ya de camino al pueblo.

Esta última noticia suavizó de inmediato la irritación de Vereker ante las trivialidades de Ricardo y le alegró saber que, a partir de ese momento, tendría una participación activa en el caso y podría renovar la vieja y emocionante rivalidad con su amigo Heather de Scotland Yard.

Mientras esperaba acontecimientos, Vereker se había abstenido de aprovechar la invitación que había recibido de *miss* Thurlow, pero sí había ido a ver al doctor Conrad para discutir el caso con él. Su amigo Godbold también le había puesto al corriente de los movimientos de la policía, bajo promesa del más estricto secreto.

Vereker acababa de guardarse la carta de su amigo en el bolsillo, cuando

llegó un carro con la maleta que traía su material de investigación. Simultáneamente, apareció por la esquina de la plaza empedrada un coche de policía, del que se bajó el inspector Heather. Después de dirigir una mirada apreciativa a la bonita arquitectura y el hermoso entorno de la posada, miró a Vereker con expresión de fingida gravedad.

—Esas no son las reglas del juego, Mr. Vereker. Esta vez me lleva bastante ventaja.

—La necesito. Me he enterado de que ha incorporado algún que otro genio a su departamento después de nuestro último combate...

—¿Se refiere al “lumberas”?... Bueno, pues empezamos en igualdad de condiciones, entonces. ¿Qué tal es la cerveza en The Walnut Tree?

—No hay cerveza mala en Suffolk.

—Estupendo, me está entrando hambre. ¿Qué hay para almorzar?

—Hoy solo comida fría. ¿Ha probado alguna vez el *haslet*?

—Nunca, espero que no sea un *cocktail*.

—No. Creo que está hecho de cerdo. Pero mejor entremos y así podrá degustar un verdadero *haslet* de Suffolk y hablar del asunto de Cobbler’s Corner.

Los dos hombres entraron en el restaurante y, una vez que estuvieron servidos y se quedaron solos, Heather comenzó con el tema que preocupaba a ambos.

—Bien, Mr. Vereker. Lleva aquí desde el comienzo de todo esto. Cuénteme lo que sabe.

—No mucho, aún... Hace unos días, creo que fue el viernes por la noche, desapareció un hombre llamado Clarry Martins, que estaba de vacaciones en el pueblo. Era originario de Yarham pero ahora vivía y trabajaba en Londres, en algo relacionado con motores. Comenzó siendo mecánico pero pronto se hizo dueño de un gran garaje, con tienda, etc. Era su propio jefe y venía muy a menudo al pueblo a ver a sus padres.

—Diga mejor a ver a su chica —le interrumpió Heather—. Los padres hoy en día no merecen más de una visita al año.

—Quizá tenga razón. Porque, en todo caso, hay una joven en la historia. Su nombre es Dawn Garford.

—Dawn, ¿eh?... una digna hija de Eva, sin duda.

—Tal vez... Volviendo al caso, Martins estaba muy enamorado de la joven, pero no sabría decirle si ella le correspondía o no. Parece que no lo

rechazaba abiertamente, aunque tenía otros pretendientes si hacemos caso de los cotilleos del pueblo.

—Uno nunca tiene suficiente de lo bueno —observó Heather encendiendo su pipa—. Así que Mr. Martins se enfadó con la dama y discutieron.

—Exactamente... y Mr. Martins desapareció. Otro de sus pretendientes era *sir* John Thurlow y, según los rumores, era el mejor posicionado para llevarse el gato al agua. Tenía mucho dinero. También muchos años más que la dama, pero ya sabemos que la riqueza reduce esa brecha considerablemente. *Sir* John desapareció de su casa, Old Hall Farm, el lunes por la noche. Y el miércoles por la mañana, ambos aparecieron muertos en Cobbler's Corner, como ya sabe.

—Voy a ver al jefe de policía esta tarde para que me dé un informe completo del caso. ¿Hay algo que le haya sorprendido especialmente, aparte de los hechos que me ha contado?

—He dejado lo más emocionante para el final, Heather. El lunes por la noche, *miss* Thurlow y su tío, ambos espiritistas aficionados, celebraron una pequeña sesión en el estudio de *sir* John. Según la sobrina, al apagar la luz comenzaron a oír una música extraña. La música continuó un rato y luego paró. *Miss* Thurlow dejó entonces a su tío solo en el estudio y, según ella, salió un momento al jardín para ordenar sus pensamientos antes de irse a la cama. El trance la había alterado y piensa que estaba un poco trastornada. Tan trastornada que no recuerda cuánto tiempo estuvo fuera, quizá alrededor de una hora. Luego volvió en sí y se fue a la cama. Dice que no oyó a su tío subir las escaleras y que finalmente se durmió. La mañana siguiente, una doncella descubrió la luz encendida en el estudio y la ventana que da al jardín completamente abierta. Todas las puertas de la casa estaban cerradas con llave. Subió al dormitorio de *sir* John con el acostumbrado té de la mañana, pero la habitación estaba vacía y la cama no había sido deshecha.

El inspector Heather frunció el ceño y se frotó pensativo la barbilla.

—¿Fue *miss* Thurlow quien le contó la historia esta de la sesión espiritista? —preguntó.

—Sí.

—¿Y está... está pirada? —volvió a preguntar en tono impaciente.

—En absoluto. Es una joven muy sensata... y muy guapa y agradable, en mi opinión —replicó Vereker rotundo.

—Para la mayoría de los hombres, si son guapas son sensatas... —apuntó

Heather y añadió—: ¿De verdad cree que la desaparición de *sir* John tiene que ver con la sesión espiritista?

—Todavía no voy a expresar mi opinión en un sentido u otro, Heather. *Miss* Thurlow me ha pedido que vaya a verla si necesito más información. Y ya sabe que siempre me han interesado los fenómenos paranormales.

—¡Ah, sí! Se me había olvidado. Y esta señorita... ¿se considera a sí misma médium, por casualidad?

—No estoy seguro. A mí me parece que sí podría tener poderes psíquicos, si es que esto existe en realidad.

—Esto empieza mal, Mr. Vereker. No sé qué pasa con esta generación de ahora. Un hombre cuerdo como usted, si quitamos esa manía suya por la pintura, prestando atención a todas esas sandeces... ¡No sé dónde vamos a llegar!

—¿Ha asistido usted alguna vez a una sesión espiritista con una médium de verdad, Heather?

—Sí, pero hace muchos años.

—¿Y qué pasó?

—Que arrestamos a la médium de verdad... En todo caso, no sé qué tiene que ver la sesión de marras con la desaparición de *sir* John Thurlow. ¿Usted ve la conexión?

—Ninguna por el momento, pero *miss* Thurlow piensa que la hay, así que no pienso olvidarme del tema.

—¿Ha conseguido hablar con *miss* Dawn Garford?

—No. Salió de Yarham la mañana del martes, justo cuando se descubrió la desaparición de *sir* John. Ahora está en casa de unos amigos de Midhurst, en Sussex.

—A mí eso me parece más significativo que unos cuantos fantasmas — comentó Heather—. ¿Sabe algo más de esta *miss* Garford?

—Muy poco. La rumorología dice que tiene por costumbre saltarse el límite de velocidad... poco más. En un pueblo como este la gente se lo piensa antes de soltar algún cotilleo. Un guiño lo expresa todo. Pero claro, no se pueden traducir los guiños de forma explícita.

—Ya. ¿Qué tal andan las finanzas de ella?

—Su difunto marido le dejó lo suficiente para ir tirando.

—Creía que habías dicho que se llamaba *miss* Garford.

—Así la llaman en Yarham. Su nombre de casada es Mrs. Button.

—¿Por qué no me dijo que era viuda? Eso es importante. No se andan con chiquitas a la hora de pillar un buen partido. ¿Qué tal se lleva con la sobrina del muerto?

—Son buenas amigas, aparentemente.

—¿Quedaría la sobrina desheredada en caso de que *miss* Dawn se casara con *sir* John?

—No lo sé. El rector, que es muy amigo de la familia, me ha dicho que John Thurlow había nombrado a su sobrina única heredera. Pero un matrimonio cambiaría las cosas.

—Seguro. Por decirlo sin rodeos: el tío la palma y la sobrina se lleva la pasta. Esto es importante. Hay un motivo claro y todo eso del espiritismo puede ser solo una cortina de humo.

—Ya he estado pensando sobre eso, Heather, pero creo que aún hay mucho más que no sabemos.

—¿Eran amigos Martins y Thurlow? —preguntó el inspector después de una pausa.

—Si Martins descubrió que Thurlow era su rival no parece probable. Pero no podemos llegar a conclusiones precipitadas. A primera vista, parece que se han matado mutuamente pero no es tan sencillo. El golpe que rompió el cráneo a Thurlow fue dado desde atrás y tuvo que tener una fuerza considerable. Martins no pudo haberle atizado con esa barra de hierro si tenía un tiro en el hombro. He estado charlando con el doctor Conrad sobre el tema y no logra entender la muerte de Martins. La herida no era mortal, aunque puede haber fallecido del *shock*. Pero hay otros detalles que necesitan aclaración. El doctor Conrad dice que Martins tenía marcas en las muñecas y los tobillos que demuestran que había estado atado antes de morir... Creo que va a tener que llamar a su gran experto, *sir* Donald McPherson, para que haga la autopsia de ambos, Heather, y es posible también que haya que enviar muestras de los dos cuerpos al Home Office para que las analicen. Martins podría haber muerto envenenado, ya para rizar el rizo...

—Vaya... parece que estamos ante un misterio de primera clase, Vereker —dijo el inspector levantándose y disponiéndose a abandonar el restaurante.

—Espero que cumpla las reglas, Heather, y me cuente después todo lo que averigüe esta tarde de la policía local. No puedo tener intuiciones brillantes en el limbo.

—Yo juego limpio, Vereker. Y me imagino que cuando le dejaron a usted



solo en Cobbler's Corner, no se quedaría de brazos cruzados. Seguro que ha visto algo que no me ha contado, pero eso es parte del trato, supongo... No me ha dicho nada de Ephraim Noy, el hombre que encontró los cadáveres... ¿Qué sabe de él?

—Caliente, caliente, Heather... Ese hombre es un misterio hasta para los habitantes de aquí. Vive completamente solo en un *bungalow* y es tan expresivo como un muro de ladrillo. Su vocabulario no se extiende más allá de “sí” y “no”. Nadie parece saber de dónde viene ni lo que hace. Parece ser que vive holgadamente de sus inversiones. Godbold sospechó de que fuera justamente él el que descubrió los cuerpos y estuvo a un tris de ponerle las esposas. Cuando le interrogaron, reconoció haber encontrado los cuerpos y dijo que no tenía nada más que decir, que este asunto no iba con él. Añadió que si le obligaban a ampliar su declaración, solo lo haría delante de un “oficial responsable”. Ahí fue cuando Godbold explotó en dialecto de Suffolk... Yo no entendí ni una palabra, pero Ephraim Noy ni se inmutó.

El inspector Heather miró el reloj y salió de la habitación despidiéndose alegremente.

—*Au revoir*, Mr. Vereker. Luego le veo. Mientras yo hablo con la policía local a ver si tiene usted una de sus famosas intuiciones. Necesitará toda su capacidad, si no me equivoco... ¿Qué va a hacer esta tarde?

—Como decía Oscar Wilde, debería preguntarme más bien qué voy a *pensar* esta tarde. Mis mejores intuiciones llegan cuando no hago absolutamente nada.

—Podría ir a ver a esa sensata y encantadora *miss* Thurlow. Se le da mejor que a mí tratar con videntes... Aunque la verdad, para mí todas las mujeres son difíciles de comprender.

—Es la primera vez que le oigo decir eso, Heather. El hombre que no comprende a las mujeres a quien no se comprende es a sí mismo... Olvidé mencionar, por cierto, que hay una cocinera muy guapa en...

Pero el inspector había desaparecido por la puerta del comedor antes de que Anthony Vereker pudiera terminar la frase.

## CAPÍTULO 5

Poco después de la partida de Heather, Vereker salió al exterior a dar un paseo bajo el cálido sol de verano. Tomó la carretera que rodeaba el parque y se dirigió en dirección sur hacia Hawksfield.

Esta parte de Suffolk estaba salpicada de pequeños pueblos de unos pocos cientos de habitantes, con granjas aisladas entre ellos. La población se dedicaba al campo casi en su totalidad y las condiciones de vida podrían describirse como rurales al cien por cien. Esta vida lenta y somnolienta tenía su encanto y Vereker sabía apreciarlo.

Paseaba sin un plan predeterminado en su mente. Había elegido esa carretera porque le había parecido la más pintoresca de todas. Sabía que había pocas probabilidades de que se encontrara con algún conocido, porque uno podía recorrer kilómetros y más kilómetros en cualquiera de las carreteras de Yarham sin cruzarse con más de media docena de peatones, un par de carretas y algún automóvil ocasional. Era apabullante la sensación de lejanía de las prisas de las ciudades.

Sin embargo, no había caminado más de un kilómetro cuando se encontró con Eileen Thurlow que acababa de emerger de un camino de hierba que cruzaba la carretera. En verano, estos caminos de hierba se podían recorrer a pie pero, en invierno, los peatones solo podían cruzarlos con botas de goma. Así que muchas granjas quedaban completamente aisladas en el mal tiempo y no había tráfico alguno salvo las carretas de las granjas.

*Miss* Thurlow reconoció de inmediato a Vereker.

—Iba justo de camino a verle —le dijo—. Desde que vino a visitarme con Mr. Sturgeon le he esperado casi a diario.

—Iba a hacerlo, *miss* Thurlow, pero...

—No quería molestarle en las circunstancias actuales. Lo entiendo. Quería hablar con usted a solas porque creo que es la única persona que comprende mi situación. Estamos a menos de un kilómetro de Old Hall Farm. ¿Le importaría venir conmigo a tomar el té o tiene algún otro compromiso?

—Estoy completamente libre y será un placer acompañarla. Espero que no le importe que le haga todo tipo de preguntas.

—Al contrario. Le contestaré lo mejor que pueda. Estoy deseando ayudarle a resolver esta terrible tragedia. Para la policía esto no tiene ni pies

ni cabeza y el inspector Winter me trata como si fuera imbécil. Cuando le conté que mi tío y yo habíamos tenido una sesión espiritista se comportó de una forma absolutamente insultante.

—¿Se ha enterado de que el inspector Heather, de Scotland Yard, está ahora a cargo de la investigación?

—Lo he leído esta mañana en el *West Suffolk Post*. Espero que sea más educado que sus colegas locales.

—Es un gran detective, *miss* Thurlow, y un buen amigo mío. Creo que le encontrará muy discreto, incluso en el asunto del espiritismo.

—Me alegro de que me diga eso porque estoy segura de que está conectado de alguna manera con todo lo que vino después.

—¿Por qué lo cree así?

—Es difícil de explicar con palabras... hay un par de formas en las que puede estar relacionado... pero antes tengo que preguntarle si usted cree en el espiritismo, Mr. Vereker.

—Es un asunto sobre el que me confieso completamente ignorante. No he tenido suficiente experiencia de primera mano como para decir que creo en ello... Por lo que he leído, diría que *podría* haber algo... pero más allá de eso no estoy dispuesto a llegar.

—Lo que quiero saber es si no es un escéptico radical de los que piensa que todo eso no son más que tonterías.

—Yo no soy escéptico radical en nada, *miss* Thurlow —replicó Vereker con una sonrisa.

—Me alegro. Por resumir... la sesión espiritista puede estar conectada de forma indirecta con la desaparición de mi tío. Después de que yo le diera las buenas noches, es posible que saliera por la ventana para buscar el origen de la música...

—Perdone que le interrumpa pero, ¿por qué salió por la ventana?

—No lo sabemos, solo lo suponemos. Raymer, una de mis doncellas, dijo que cuando bajó a la planta baja la mañana siguiente, todas las puertas estaban cerradas con llave.

—¿Su tío tenía un revólver?

—¡Oh, sí! Siempre tenía uno cargado, lo guardaba en el cajón superior de su escritorio.

—Ya sé que no es raro tener un arma de fuego por protección, especialmente en una casa aislada como la suya pero... ¿Había alguna razón

especial? ¿Tenía miedo de alguien? ¿De algún enemigo?

—No estoy muy segura. Pasó una parte de su juventud en la India. Cuando yo era solo una niña oí que mis padres hablaban de algún lío en el que se había metido allí el tío John. Algo sobre el marido de una bailarina que fue asesinado en el templo de la diosa Kali. Hace poco intenté que mi tío me contara la historia, porque sonaba interesante, pero él negó saber nada de eso. Después estuvo muy nervioso durante unos días y se me ocurrió que aún pudiera estar sufriendo alguna secuela de aquel incidente, aunque fue hace mucho tiempo. Fue en esos días también cuando el hombre ese, Ephraim Noy, se mudó a Yarham y vino a verle. Mi tío dijo que no quería saber nada de él y Noy se marchó. No sé por qué vino Noy, ni por qué mi tío se negó a verle pero tengo la impresión de que se conocían de antes. Poco después de esa visita, mi tío compró un revólver y lo guardó en su escritorio. Me lo enseñó y me dijo que si pasaba algo en su ausencia utilizara el revólver en defensa propia, si era necesario.

—¿Cree que tenía miedo de Noy?

—No. Después de esa visita frustrada a Old Hall Farm, mi tío se desentendió por completo de él. Una vez surgió su nombre en una conversación y me dijo que Noy era un bruto desagradecido y sin escrúpulos y que no quería volver a oír hablar de él... Me resulta difícil hablar de la otra forma en la que la sesión puede estar conectada con la tragedia, pero voy a hacerlo aún a riesgo de que me considere supersticiosa o ridícula. Si cree en el espiritismo, Mr. Vereker, sabrá que hay espíritus malignos al igual que benéficos. Hay bondad y maldad en el hombre y lo mismo en su contrapartida espiritual... Quizá mi tío se encontró esa noche con un espíritu malvado y vengativo.

—¿Pero no creará de veras que un espíritu maligno puede matar a un hombre, *miss* Thurlow? —preguntó Vereker, asombrado de esta sugerencia y mirando a su compañera con curiosidad renovada.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez *miss* Thurlow con serenidad—. Yo he visto en una sesión cómo se volcaba una mesa de casi treinta kilos, como si fuera de juguete. Y la médium era una mujer muy frágil, de más de sesenta años... Como he dicho, es difícil tratar este tema con gente que no cree en el espiritismo. Solo piensan que quizás deberías estar encerrada en un manicomio.

—Sí. Es verdad que esa es la actitud generalizada —dijo Vereker

pensativo.

—Mr. Orton, de Church Farm, está de acuerdo conmigo en que puede haber algo de verdad en la teoría del espíritu maligno. Él es un espiritista convencido, claro. Acabo de ir a verle y me ha dicho que Old Hall Farm siempre ha estado asociada a los malos espíritus. En el pueblo todo el mundo lo sabe y los más viejos pueden contar cosas muy extrañas que han pasado aquí.

—¿No cree que es solo superstición rural?

—No. Claro que no. La gente que vive aislada está mucho más en contacto con el mundo oculto, o como quiera llamarlo. Por ejemplo, hay un duende en la granja de Mr. Orton que le juega todo tipo de malas pasadas. A Mr. Orton se le iban todos los trabajadores por ese motivo hasta que encontró los que tiene ahora, que no se asustan de esas cosas y las aceptan como parte de los misterios de la vida.

—¿Conoce a Mr. Orton desde hace mucho tiempo? —preguntó Vereker de repente.

—Desde que nos vinimos aquí a vivir. Su granja forma parte de la propiedad de mi tío.

—¿Qué tipo de hombre es?

—No es el granjero típico. Está muy bien educado, ha viajado bastante y le gustan mucho la música y las artes, en general. Es un buen granjero y muy inteligente para los negocios, pero bastante reservado, especialmente con la gente del pueblo.

—¿Se lleva bien con él?

—¡Oh, sí! Por andarnos sin rodeos... creo, creo que me tiene una simpatía especial —dijo *miss* Thurlow, sonriendo y sonrojándose de una manera muy informativa.

—¿Se llevaba él bien con su tío?

—Muy bien. Venía muchas tardes a verle y a charlar un rato.

—Ahora le voy a hacer una pregunta un poco impertinente, *miss* Thurlow. Si piensa que me estoy extralimitando, no tiene más que decírmelo... ¿Es algo más que una amistad lo que la une con Mr. Orton? —y Vereker miró de reojo a la cara de su acompañante para ver el efecto de sus palabras.

*Miss* Thurlow apretó los labios e hizo una mueca, como si quisiera ocultar una sonrisa. Sus grandes ojos castaños se iluminaron de pronto.

—Nada más que una amistad por el momento, Mr. Vereker. Estoy segura de

que Mr. Orton me aprecia. Una mujer se da cuenta de esas cosas, aunque rara vez lo reconozca por miedo a que la tachén de engreída. He sido sincera con usted porque estoy segura de que lo considera un dato importante. En cuanto a mis sentimientos... bueno, al principio le tenía cierto rechazo. Ahora... bueno, ahora lo encuentro francamente agradable.

—Muchas gracias. Ahora que ya hemos saltado ese difícil obstáculo, me siento mejor. Por volver al tema de los espíritus... ¿ha visto alguna vez un espíritu o espectro, o como quiera llamarlo, en Old Hall Farm?

—No. Pero *miss* Garford me ha contado que hay gente del pueblo que ha visto una aparición en la carretera que va desde Old Hall Farm al pueblo.

—¿Se refiere a *miss* Dawn Garford?

—Sí.

—Son buenas amigas, según tengo entendido.

—No exactamente. Las circunstancias nos han hecho amigas. Hay tan pocas mujeres en Yarham con las que una tenga algo en común... Ella es lista y divertida y me gusta su compañía.

—*Miss* Dawn vive con su tía en el pueblo, ¿no?

—Cuando está en Yarham, sí. Pero pasa una gran parte de su tiempo viajando de aquí allá con su automóvil. Tiene un montón de amigos. Es muy popular, aparentemente. En realidad, yo no la veo mucho.

—¿Su tío la apreciaba?

—Es usted una enciclopedia completa de cotilleos, Mr. Vereker — exclamó *miss* Thurlow con una carcajada—. Bueno... el tío John siempre era extremadamente galante con las jóvenes, a la vieja usanza. Es posible que el asunto con Dawn fuera más serio. Es lo que parece creer todo el mundo. Yo no me había dado cuenta, pero puede ser que haya querido ocultarme sus sentimientos. Además, yo no soy nada observadora en esos asuntos.

—Supongamos que sus intenciones hubieran sido serias, *miss* Thurlow. ¿Le habría afectado mucho a usted a nivel financiero?

Ante esta pregunta *miss* Thurlow soltó otra carcajada.

—¿Qué pregunta más retorcida, Mr. Vereker! Si le digo que sí, confirmaría su sospecha de que podría estar interesada en la muerte de mi tío.

—Siento que le parezca retorcida la pregunta... y su suposición es correcta —contestó Vereker, un poco avergonzado de este ataque directo.

—Pues no voy a contestar como usted espera. Si mi tío se hubiera casado, yo no lo habría heredado todo, ciertamente. Pero no me habría preocupado

demasiado, porque mis gustos y aficiones son muy simples. No visto a la última moda, no viajo, puedo arreglármelas sin coche... Creo que le sorprendería saber que soy capaz de vivir cómodamente en el campo con doscientas libras al año. Y eso es lo que tengo actualmente, sin contar con el dinero de mi tío. Pero no vaya a pensar ahora que no me importa nada el dinero. Sí me importa.

—Le ruego que me disculpe, *miss* Thurlow. No pensaba que fuera tan austera —dijo Vereker con una sonrisa cordial—, pero mi pregunta tenía otro objetivo, no pretendía obligarla a confesar.

—¿Y puedo preguntar qué pretendía, Mr. Vereker?

—No se lo voy a decir. Un detective, como un mago, tiene que mantener sus trucos en secreto... Pero continuando con *miss* Garford... ¿Cómo era su relación con Mr. Clarry Martins?

—No estoy segura. Era un tema del que no le gustaba hablar. Estoy segura de que Martins estaba enamorado de ella, pero creo que ella no le correspondía. Pienso que compartían algún secreto. No puedo decirle por qué lo creo, pero ya sabe que soy un poco clarividente... A ver, Mr. Vereker, usted es detective, ¿no?... Pues ya le he dado un pequeño misterio que resolver. Aunque probablemente no tenga nada que ver con el caso que le ocupa...

Para entonces, ya habían llegado a la verja de hierro de Old Hall Farm y la conversación fue decayendo mientras se acercaban por el camino de grava que llegaba hasta la puerta de entrada. Los ojos de Vereker, sin embargo, no perdían detalle de todo lo que le rodeaba. El viejo edificio del siglo XIV mostraba un frente de césped impecable, rodeado de setos llenos de flores que resplandecían bajo los rayos de sol. El bosque cercano, los caminos cuidados con esmero que se entrelazaban aquí y allá... todo apuntaba a una vida de confort, tranquilidad y riqueza más que a espíritus malignos y tragedias.

—Veo que le gusta Old Hall Farm —comentó *miss* Thurlow, interrumpiendo sus pensamientos.

—Tiene razón. Es una mansión imponente —replicó Vereker.

—Me cuesta creer que ahora sea mía —prosiguió su acompañante pensativa.

—¿Tiene intención de quedarse aquí?

—Por supuesto. Ni se me ocurriría venderlo. Me encanta este lugar —dijo *miss* Thurlow categórica, mientras entraban a un elegante vestíbulo en cuyo

centro había una antigua mesa de caoba, con un enorme jarrón de cristal tallado rebosante de rosas amarillas.

—Tomaremos el té en el estudio de mi tío —declaró Eileen—. Estoy segura de que le interesa verlo.

—Ha vuelto a adivinar mis pensamientos, *miss* Thurlow. Ahora sí que estoy convencido de que tiene poderes telepáticos.

*Miss* Thurlow sonrió con aire de satisfacción mientras mostraba el camino.

—Excúseme unos instantes, Mr. Vereker. Tome asiento y póngase cómodo, o inspeccione todo lo que quiera. Hay algunas acuarelas antiguas muy interesantes que estoy segura de que le gustarán.

Y con estas palabras y con la promesa de que volvería lo antes posible, lo dejó solo.

Vereker examinó la magnífica habitación, panelada en roble de suelo a techo, y la recorrió con cuidado golpeando la madera con los nudillos y observando sus juntas con particular interés. Seguro, después de este escrutinio, de que no había un hueco detrás, abrió y cerró la puerta que daba al jardín e inspeccionó el cerrojo. Se dirigió luego hacia el ventanal por donde se suponía que *sir* John Thurlow había salido la noche de su desaparición y examinó con atención cada centímetro del sólido marco de roble y del cierre metálico con una lupa. Estaba aún ocupado en esta tarea cuando le sorprendió la presencia de Eileen Thurlow a sus espaldas pues, absorto como estaba, no la había oído llegar.

—¿Es esta la ventana por la que su tío salió la noche de su desaparición? —preguntó de forma mecánica.

—Eso es algo que solo se puede suponer —replicó *miss* Thurlow.

—Pero es lo único que pudo hacer si todas las puertas estaban cerradas.

—Esa es la explicación más sencilla, Mr. Vereker pero... ¿quién puede saberlo? Creo que fue *sir* Arthur Conan Doyle el que expuso la teoría de que Houdini tenía el poder de desmaterializarse para sus trucos. Houdini dijo que él era solo un mago y fue siempre muy hostil con el espiritismo, pero quizá fue solo para proteger sus secretos. Mi tío tal vez consiguió hacer algo así.

—Me parece una explicación muy improbable —declaró Vereker, incómodo. Empezaba a dudar del equilibrio mental de *miss* Thurlow.

—Solo lo sugiero como posible alternativa, porque parece ridículo que el dueño de una casa trepe por una ventana para salir cuando tiene una puerta a



mano.

—Lo entiendo, pero creo que debemos descartar primero todas las explicaciones terrenales antes de pasar a otras que son extremadamente improbables.

—Dice eso porque aún no ha acostumbrado su mente a ellas, Mr. Vereker. Por ejemplo, ¿cree que la mesa es sólida?

—Sé que no puedo atravesarla con mi mano —replicó Vereker con una sonrisa.

—Así es, pero simplemente porque no sabe cómo. Ni la mesa ni su mano son sólidas. Son solo conjuntos de átomos, al menos eso dicen los científicos. El hombre normal y corriente acepta este prodigio sin dudar pero no acepta, sin embargo, el espiritismo. A mí eso me parece bastante incoherente.

—Bueno... no vamos a discutir por eso —continuó Vereker—. De momento, voy a asumir que su tío salió por la ventana. Y vamos a suponer que salió por ahí porque era más rápido que por la puerta.

—No se me había ocurrido esa explicación —observó *miss* Thurlow con asombro—. Es verdad que podía tener muchísima prisa.

—Cierto pero tenemos que averiguar el porqué.

—¡Ah, bien! Aquí tenemos el té —exclamó *miss* Thurlow mientras una doncella traía una gran bandeja y la dejaba en una mesita en el centro del estudio—. Una estimulante taza de té le inspirará deducciones brillantes —añadió con una sonrisa.

—¿Su tío tenía algo contra los sombreros, *miss* Thurlow? —preguntó Vereker, después de una pausa.

—No. Solía llevar gorra hasta dentro de casa. Decía que así no se le enfriaban las ideas. Pero, ¿por qué lo pregunta?

—No llevaba sombrero cuando se encontró el cuerpo. Le agradecería que mirara a ver si falta algún sombrero o gorra en su vestidor.

—Lo haré en cuanto acabemos de tomar el té. Podía haber pensado en ello antes pero, ya ve, yo no soy detective.

—También había una barra de hierro entre los cuerpos. Tengo entendido que este tipo de barras se utilizan para hacer agujeros en los postes para vallar los campos. ¿Sabe si pertenecía a Old Hall Farm? —preguntó Vereker mientras se servía mermelada de frambuesas.

—Estoy segura de que no —contestó *miss* Thurlow categórica—. El inspector Winter ya me hizo esa pregunta, así que consulté con Runnacles, el

jardinero, y me dijo que nunca había visto algo así, aunque puede ser que provenga de alguna de las otras dependencias de la propiedad.

Vereker permaneció callado unos instantes. De repente, alzando la cabeza, preguntó:

—¿Tienen radio, *miss* Thurlow?

—No. Mi tío tenía una aversión completamente irracional a la radio. Siempre la llamaba “ese maldito cacharro” y decía que era el refugio de una generación que no tenía ni conversación ni buen gusto.

—¿Tampoco le gustaban los gramófonos?

—No, y ya sé por dónde va, Mr. Vereker. Está buscando una solución sencilla a la extraña música que escuchamos ese día.

—Digamos que estoy eliminando las soluciones sencillas —replicó Vereker.

—Yo ya he eliminado la única —continuó *miss* Thurlow—. Mi tío pensó que podía ser el organista de la iglesia ensayando. La iglesia está a más de un kilómetro de distancia y desde aquí no se oye el órgano, ni cuando hay misa, pero es que encima esa noche, el organista, Mr. Veevers, no estaba practicando.

—Eso parece definitivo —comentó Vereker y preguntó—: ¿Cuándo oyó esta música por primera vez, *miss* Thurlow?

—Hace aproximadamente dos meses. El treinta y uno de mayo, para ser precisa. Se me ha quedado grabada la fecha porque fue ese día cuando descubrí que tenía poderes psíquicos.

—¿Está segura de que no es algún tipo de ilusión auditiva?

—No sé cómo podría serlo... mi tío también la oyó. Mire, Mr. Vereker, le sugiero que se acerque una tarde y celebraremos una pequeña sesión espiritista aquí para despejar cualquier duda que haya en su mente. Estoy segura de que puedo conseguir que la música vuelva a sonar. No es que yo necesite convencerme, pero estoy deseando convencerle a *usted*. ¿Se apunta?

—Claro, *miss* Thurlow. En realidad estaba deseando pedírselo, pero no me atrevía.

—Bien. Está decidido entonces. Hablaremos de los detalles más adelante. Puede traer a algún amigo, no hostil, si quiere. ¿Cree que al inspector Heather le gustaría unirse a nosotros?

—No le sabría decir pero, conociéndole como lo conozco, creo que sería lo que usted llama un miembro hostil. Ya me ha dicho que piensa que esto del

espiritismo no son más que estupideces.

—Entonces es mejor no incluirlo, pero debe ser usted el que decida. Otra cosa... se me ha ocurrido que tal vez le gustaría hacer un registro completo de la casa y tengo una sugerencia en ese sentido. En un día o dos, debo irme a la ciudad a ver a mi abogado y a mi modista y para otras gestiones. Estaré ausente durante dos o tres días y me gustaría que se alojara en Old Hall Farm mientras yo no estoy. Puede registrar la casa hasta los cimientos, si quiere. El servicio estará a su disposición, por supuesto, y puede pedir a Runnacles que le ayude en lo que necesite.

—Eso es muy generoso por su parte, *miss* Thurlow. No sé cómo agradecerérselo —dijo Vereker con sinceridad.

—Ya me dará las gracias cuando se haya resuelto este espantoso asunto. Me gustaría ayudarle en todo lo que pueda, Mr. Vereker. Estoy segura de que usted tendrá más éxito que la policía. Y hay algo más que le puede ayudar de manera indirecta. Voy a dejarle las llaves del escritorio de mi tío y puede mirar todos sus documentos y sus diarios. No sé si encontrará algo que tenga que ver con este misterio, pero nunca se sabe.

Vereker volvió a darle las gracias y se dispuso a marcharse. Antes de salir, su anfitriona le confirmó que había desaparecido una gorra de su tío, un hecho que demostraba que *sir* John Thurlow llevaba la cabeza tapada cuando desapareció.

Al volver a The Walnut Tree, Vereker se encontró con Benjamin Easy sentado a solas en el mostrador, fumando una pipa con el aire pensativo y deprimido que siempre adoptaba cuando no tenía clientes.

Vereker, tomando asiento, le pidió una pinta de cerveza y le preguntó si conocía a Mr. Arthur Orton de Church Farm.

—No lo conozco mucho —contestó Ben, dando una calada a su pipa—. Tiene dinero, o al menos lo parece. Es buen granjero pero eso es fácil para un hombre con capital. Eso no quiere decir que esté sacando una fortuna de la granja. Una cosa que me gusta de él es que es el primer granjero que conozco que no se queja de su trabajo.

—¿Es soltero o viudo?

—Tiene un ama de llaves.

—Bueno... no me esperaba que llevara la casa él solo, Ben —dijo Vereker sonriendo.

—Ya. No se lo esperaba... —contestó Ben enigmático y se produjo un

silencio significativo.

—¡Ah!... Ya veo a lo que te refieres. Que hay algo entre los dos.

—Dicen que ella quiere casarse con él, pero a saber...

—¿Suele venir por aquí?

—Muy raramente... y cuando viene tampoco es que ayude mucho al negocio.

—¡Ah! Es abstemio, ¿eh? No parece que aprecies demasiado al caballero, Ben.

—No puedo decir ni que sí, ni que no. No se ha cruzado mucho en mi camino. Dicen que se le dan bien los negocios.

—¿Qué piensan sus hombres de él?

—¡Ah! Eso es preguntar... Es un amo duro y no duran mucho tiempo. Ninguno excepto Joe Battrum y Sandy Gow... Ellos dicen que no es para tanto, especialmente Gow... pero Gow es escocés y tan reservado como su jefe.

—¿Has oído alguna vez que Church Farm esté embrujada? —preguntó Vereker con una sonrisa.

—¡Y unas narices, embrujada! —exclamó Ben categórico—. Sobre eso creo que Arthur Orton está loco. Cree en fantasmas y esas paparruchas. También Joe y Sandy creen en eso pero pienso que lo hacen para tener contento al jefe, por así decirlo.

—¿Así que tú no lo crees, Ben?

—Mi padre llevó esa granja durante veinte años y yo crecí allí. Nunca nos persiguieron los espíritus ni nada por el estilo, aunque es verdad que es una casa muy vieja. Pagar la renta fue lo único que nos persiguió allí.

—¿Has oído algún rumor sobre Orton y *miss* Thurlow?

—Bueno... parece que Orton quiere casarse con ella. Yo pienso que quiere casarse más bien con la granja... pero no sé. Él es también uña y carne con *miss* Darford. Ella le visita muy a menudo. Hay algo muy raro en todo eso, especialmente en lo que respecta a *miss* Darford.

—¿A qué te refieres, Ben? —preguntó Vereker observando el entrecejo fruncido de su casero.

—Bueno... al ama de llaves de Orton no parece que le importen las visitas de *miss* Garford. Me parece un poco raro. Si quiere casarse con él, como dicen, debería de sentir celos.

—¿Qué tipo de mujer es el ama de llaves?

—Es joven y atractiva y dicen que es ella quien lleva los pantalones en esa

casa.

En esos momentos, se oyeron unos pasos que se acercaban y en el umbral de la puerta apareció la corpulenta figura del inspector Heather.

—Ha llegado en el mejor momento, Heather. ¿Una pinta de *lager*, como de costumbre? —preguntó Vereker.

—Necesitaré algo más que eso, Mr. Vereker —contestó el inspector en tono sombrío—. Este es el caso más enrevesado que he visto en mi vida. Ya ha conseguido deprimirme... pero tengo comprobado que con la quinta pinta mi punto de vista suele cambiar radicalmente, así que no voy a desanimarme... La primera va a su costa, por cierto.

Benjamin Easy se levantó para traerle la bebida y el inspector posó una mano sobre el hombro de Vereker.

—Creo que es mejor que nos retiremos a otra sala más privada. Este sitio va a empezar a llenarse en breve. ¿Viene conmigo?

—Claro que sí —convino Vereker.

Y cuando el inspector se hubo acabado su pinta, subieron las escaleras y se retiraron al saloncito privado de Vereker.

## CAPÍTULO 6

—Bien, Heather. Ahora cuénteme todo lo que sepa. Me parece que el inspector Winter le ha contado algo que le ha dejado perplejo y preocupado. Vamos, desahóguese.

—A decir verdad, no me siento muy lúcido hoy. Creo que estoy trabajando demasiado últimamente. Aún tenemos el caso Barton pendiente... y este parece que va a ponerse difícil también. ¡Es suficiente como para abandonar el alcohol y dedicarse a la mala vida!

—Una pena que no pudiera yo ayudarle en el caso Barton. Tengo una teoría estupenda que da respuesta a todos los puntos difíciles. Pura deducción, claro. Me encanta el método deductivo puro. Es como las matemáticas puras, nunca te decepciona.

—Lo que no me gusta de la deducción pura es que no se puede colgar a un hombre solo con ella... Pero volviendo al caso que nos ocupa... Hay varios detalles muy raros. En primer lugar, parece imposible que Martins muriera por la herida de bala. En segundo lugar, le dispararon desde atrás. Tercer punto, lo ataron de pies y manos antes de morir. Cuarto, el médico forense está casi seguro de que le pegaron el tiro cuando ya estaba muerto...

—Ese último punto siempre es un poco controvertido, pero si es la opinión del forense hay que tenerla en cuenta —observó Vereker, encendiendo un cigarrillo.

—¿Y me podría decir por qué Thurlow querría matar a un hombre muerto? —preguntó Heather en tono lúgubre.

—Bueno... una buena razón es que un muerto no te puede devolver el disparo... ¿Está seguro de que fue Thurlow el que disparó?

—Es lo que parece. Su mano derecha estaba agarrando el revólver con fuerza y solo había un cartucho disparado. Pero no hemos conseguido encontrar la bala y eso que hemos registrado cada centímetro cuadrado del terreno.

—Una pérdida de tiempo, Heather.

—¿Por qué? Necesitamos la bala para poder demostrar que fue disparada desde el arma de Thurlow. Es importante.

—No me ha dejado terminar. Iba a decir que es una tremenda pérdida de tiempo buscarla en Cobbler's Corner.

—Estoy de acuerdo... Y hay otra pregunta en busca de respuesta... ¿Dónde están las cuerdas con las que se ató a Martins?

—Probablemente cerca de la bala —dijo Vereker.

—¿Se refiere a que alguien se tomó la molestia de buscar la bala y llevarse las cuerdas? ¿Quién y por qué?

—Es evidente que alguien se ha llevado las cuerdas. En cuanto a la bala... tengo una pequeña teoría... pero como es solo teoría, no le interesa.

—No quiero teorías, Mr. Vereker. ¡Quiero hechos!

—Bueno... hay dos hechos que quizá le resulten útiles... El primero está relacionado con los elegantes zapatos de piel de *sir* John. Los ha visto, claro. El segundo es que cuando se descubrió el cadáver, no llevaba sombrero.

—Lo único que eso significa es que salió de Old Hall Farm con mucha prisa. Tal vez oyó ruidos fuera y salió corriendo a investigar.

—No tanto si tenemos en cuenta que siempre se ponía un sombrero o una gorra cuando salía y que una de sus gorras ha desaparecido. *Miss* Thurlow me lo ha confirmado. Aunque hubiera oído a alguien merodeando fuera, no creo que eso justificara saltar por la ventana cuando había una puerta a mano por la que podía haber salido con toda dignidad.

—Eso de saltar por la ventana es muy intrigante, no consigo explicármelo.

—A mí me parece tan poco lógico que he decidido que no lo hizo.

—¿Y entonces cómo salió? La doncella Raymer dice que todas las puertas estaban cerradas cuando bajó por la mañana. Si dice la verdad, ha tenido que salir por la ventana.

—Solo tenemos su palabra de que estaba todo cerrado. Ella llegó a esa conclusión después de que su amo hubiera desaparecido... y eso fue un rato después de bajar. Es posible que sea sincera, pero la memoria nos juega malas pasadas a veces.

—Eso es verdad. ¿Qué le llamó la atención sobre los zapatos de vestir de *sir* John?

—Había algo parecido a cal o yeso en sus suelas. No pensaba revelar esa pista, pero ya ve, estoy jugando limpio.

—Ya vi el yeso, supongo que toda el área debe de ser de origen sedimentario.

—Sí, pero a más de cinco metros de profundidad. Tenemos que encontrar la zona donde los afloramientos hayan emergido a la superficie. Eso nos dará la dirección que tomó cuando dejó Old Hall Farm... De todas formas, Heather,

si puede explicarme cómo Thurlow pudo perseguir a un hombre, digamos que a Martins, desde Old Hall Farm hasta Cobbler's Corner, que está a unos dos kilómetros de distancia, atravesando Yarham sin que le viera nadie....

—No parece factible pero en Suffolk puede pasar de todo, en mi opinión. Y eso de que no le vio nadie en Yarham... En realidad, sí le vieron, sobre las once de la noche.

—Me alegro de haberle sonsacado eso, al menos. No lo sabía. ¿Quién vio a *sir* John, revolver en mano, gritando y persiguiendo a ese pobre diablo?

—Orton y su hombre, Joe Battrum, vieron cómo se metía en un coche la noche en que desapareció. Fue en la carretera que rodea el parque.

—Eso es muy desconcertante, Heather. ¿Llevaba puesta la gorra?

—Sí, pero no llevaba el revólver ni estaba persiguiendo a nadie. Estaba paseando tranquilamente arriba y abajo por la carretera así que debía de estar esperando al coche. Battrum dice que le deseó buenas noches, que Thurlow le devolvió el saludo y que le comentó que parecía que iba a seguir sin llover... ¿Qué opina de eso?

—Me confirma que no salió por la ventana de Old Hall Farm.

—¿Qué tiene que ver la ventana con eso?

—Si Thurlow fue visto a las once, esperando al coche que tenía que recogerlo, quiere decir que había quedado con alguien. Y si había quedado con alguien a una hora determinada saldría con tiempo suficiente... y aunque llegara tarde, no habría salido por la ventana, no era un tema de vida o muerte. Además, si salió fue para ir a la cita, no para perseguir a ningún delincuente.

—Está mejorando, Mr. Vereker. Eso era justo lo que pensaba. Tuvo el tiempo suficiente de sacar su revólver, ponerse la gorra y atravesar las paredes de la casa sin molestarse en abrir las puertas.

—Esas puertas cerradas con llave son un problema, Heather —exclamó Vereker con una carcajada—. *Miss* Thurlow, que es espiritista, ha resuelto la cuestión con suma facilidad. Ha insinuado que es posible para un hombre desmaterializarse, atravesar la pared y... ¡juntar luego todos los componentes en el otro lado!

—¡Cielo santo! ¡Y aún tengo que interrogar a esa señorita! De todas las estupideces del mundo...

—¡Vamos, Heather! No pierda los nervios e intente conseguir una solución mejor, si puede... Volviendo a Mr. Clarry, ¿qué piensa el doctor de su muerte?

—No tiene ni idea. El *post mortem* no ha revelado mucha información...



Podría haber muerto de un derrame cerebral, pero no es seguro. Parece que el hombre murió sin defenderse, algo increíble si tenemos en cuenta que fue atado de pies y manos. Podría haber fallecido de un *shock*, pero creo que podemos descartar esa opción. Era un joven fuerte y sano.

—*Miss* Thurlow ha sido de nuevo muy cooperativa en este asunto. Dice que un espíritu maligno ha podido matar a su tío. El espíritu pudo cargarse a Martins también. Y un espíritu mataría a un hombre de forma misteriosa, ¿no?

—¡A la porra los espíritus, Mr. Vereker! —exclamó Heather.

—Estoy de acuerdo. La cerveza es mejor. Pero hay otro punto muy intrigante en todo esto: Thurlow desapareció el lunes por la noche y Martins el viernes anterior. Sus cuerpos no aparecieron hasta el miércoles por la mañana. ¿Qué hicieron ambos entretanto?... Estoy dando por supuesto que el martes no estaban tirados en Cobbler's Corner. Mr. Ephraim Noy dice que pasó por allí el martes por la tarde y no estaban... Y otra cosa, cuando Martins dejó a sus padres el viernes por la tarde, llevaba un maletín consigo. Ese maletín debería de aparecer, igual que la gorra de *sir* John. Este tipo, Ephraim Noy, se vuelve cada vez más importante. Según *miss* Thurlow, su tío conocía a Noy antes de que este llegara a Yarham y fue justo después de su llegada cuando *sir* John compró el revólver... A mí esto me parece muy significativo, Heather.

—Menos mal que ella no ha sacado sus fenómenos paranormales para dar también una explicación a esto —apuntó Heather con alivio—. No me gusta nada este interés tan desmedido por los espíritus, Mr. Vereker... Me huele demasiado a cortina de humo. ¿Está seguro de que la dama no pretende engañarnos?

—Casi seguro. Es todo lo auténtica que se puede ser... Yo no quitaría ojo a Ephraim Noy si fuera usted.

—Buena idea. Noy es el tapado. Nadie sabe mucho de él por lo que he podido averiguar. Pero tampoco me siento muy cómodo con *miss* Thurlow. Es un enigma y no me fío de los enigmas.

Durante un par de minutos los hombres permanecieron en silencio, hasta que Heather exclamó en tono exasperado:

—¡Estoy perdiendo la memoria, Mr. Vereker! Es hora de que me retire y me vaya a vivir a la playa con los jubilados.

—Tal vez otra pinta le ayude —sugirió Vereker amablemente.

—¡Uf! ¡Hasta de eso me había olvidado! —exclamó Heather mientras se levantaba y se iba a buscar otro par de pintas de cerveza.

—¿Qué era lo que intentaba recordar antes? —preguntó Vereker cuando el inspector se hubo sentado de nuevo.

—Dónde y por qué he conocido antes a Runnacles. Me he estado devanando los sesos desde que le he visto.

—¿Runnacles? ¿No irá a meter a ese pobre diablo en su lista de sospechosos?

—¡Ah! Ahí es donde mi experiencia gana a su intuición, Mr. Vereker. Yo me he cruzado con Runnacles antes. Ese hombre ha pasado por nuestras manos. Ya me acordaré antes o después.

—En una novela de detectives podría poner a Runnacles como sospechoso principal, puesto que es el “Sospechoso Menos Probable” pero esto es la vida real, Heather. ¿Está de broma? —preguntó Vereker con semblante serio.

—No. Cuando me acuerde de dónde le he visto antes, se lo diré para que le vigile.

—Bien. No me ha dicho una palabra sobre la barra de hierro que se encontró entre los dos cuerpos y que fue el arma que mató a *sir* John. La policía la habrá examinado.

—¿Cómo sabe que fue el arma que se utilizó, Vereker?

—Cuando me dejaron vigilando Cobbler’s Corner la miré con cuidado, sin tocarla claro está, y vi que había sangre y pelos adheridos. Y diría que los pelos eran de Thurlow. ¿Había huellas dactilares?

—No. Ninguna.

—¡Vaya! Eso es una prueba importante. A cambio de esa información le diré que el otro extremo de la barra estaba manchado de yeso.

—Ya lo había notado, pero no sé dónde nos lleva eso.

—Pues espero que a la solución del crimen, aunque tal vez estoy siendo demasiado optimista. Esta tarde, *miss* Thurlow me ha invitado a presenciar una sesión espiritista con ella. Quiere convencerme de que la música sobrenatural que oyó no es una farsa. He prometido asistir. También sugirió que tal vez usted también querría venir.

—¿¡Qué!?! ¿Música del más allá? —rugió el inspector—. ¡Preferiría asistir a un concierto de cucharas y tenedores! ¡Jamás! La policía ya asistió una vez a una sesión espiritista en una ocasión memorable, en una ciudad costera del sur. Fue en conexión con un asesinato. Me la contaron luego con pelos y señales y ya he tenido bastante. Prefiero dejar esas cosas a gente con más tiempo libre que inteligencia.

—Yo ya dejé caer que era un descreído y podría ser un obstáculo para cualquier manifestación, así que *miss* Thurlow dejó el asunto a mi discreción.

—Pues ya puede ejercer su discreción de inmediato en mi contra. Ya lo ha hecho, sin duda, porque si lo que quiere es sentarse y tomar a la encantadora médium de las manos cuando se apaguen las luces, no querrá tenerme a mí a su lado... ¡Cielo santo! ¡Este caso me está deprimiendo! A cada paso de mi investigación me encuentro con un fantasma diciendo tonterías.

—Así que hay algo más que no me ha contado, Heather. ¡Suéltelo ya!

—Lo hay y, conociendo su debilidad por los fantasmas, ni se me ocurriría ocultárselo... En uno de los bolsillos de la chaqueta de Martins se encontró una nota incompleta. El trozo que faltaba había sido quemado. He hecho una copia del fragmento por si lo quiere ver.

Y con estas palabras el inspector Heather sacó de su agenda media hoja de un cuaderno y se la pasó a su acompañante. La nota decía:

“CLARRY...  
ESPÍRITU...  
CONDENSA...  
ROTO”

Vereker examinó la nota con atención y se echó a reír de repente.

—¡Imposible evitarlos, Heather! ¡No se libra de los espíritus!

—¿Qué piensa de la nota, Vereker? Yo no le encuentro sentido.

—Bueno... es un fragmento de una nota de un colega dirigida a Martins.

—¡No me diga!

—Un fragmento de una nota —continuó Vereker sin inmutarse— donde le informaba de una sesión espiritista a la que había asistido. Intentemos reconstruirla. No parece muy difícil:

*“Clarry. Los espíritus comenzaron a aparecer en cuanto apagamos las luces. Las cortinas ondearon al viento, aunque puertas y ventanas estaban cerradas de par en par. Tiraron una papelera e hicieron sonar los timbres pero... la condensación ectoplasmática quedó rota por culpa de uno de los miembros menos receptivos del círculo”.*

—¡Lo que me faltaba! —exclamó el inspector.

—Es solo un intento preliminar, por decirlo de alguna manera, Heather. Creo que podré editarlo y hacer que encaje en el esquema general de la situación.

—Esto no es investigación criminal. ¡Es una broma! —se lamentó Heather consolándose con otro trago de cerveza.

—¡Pero no me diga que este fragmento no es revelador! —exclamó Vereker, en serio esta vez.

—En absoluto. Mi impresión es que está codificado y hasta que logremos descifrarlo no son más que tonterías.

—Podría ser Heather, pero no lo creo. Un mensaje entre dos personas seguiría uno de estos dos métodos de cifrado: o la transposición o la sustitución de letras, y solo se necesita una palabra clave para descifrar el mensaje. Esta nota, sin embargo, tiene palabras normales y no grupos de letras sin sentido... Podría estar cifrado en lo que se llama cifrado por diccionario, en el que tanto el que escribe como el que recibe la carta tienen el mismo diccionario donde las palabras están divididas en dos columnas. La clave para una palabra concreta es la que se encuentra en la columna adyacente del diccionario.

—No sé mucho de este asunto, pero... ¿y qué pasa con el código Bentley, el que se usa en las empresas?

—Lo conozco, Heather, pero el Bentley es solo un código para ahorrar gastos telegráficos. Cualquiera con un Bentley en el bolsillo puede descifrar el mensaje... No, estoy casi seguro de que es un mensaje literal en lenguaje corriente. Lo que necesitamos es el trozo que falta.

—¿Y qué opina de lo que ha visto? Parece un experto en códigos.

—Bueno, quien escribió la nota lo hizo en mayúsculas, lo que quiere decir que, o bien quería disimular su letra para que no se reconociera o quería que se entendiera bien. Yo apuesto por lo primero.

—Un cincuenta por ciento de posibilidades. ¿Por qué iba a querer disimular su letra?

—No lo sé. Es solo intuición. Pero me gustaría tener claros algunos aspectos antes de empezar a trabajar en serio mañana, Heather. En primer lugar, ¿ha dado el doctor su opinión sobre la hora de la muerte de ambos hombres?

—No es definitivo pero piensa que Martins había muerto tres días antes y *sir* John Thurlow veinticuatro horas antes del descubrimiento de los

cadáveres.

—Martins llevaba un maletín cuando salió de casa el viernes anterior. ¿Estaba vacío? Y si no lo estaba, ¿qué contenía?

—No creo que lo sepamos hasta que encontremos el maletín.

—¿Y sus padres no sabían a dónde iba?

—Eso es lo que dijeron al inspector Winter. Martins solo les dijo que probablemente volvería tarde y que no le esperaran despiertos, pero no les contó qué iba a hacer o a quién iba a visitar. Era siempre bastante reservado con sus cosas y sus padres nunca le presionaban con preguntas.

—Voy a tener que investigar un poco más estos detalles... Ya le había contado, Heather, lo de los zapatos de *sir* John manchados de yeso. Bueno, pues había una cantidad considerable de arcilla en las suelas de las botas de Martins. Hace mucho que no llueve pero esa arcilla estaba húmeda. He examinado un fragmento al microscopio.

—¿Y qué secretos le ha revelado?

—Tenía trazas de yeso pero en la mezcla había también un grano de cebada.

—Pues qué ilusión —dijo Heather con una sonrisa—. Hay decenas de hectáreas de cebada en los alrededores.

—Me alegra verle ilusionado, inspector. Pero sigamos... ¿No había nada que le llamara la atención en la ropa de los dos hombres?

—Estaba particularmente sucia. Como si se hubieran estado revolcando en una pocilga.

—Exacto. Y el olor era horrible también. El estado de la ropa podría indicar que tuvieron una pelea antes de morir, pero no había ningún otro signo de lucha. En el codo de Martins, sin embargo, había una sustancia amarillenta que podría darnos más información cuando sepamos lo que es.

—Vamos, Mr. Vereker. No me engaña. Ya sabe de qué se trata, así que desembuche.

—Tengo una idea, pero creo que sus laboratorios le darán información más precisa.

—Hablando de Martins... hay un tema importante que he olvidado mencionar. El médico dice que iba hasta arriba de *whisky*, con lo que es posible que estuviera muy borracho cuando se desmayó.

—¡Ah! Eso podría explicar que no haya señales de lucha. Y podría explicar también el estado de su ropa. Pero esa explicación no vale para *sir*

John. Era abstemio... ¿Quién fue la última persona en ver a Martins? Me han dicho que le vieron con George Mobbs, el panadero, sobre las diez de la noche. Nadie parece haberle visto después. ¿Dónde se metió?

—A mí no me pregunte —respondió el inspector.

—Solo hay una explicación. Debe de haberse desmaterializado también...  
—replicó Vereker con una sonrisa furtiva

—¡Puaj! Bonita historia me está armando entre espíritus, música paranormal, ectoplasmas y desmaterializaciones...

—Eso es porque usted es un escéptico desmedido, Heather. Tiene que intentar cambiar su actitud mental en este asunto. Este es un caso especial. Le haría bien leer el ensayo de mi buen amigo Emerson: *El trascendentalismo*. Yo siempre guardo en mi bolsillo uno de los volúmenes de Ralph Waldo. Son estupendos para dormir.

—Ya lo ha dicho todo, Vereker. Me voy a dormir. Le veo mañana. ¡Buenas noches! —se despidió el inspector dando un último trago a su cerveza.

—¡Buenas noches! —contestó Vereker sonriendo.

En cuanto Heather se hubo ido, sacó un mapa del Servicio Nacional de Cartografía y comenzó a estudiarlo, anotando todas las calzadas, caminos y pistas que se cruzaban en algún momento con la carretera que llevaba a Cobbler's Corner.

# CAPÍTULO 7

Vereker desayunó a solas la mañana siguiente. Cuando acabó, decidió volver al escenario donde se habían descubierto los cuerpos y explorar el área a pie.

La mañana era magnífica, un cielo sin nubes y una brisa ligera prometían mitigar el bochorno de un perfecto día de verano. Vereker se sentía animado y excitado.

Comenzó a caminar con la sola compañía de un cigarrillo y un palo y, en media hora, ya había llegado a Cobbler's Corner. No se veía ni un alma en los alrededores y el suelo, seco y duro, tampoco tenía señales del paso de los numerosos curiosos que habían estado visitando el lugar. Se dirigió rápidamente al sitio donde se habían encontrado los cuerpos, midiendo la distancia mentalmente desde la carretera y miró a su alrededor. El pueblo y Old Hall Farm quedaban en línea casi recta hacia el sur.

Vio una pista de hierba que salía de la carretera y cruzaba la pradera, atajando hacia el pueblo. El *bungalow* de Ephraim Noy quedaba al norte, a menos de cien metros de allí. De hecho, era posible distinguir su tejado rojo entre el follaje. A Vereker le entró curiosidad por ver el hogar de Ephraim Noy y hablar con su dueño así que, después de terminar el escrutinio del terreno, saltó a la finca adjunta por un seto y se dirigió a la casa, mientras se iba mentalizando de su nuevo papel de periodista.

Lo primero que le llamó la atención al llegar fue una pila de tierra blanquecina a pocos metros de la entrada posterior. Encima de la pila se veía la parte superior de un trípode de madera con una polea y una cuerda, los primeros signos visibles de la perforación de un pozo. Se asomó a la boca del pozo, que medía casi metro y medio de diámetro y unos doce metros de profundidad. En las paredes se veían los diferentes estratos de tierra perforada, entre ellos una veta de arcilla sobre un manto de yeso. Era la primera señal de yeso que había visto en la zona.

Estaba pensando si sería factible bajar por la cuerda, cuando oyó el sonido de unos pasos que se acercaban y, girándose, se encontró cara a cara con Mr. Ephraim Noy que, con las manos en la espalda, le miraba con mala cara y el ceño fruncido.

—Bien, joven, ¿le importaría decirme cómo ha entrado hasta aquí? Si no

es mucha molestia contestarme, claro —preguntó con irónica cortesía.

—Por detrás, cruzando el seto —contestó Vereker sin rodeos.

—¿Y me haría el favor de hacer el proceso contrario?

—Claro. Siento haberle molestado, señor, pero... —pensó con rapidez— me interesa mucho la geología de este distrito y no me pude resistir a echar un vistazo a la chimenea de su pozo.

—Yo no veo nada interesante en un pozo —observó Mr. Noy algo apaciguado.

—Me estaba preguntando a qué profundidad pasa el estrato de yeso por debajo de la arcilla de Londres.

—Querrá decir la arcilla de Suffolk. Londres está a más de cien kilómetros de aquí.

—Claro que es arcilla de Suffolk pero la veta es conocida por los geólogos como arcilla de Londres.

—Muy interesante. Seguro que ha sido un londinense quien le puso el nombre —observó Mr. Noy y, con un súbito cambio de tono, preguntó—: ¿Es usted el caballero que se encargó de vigilar Cobbler's Corner ayer por la mañana en ausencia de Godbold?

—Sí. Y creo que usted es Mr. Ephraim Noy, el que descubrió los cuerpos.

—Tiene razón, yo me llamo Mr. Ephraim Noy. ¿Y usted quién es?

—Yo soy artista —contestó Vereker con cautela—, pero en este caso de asesinato trabajo como enviado especial del *Daily Report*.

—¡Ah! ¡Un periodista! —exclamó Mr. Noy con alivio no disimulado—. No ha tardado mucho en llegar a la escena del crimen. ¡Luego hablan de la habilidad de los buitres en detectar la carroña!

—Donde hay un cadáver hay una noticia, Mr. Noy —replicó Vereker, haciendo un esfuerzo supremo para no perder la cordialidad.

—Naturalmente. Pero usted ha hablado de “asesinato”. ¿Ya está confirmado que ha sido asesinato?

—Creo que es lo que piensa la policía. Tal vez dos asesinatos.

—A la policía le encanta que la prensa lo exagere todo y que luego magnifiquen su reputación como investigadores, pero yo no veo tanto misterio. Dos hombres, enamorados de la misma mujer, se encuentran, se pelean y terminan matándose.

—No creo que sea tan simple como eso —remarcó Vereker escrutando la cara de Mr. Noy, que hacía un esfuerzo consciente por evitar su mirada.



—Ustedes, los periodistas, siempre haciendo la pelota a la policía. Supongo que así funciona el mundo... Pero mire lo que le digo, Godbold se lleva mi voto al más tonto del pueblo.

—Se portó usted bastante mal con él ayer —dijo Vereker en defensa de su amigo—. Godbold no es mal tipo.

—Se lo estaba buscando. Presumiendo como si fuera el presidente del Tribunal Supremo y luego va y echa un escupitajo sobre la mina del lápiz. Cuando el inspector llegó, pensé que por fin venía alguien con algo de inteligencia pero empató con Godbold a idiota... No me dejaron contar la historia a mi manera. Me trataron como si fuera una cucaracha... así que cerré el pico y no consiguieron nada de mí.

—¿Había alguna información clave que se guardó para sí? —preguntó Vereker adoptando el aire más casual que pudo.

—¿Quién decide qué es clave y qué no lo es? Si estamos hablando de un doble asesinato en vez de una pelea, el dato más básico puede ser vital.

—Creo que puede olvidarse de la teoría de la lucha, Mr. Noy. Es imposible que uno pudiera haber matado al otro.

—No sé cómo está tan seguro. En un caso como este no se puede estar seguro de cómo sucedieron los acontecimientos.

—Cierto, pero parece probado que Martins, antes de su muerte, fue atado de pies y manos y el doctor piensa que la herida de bala fue causada cuando ya estaba muerto.

—¡Ah! ¡Así que eso es lo que han descubierto! ¡Asombroso! —exclamó Ephraim Noy con considerable sorpresa. Y metiendo las manos en los bolsillos y mirando fijamente a Vereker añadió—: No digo que no tengan razón. Confirma una pequeña suposición mía... Si tiene cinco minutos le puedo contar algo importante. Le interesará como periodista. Y luego, cuando haya exprimido bien la noticia en el periódico, puede contárselo a la policía. Vendrán a mí a confirmarla y ya me encargará yo de que el inspector Winters me trate con más respeto de lo que hizo ayer... Pero hace calor aquí al sol. Entremos en el *bungalow* y le cuento.

Y con estas palabras Ephraim Noy le hizo entrar en una sala de estar amueblada con sencillez, pero elegancia, y acercó una silla y una caja de puros a Vereker.

—¿Le gustan los puros? Creo que son buenos aunque a mí personalmente no me van mucho.

Vereker encendió un puro mientras su anfitrión cargaba su pipa.

—Bien, Mr. Vereker. Noté algo peculiar cuando me encontré con los cuerpos de *sir* John y Mr. Martins ayer por la mañana.

—Disculpe la interrupción pero... ¿iba de camino del pueblo? —preguntó Vereker.

—Sí. Iba a tomar el autobús de las ocho que va de Yarham a Sudbury. No tenía tabaco y en Yarham no venden la marca que yo fumo. Bajé la colina y estaba atajando por Cobbler's Corner cuando encontré los cuerpos.

Mr. Noy hizo una pausa dramática.

—Y observó algo que le pareció importante... —le ayudó Vereker.

—Sí. Cómo estaban tumbados. La postura era extraña. Parecía como si les hubieran colocado con cuidado. Si de verdad lucharon se habrían desplomado, no sé si me explico.

—Es justo lo que yo pensé, Mr. Noy, pero usted se aferraba a su teoría de que se mataron mutuamente.

Este comentario evidentemente sorprendió a Mr. Noy, pero se recuperó rápidamente observando:

—Solo estaba probando su inteligencia, Mr. Vereker.

—Pues ha perdido el tiempo. La inteligencia es precisamente algo que me sobra.

—Entonces le interesará lo que le voy a contar —continuó Mr. Noy sin inmutarse—. La noche anterior, la del martes, yo estaba sentado leyendo, entre las diez y las once. Todo estaba tranquilo y yo estaba concentrado en mi libro cuando oí un automóvil a la altura de Cobbler's Corner, más o menos. Yo seguí leyendo, suponía que el automóvil seguiría subiendo y pasaría por mi puerta, pero no lo hizo. Eso me extrañó, así que miré por la ventana y vi luces abajo. El automóvil dio media vuelta y regresó a Yarham. En ese momento pensé que el conductor simplemente se había equivocado de camino pero cuando descubrí los cuerpos el día después, este incidente me pareció importante. ¿No cree?

—Claro que es importante, aunque no sabemos si está conectado con la tragedia, claro. ¿Se lo contó a la policía?

—No. Empezamos a insultarnos mutuamente antes de llegar al clímax de mi historia. Perdí los nervios y cerré la boca. Hace un par de años me vine a Yarham buscando paz y tranquilidad y ahora, por una jugarreta del destino, me encuentro mezclado en esta miserable investigación policial. Yo estaba

dispuesto a contar lo que sabía, aunque este asunto me importe un bledo, pero me interrogó una panda de paletos de pueblo. Y hay un límite a la paciencia de un hombre, ¡maldita sea!

—La policía puede ser difícil a veces —convino Vereker—. Apuesto a que se llevó una buena impresión cuando vio que uno de los cuerpos era el de *sir* John Thurlow.

La pregunta, intencionada, fue hecha de forma casual pero, aún así, sobresaltó a Mr. Noy, aunque se repuso con una encomiable habilidad.

—Encontrarse con un par de cadáveres en una mañana soleada no es lo que yo llamaría una racha de buena suerte, pero ¿por qué lo pregunta?

—Porque tenía entendido que usted era un viejo conocido de *sir* John —apuntó Vereker con la mirada fija en su anfitrión.

—No. No conocía a ninguno de los dos —respondió Noy evitando su mirada—. O bueno... los conocía de vista, si se refiere a eso.

—Creía que *sir* John y usted se conocieron antes de venir a Yarham.

—Pues está equivocado —replicó Mr. Noy levantándose y dando la entrevista por concluida—. ¿Quién le ha estado metiendo esas ideas en la cabeza?

—No lo sé. Quizá he oído algún comentario en el pueblo. Pero no tiene importancia —añadió con estudiada indiferencia.

—En absoluto —admitió Mr. Noy rápidamente y añadió—: Bueno, tengo que seguir con mi trabajo. Estoy esperando a los hombres que están perforando mi pozo, deben de estar al llegar. Aunque... no sé, hemos perforado ya más de doce metros y no hay una maldita señal de agua... —Guió a su acompañante hasta la puerta agregando—: La próxima vez que venga a verme, entre por la puerta delantera. Mi seto y mi buen humor se lo agradecerán.

Vereker se despidió de él y se dirigió colina abajo hacia Yarham, absorto en sus pensamientos. Había algo intimidante en Ephraim Noy. Sus modales eran agresivos y resultaba no solo fanfarrón sino maleducado. Vereker se había encontrado antes con tipos así: solitarios, reservados, arrogantes... mala gente con el carácter agriado, tal vez debido a alguna mala experiencia en la vida... Pero había conseguido algo importante de la entrevista y era comprobar que Ephraim Noy mentía cuando le había dicho que no conocía a *sir* John Thurlow. Esto era significativo y Vereker pensó que tendría que investigar la vida pasada de este caballero. Podría resultar muy esclarecedora.

## CAPÍTULO 8

A las once de esa misma mañana, Runnacles, el jardinero de Old Hall Farm, llegó a la posada con una nota de *miss* Thurlow en la que informaba que se iba por fin unos días a Londres y que, antes de marcharse, le gustaría celebrar el experimento espiritista del que habían hablado; proponía las ocho de la tarde de ese mismo día, si no le resultaba inconveniente. Solo o con el inspector Heather, como quisiera.

Vereker decidió que no merecía la pena volver a hablar del tema con Heather y estaba resuelto ya a ir solo, cuando oyó, de repente, un vozarrón familiar en la puerta de entrada.

—¡Algernon! ¿Dónde diablos te has metido? ¡No huyas, cobarde!

Reconociendo de inmediato la voz de Manuel Ricardo, Vereker se levantó de la silla y bajó volando las escaleras para recibir a su amigo.

—¡Hola Ricky! ¡Qué oportuno! ¡Justo el hombre que necesito! Sube a mi habitación. Tengo algo importante que discutir contigo.

—Esta vieja taberna tiene una pinta estupenda, Algernon —comentó Ricardo mirando a su alrededor—. Supongo que nos envenenarán a base de garrafón, como en todas... ¿qué tal un par de litros para empezar?

—Acabo de pedir un café. Tómate tú otro, te dejará como nuevo después del viaje.

—Cambiar garrafón por café es caer muy bajo pero, en fin, soy tu invitado y tenemos el día entero...

—Ricky, ahora en serio. No hay tiempo para tonterías —observó Vereker una vez que se encontraban en sus habitaciones particulares—. En primer lugar, ¿qué te ha decidido a venir por fin?

—En primer lugar, no tenía nada mejor que hacer. Además, un periódico hablando ayer del asunto lo llamó “El misterio del asesino del más allá”. Un titular impactante donde los haya. Leí el artículo y me enteré de que el espiritismo tiene un papel importante en el caso. Ya sabes que estoy escribiendo mis muchas y variadas experiencias sobre el tema y pensé que Yarham tal vez podría inspirarme mi mejor capítulo.

—¡Excelente! Pues vas a empezar asistiendo conmigo a una sesión espiritista informal esta noche en Old Hall Farm. ¿Sabes ya algo del caso?

—He leído todo lo que se ha publicado. Además, he estado charlando con

el dueño de la hospedería. Me sirvió la historia con la cerveza, como si fueran unos cacahuets... Estaré encantado de ayudarte, mi querido Vereker.

—Conociendo tu interés en lo oculto, sabía que vendrías antes o después. Tú crees en los espíritus, ¿verdad?

—A ver... Creo que no hay ninguna necesidad de preguntarme eso a estas alturas. He ido a innumerables sesiones espiritistas, he visto materializaciones de espíritus, he oído voces, he tocado ectoplasmas... ¿Pero qué conexión tiene todo esto con la tragedia?

—Me alegro de eso, Ricky. Tu experiencia me será muy útil. En cuanto a la conexión entre el espiritismo y el doble crimen... Eso es lo que tenemos que averiguar. La noche anterior a la desaparición de *sir* John Thurlow, su sobrina y él tuvieron una sesión espiritista en la que escucharon música de órgano. No parece haber una explicación natural a ese fenómeno, así que vamos a tratar de revivirlo esta noche. *Miss* Thurlow, tú y yo. A ver si hay suerte y descubrimos qué hay detrás de todo esto. Quiero que estés atento a cualquier signo de fraude. No creo que *miss* Thurlow nos vaya a engañar, pero sí que puede ser ella misma víctima de un engaño.

—¡Esto suena prometedor, Algernon! Supongo que el viejo Heather estará echando fuego por la boca como un dragón.

—¡Totalmente! Estaba convencido de que esto del espiritismo era totalmente irrelevante para el caso, pero se ha encontrado con un trozo de papel en el cuerpo de Martins. Forma parte de una nota que le enviaron. Mira, tengo una copia, léela y dime qué te parece.

Ricardo echó un vistazo al fragmento y leyó en voz alta:

—Clarry... ¿Clarry se refiere a Clarry Martins?

—Sí. Es su nombre de pila. Puede ser una versión de Clarence, no sé.

—Habla de espíritus, eso es evidente, pero no entiendo bien a qué se refiere con la condensación rota —continuó Ricardo.

—Yo tampoco. Quizá habla de ectoplasmas, pero esa pequeña adivinanza puede esperar. Tal vez no tenga nada que ver con nuestro caso.

Vereker quedó absorto durante unos instantes y, de repente, sus ojos brillaron como si se le hubiera ocurrido algo interesante. Ricardo rompió el silencio.

—Algernon, tú has estado metido en esto desde el principio. Dame alguna pista de lo que crees que ha pasado. ¿Los dos hombres se mataron mutuamente? —preguntó.

—No. Parece imposible y Heather también ha desechado esa idea. La barra de hierro usada para matar a *sir* John no tiene huellas dactilares y el doctor piensa que la herida de bala de Martins se hizo cuando ya estaba muerto. Un hombre llamado Noy, que vive cerca, me dijo que oyó llegar un automóvil a ese lugar esa misma noche.

—Ya te entiendo, Algernon. Crees que los cuerpos fueron *plantados*, por decirlo de alguna manera.

—Sí. Creo que es un doble asesinato que se ha cometido en otra parte. No sé lo que piensa Heather, supongo que ha llegado a la misma conclusión. La teoría de una lucha entre ambos no se sostiene.

—En cualquier caso, no puedes dar información al inspector, Algernon, o te ganará la apuesta. Menos mal que no soy yo su rival. Me habría dedicado a plantar pistas falsas por todas partes, incluso a riesgo de ir a prisión por obstaculizar la justicia.

—Creo que voy a ganar yo esta vez, Ricky. Y eso me pondría en la delantera. Pero tienes que ayudarme, como has hecho otras veces. Él tiene un pelotón de expertos a su disposición. Yo solo te tengo a ti. No estamos en igualdad de condiciones.

—Reserva tus lágrimas para otra ocasión, Algernon. Ya sabes que los pequeños esbirros de Heather no me llegan ni al talón. Ya verás cómo esa manada de paquidermos se queda atascada en la retaguardia —observó Ricardo con aplastante seguridad.

La conversación volvió entonces al tema del espiritismo, sobre el que Ricardo estaba bien informado. La mañana pasó rápidamente mientras hacía un resumen a Vereker de la historia del espiritismo, desde sus inicios a la situación actual. Ambos esperaban con interés creciente la sesión en Old Hall Farm.

Después del almuerzo, Ricardo se fue a visitar la iglesia de Yarham, un edificio histórico de planta ortogonal, célebre por sus pinturas y sus bancos de roble labrados.

Acababa de irse cuando apareció Heather por la posada.

—Bien, Vereker. Ya he visto que ha llegado su ayudante. ¿A qué encargo le ha enviado?

—A ninguno. Se ha ido a admirar la arquitectura de la iglesia.

—Pensaba que la arquitectura femenina era más su estilo... Es un tipo raro.

Nunca sé si habla en serio o en broma... ¿Ha conseguido averiguar algo más desde la última vez que hablamos?

—Algo, pero es usted el mercader de noticias. Desembuche.

—Los abogados de *sir* John me han dado una copia de su testamento, que se leerá en breve.

—¡Ajá! Piensa que el dinero está detrás de esto. ¿Hay algo que me pueda contar que no perjudique su posición en este jueguito nuestro?

—Bueno, puedo contárselo porque no hay nada que esconder y no quiero aprovecharme de un modesto *amateur*... Según los términos del testamento, *sir* John ha dejado diez mil libras a *miss* Dawn Garford, pequeños legados a los sirvientes que sigan empleados en su casa en el momento de su muerte, una pensión de dos libras a la semana a Runnacles y todo lo demás lo hereda su sobrina, *miss* Eileen.

—¿Era muy rico?

—Estaba podrido de dinero. Su patrimonio, cuando se haga público, va a ser una bonita sorpresa para todos. Se sabía que vivía bien, pero era muy reservado en asuntos financieros. El total ascenderá a medio millón, aproximadamente. Una gran parte está invertido en América.

—Así que el motivo del dinero le lleva a *miss* Thurlow como sospechosa principal, *miss* Garford como sospechosa suplente y Runnacles y el resto de sirvientes les siguen en la fila, ¿eh?... Heather, no hay nada especial en ese testamento. ¿Cuál es su opinión?

—No nos dice nada especial, ciertamente.

—A menos que piense que Runnacles se cargaría a su jefe por una pensión de dos libras a la semana.

—Ahora que ha mencionado a Runnacles, ya me he acordado de dónde lo he visto antes. En prisión. Es un tipo extraño este jardinero.

—Mucha gente ha estado en prisión sin ser asesinos... ¿Fue por robar crisantemos?

—En su juventud era muy aficionado a la caza furtiva. Yo reconozco que tengo debilidad por los furtivos, pero los guardas de las fincas no los soportan. Runnacles cumplió condena por un ataque bastante salvaje a un guarda.

—Mal perdedor. No pudo soportar que lo atraparan. ¿Qué estaba haciendo la noche en que *sir* John desapareció?

—Su mujer ha dicho que estaba en casa. Tanto esa noche como la

siguiente.

—En general, un hombre que es capaz de recurrir a la violencia una vez, es más fácil que lo vuelva a hacer. ¿Cómo se llevaba con *sir* John, su jefe?

—Mal últimamente. El año pasado le cazaron vendiendo a escondidas las frutas y verduras de Old Hall Farm y *sir* John le advirtió de que lo despediría si lo volvía a hacer. Creo que desde ese momento no ha vuelto a ser el mismo. Le amargaba pensar que podría haber sido excluido del testamento. Es una estupidez decir a alguien que le has dejado dinero, es poner la tentación en su camino.

—Creo que su caso contra Runnacles no es muy sólido, Heather... ¿a menos que haya algo más que no me esté contando?

—No he descartado a Runnacles porque aún no tenemos una dirección clara en este asunto. No han muerto en una pelea. Tampoco ha sido robo, ambos tenían la cartera intacta... O ha sido por venganza o les mataron para que no abrieran la boca y yo me inclino por esta última teoría.

—¿Ha interrogado ya a Ephraim Noy?

—Sí. Y me contó lo mismo que a usted, pero ese hombre es un embustero, no me fio. ¿Qué opina de esa historia de que había un automóvil rondando por allí esa noche?

—Yo no sé qué pensar de él. Por un lado, esa historia confirmaría que los cuerpos fueron depositados allí. Algo que ya sabíamos. Por otra parte, Noy es un fino estratega. Podría estar intentando esconder su propia participación en el asunto. Sería una jugada arriesgada pero es capaz de eso y más.

—Yo he llegado a la misma conclusión, así que voy a investigar su pasado. Ha estado viviendo en América... lo que me recuerda que el abogado de Thurlow me dio otra pista interesante. *Sir* John tenía muchos negocios en América, en Wall Street para ser precisos. En la bolsa es fácil crear odios eternos. Más o menos eso fue lo que me dijo el abogado e insinuó que es posible que alguien haya perdido el juicio por haberse arruinado y haya venido a cargarse al hombre al que echa la culpa.

—Ese abogado es demasiado melodramático para mi gusto, Heather. Ya estoy viendo este caso crecer y crecer hasta tragarse el continente americano entero. Y para entonces yo ya habré tirado la toalla y lo habré dejado solo... No creo que la bolsa de Nueva York tenga nada que ver en esto. ¿Alguna otra pista?

—Algunas fibras de cuerda adheridas a la ropa de Martins. Las están



examinando nuestros expertos. Quién sabe, tal vez nos den información interesante.

—Esta investigación se está volviendo cada vez más aburrida, Heather. La ciencia está matando la creatividad: fragmentos de cuerda, marcas en la bala, huellas dactilares, sangre de diferentes grupos sanguíneos... Pero ahora que ha mencionado a Martins, dígame: ¿ha descubierto lo que estaba haciendo antes de desaparecer? Le vieron charlando con Mobbs, el panadero. ¿Ha hablado con Mobbs?

—Sí.

—¿Y sabía él a dónde se dirigía Martins? Llevaba un maletín y eso suena a reunión de negocios.

—Nos dijo que Martins iba a ir a ver a Arthur Orton a Church Farm. Orton había comprado un camión a través de Martins y tenía algún problema con el eje. Martins iba a echar un vistazo y llevaba las herramientas en el maletín.

—¿A qué hora fue eso?

—Justo después de las diez. En cuanto cerró el *pub*.

—¿Y consiguió ver a Orton?

—Sí. Y dijo que el problema del eje se debía solo a falta de lubricante, o algo así. Después de arreglar el camión se tomó un *whisky* con él y su ama de llaves, se despidió y desapareció.

—¿Nadie lo vio después?

—Nadie, pero sigo preguntando... Mr. Vereker, ¿ha analizado por fin el grano de cebada?

—Lo he examinado bajo el microscopio y es un grano muy peculiar pero, ya que tiene tendencia a reírse de mi cebada, no le voy a decir lo que he descubierto.

—Solo hay un uso para los granos de cebada y es... ¡la cerveza! — exclamó Heather con una carcajada explosiva.

A esto siguió un rato de conversación insustancial hasta que Heather se retiró por fin a descansar a su habitación.

Vereker se quedó pensando y repasando en su cabeza todo lo que sabía del “asesinato del más allá”. Cuanto más pensaba en el caso, más extraño y escurridizo le parecía todo el asunto. Se sabía muy poco de lo que había pasado en el intervalo de tiempo entre la desaparición de *sir* John y Martins hasta que los encontraron muertos. La falta de testigos era exasperante. El lugar estaba poco poblado y la mayor parte de los habitantes se recluían en sus

hogares por la noche. Hacia las diez, todo el mundo estaba ya en la cama durmiendo, excepto la docena aproximada de hombres que se iban a beber... Esta ausencia de material con el que trabajar era deprimente, pero poco se podía hacer. Vereker miró su reloj y bajó al *pub* de la posada. Encontraba ese lugar especialmente atractivo, con sus mesas y bancos impolutos, su suelo irregular de ladrillo y sus cortinas de cretona...

En ese momento, la habitación estaba desierta excepto por un hombre de pelo gris vestido con una chaqueta que le quedaba demasiado grande, pantalones piratas y grandes botas. Estaba sentado, tranquilo y callado, fumando un tabaco de olor muy penetrante. Al ver entrar a Vereker comenzó a hablar del tiempo, terminó su pinta de cerveza y posó el vaso sobre la mesa con la intención de irse. Vereker le invitó a otra pinta y descubrió que el desconocido estaba bien dispuesto a la conversación. Comenzó con el tema de la cerveza y siguió con el de la caza furtiva, admitiendo que la había practicado toda su vida... Y fue durante esta fase de la conversación cuando Vereker, inspirado por la asociación de ideas, le preguntó si conocía a Runnacles.

—Le conozco de toda la vida.

—¿Y qué tipo de persona es?

—Un tipo duro, Jim Runnacles. Muy buen furtivo, pero no es de fiar. Vendería a su mejor amigo si le pagaran bien por él. Cuando se lo encuentre, pregúntele si conoce a Barney Decks, que soy yo.

Barney Decks guiñó un ojo y, con una ligera mueca, hizo saber sutilmente a Vereker que las cosas que habían sucedido en el pasado harían que Runnacles no se olvidara de Barney Decks fácilmente. Vereker pronto descubrió que habían sido enemigos durante años y salió a relucir de nuevo la historia del ataque al guarda de la finca, bajo una nueva interpretación en la que Runnacles salía muy mal parado. Después se enteró de algo sorprendente. Barney Decks había oído que la policía había estado investigando los movimientos de Runnacles de la noche en la que *sir* John Thurlow fue asesinado.

—Runnacles dijo al policía que había estado en su casa toda la tarde —remarcó Decks con resentimiento—. Y su mujer le dio la razón. Y es una maldita mentira. Le vi a las once de la noche en Cobbler's Corner. Si yo fuera una sucia sanguijuela como Jim Runnacles iría a la comisaría y lo contaría todo, pero yo no soy así.

—¿Y por qué quiso saber la policía los movimientos de Runnacles?

—¡Ah! A mí no me pregunte, señor —contestó Decks como si el asunto estuviera más allá de su conocimiento e interés.

En ese momento apareció Ben Easy señalando el reloj. Era la hora de cierre, así que Decksapuró los restos de su cerveza, les deseó buenas noches y todos abandonaron el lugar.

Una hora más tarde, aproximadamente, Vereker oyó pasos rápidos subiendo por las escaleras y en un instante Ricardo entraba en la habitación.

—¡Hola Ricky! ¿Te ha gustado la iglesia de Yarham?

—Ha sido la hora más entretenida que he pasado en mucho tiempo. Después de contemplar la fachada, fui a echar un vistazo a las lápidas. No parece el mejor pasatiempo para un día radiante como hoy, pero es un cambio en la rutina. Así que me senté a la sombra y cuando estaba entrando en una especie de trance místico, oí una voz femenina al otro lado del seto. La voz se dirigía a otra voz, masculina esta vez. ¿Y cuál crees que era el tema de conversación, Algernon?

—Lo Absoluto —sugirió Vereker.

—Pues no —replicó Ricardo con una sonrisa—. Trataban más bien de lo Disoluto... *night clubs* y eso. Creo que no habría prestado mucha atención salvo porque mencionó a Poppy Knatchbull, que dirige el Blue Bottle Club de Londres y... como no creo que haya dos Poppy Knatchbull en este mundo, me puse alerta... Pero en ese momento, la voz femenina bajó el tono hasta el susurro y no me enteré de nada más. Una lástima. Luego volvió a elevar el volumen y mencionó tres *pubs* de carretera que conozco bien, así que empezó a interesarme mucho esa conversación. Era un poco rara.

—Pareces tener un conocimiento extenso e íntimo de los *pubs* de carretera, Ricky —observó Vereker.

—Debería tenerlo, desde luego... Hace un par de años escribí una serie de artículos para el *Daily Report* sobre los garitos más escandalosos. Disfruté mucho con ese trabajo. Las normas estrictas de Scotland Yard han expulsado a todos los *pubs* a la campiña... Las apuestas, el juego, las mujeres, beber a todas horas, etc. son ahora los atractivos principales de las viejas hospederías.

—No consigo entender tu interés en esas banalidades, Ricky.

—Pero mi querido Algernon... ¡era mi trabajo! Yo era el enviado especial del *Daily Report*. Como periodista tengo que investigar todos los ángulos del

hombre y no solo el ángulo recto... ese se lo dejo a los reformadores. Además... me gasté un montón de dinero que no era mío, era del periódico.

—Bien. Continúa Ricky.

—En todo caso, el éxodo desde Londres a la verde campiña ha sido positivo. Los antros londinenses han sido reemplazados por paisajes pintorescos, aire puro, buen licor y mejor comida... Pero volviendo a esta mañana... como decía, me encontré con esa mariposilla revoloteando entre las tumbas y me empezó a interesar mucho, así que me levanté para ver si podía echarle un vistazo sin ser descubierto. Y me ocurrió un accidente terrible... ¡Estornudé! Creo que lo correcto es decir “Salud” cuando alguien estornuda pero la dama soltó un “¡Maldita sea!” y salieron de allí a la velocidad del rayo.

—¿Viste cómo era? —preguntó Vereker con curiosidad.

—¡Impresionante! Pero déjame terminar. Cuando llegó a la puerta gritó a su compañero: “¡Y no lo olvides! En el Fox el próximo lunes”. El hombre respondió: “De acuerdo, Dawn” y poco después oí cómo su coche se alejaba.

—Así que su nombre es Dawn —observó Vereker animado—. ¿Y qué hay de su compañero?

—A eso iba. Le vi entrar en la iglesia y le seguí. Me vio contemplando embobado unas imágenes de santos, aunque mis pensamientos estaban más bien en el automóvil que se había marchado, y entablamos conversación. Se explayó a gusto sobre la historia de la iglesia pero, al final, supongo que me vio algo distraído y cambió de tema. Me contó que el reverendo Sturgeon está explorando una cripta que hay debajo de la iglesia. Mi acompañante, que parecía muy molesto por estas actividades, me informó de que el reverendo es un tipo raro... Parece que se le ha metido en su estúpida cabeza de Suffolk que el tesoro del Rey Juan I está enterrado en algún pasadizo subterráneo que sale de la cripta.

—¿Y ha avanzado con sus excavaciones? —preguntó Vereker después de una pausa.

—Ha derribado parte del muro que separa la entrada del túnel mágico y ha cubierto las obras con una cortina.

—¿Quién era el hombre con el que hablabas? —preguntó Vereker con mucho interés.

—El sacristán, que apareció en la última escena del sainete, le llamó “Mr. Orton”. Pertenece evidentemente a la corporación local.

—Sí. Es un granjero de aquí. He oído hablar mucho de él. ¿Qué impresión te causó, Ricky?

—No me pareció granjero. Me dio la impresión de ser un hombre educado, con algún tipo de complejo pedagógico. Pero puedo equivocarme... También nos enredamos en una discusión sobre música moderna. Al final conseguí que cerrara la boca diciendo que todo el mundo tiene derecho a dar su opinión, pero que algún dios compasivo debería impedirselo a algunos. Entonces se puso sarcástico sobre la impertinencia de los jóvenes y me dejó a merced del sacristán... Este era muy interesante. Me relató extensamente todos los síntomas de su ardor de estómago. Parece que ha probado todo tipo de medicinas y remedios y, después de mucho experimentar, se ha dado cuenta que la cerveza negra y el *whisky* de malta es lo que mejor le funciona. Consiguió convencerme de las bondades de su analgésico favorito, así que regresé al The Walnut Tree a por una dosis.

## CAPÍTULO 9

A las ocho en punto de la tarde, Vereker y Ricardo llegaron puntuales a Old Hall Farm y fueron conducidos directamente al estudio, donde *miss* Thurlow les esperaba. Se levantó para saludar a sus visitantes y, tan solo unos minutos más tarde, ya estaban charlando como si fueran viejos amigos. Eileen Thurlow preguntó sobre el avance de la investigación policial y Vereker le hizo un resumen de lo que le había contado Heather. Sobre lo que él había descubierto, guardó silencio.

*Miss* Thurlow entonces cambió de tema y se puso a hablar de espiritismo y pronto Ricardo y ella estuvieron inmersos en un entretenido intercambio de experiencias.

La luz de la tarde de verano comenzaba ya a disminuir y *miss* Thurlow sugirió comenzar inmediatamente con el experimento. Volviéndose hacia Ricardo le dijo:

—No pretendo ser una médium real, Mr. Ricardo, así que no se desanime si no obtenemos resultados. Creo que tengo una sensibilidad especial y espero ir mejorando con la práctica. Pero espero conseguir que se repitan las manifestaciones que oímos la tarde de la desaparición de mi tío, aunque solo sea para despejar las dudas de Mr. Vereker.

—Entiendo que fue una manifestación auditiva —replicó Ricardo con tanta seriedad que Vereker tuvo que disimular las ganas de reír.

—Sí. Los dos escuchamos un órgano.— Y, acto seguido, pasó a relatarle los sucesos de ese día.

—Ahora propongo que nos quedemos sentados como estamos e intentaré entrar en trance. La última vez lo conseguí sin problema y creo que hoy también lo lograré. ¿Están preparados?

Vereker y Ricardo asintieron y *miss* Thurlow se acomodó en su silla como preparándose para dormir. Durante un cuarto de hora, aproximadamente, se hizo un silencio completo excepto por el tictac del reloj de la repisa de la chimenea. Poco a poco, la habitación se llenó de sombras. Ricardo permanecía sentado, en calma y expectante. Una sesión de ese tipo no era una experiencia nueva para él pero a Vereker, sin embargo, todo le parecía irritante e irreal. De repente, *miss* Thurlow comenzó a respirar de forma

agitada, con movimientos musculares espasmódicos que pronto dieron paso a una respiración profunda, como si estuviera en estado de trance.

—Noto una ligera brisa —observó Ricardo, rompiendo el silencio.

Vereker notó la misma sensación y miró las ventanas y puertas. Todo estaba cerrado.

Una pequeña mesa en el centro de la habitación comenzó a crujir como si estuviera sujeta a una fuerte presión lateral. Casi inmediatamente, se oyó primero un golpe y luego otros varios desde diferentes puntos de la pared.

—¡Asombroso! —exclamó Vereker, impresionado a su pesar.

—Un comienzo excelente —corroboró Ricardo y, no acababa de decir estas palabras, cuando la mesilla cercana a *miss* Thurlow se movió y volcó con estruendo.

—¡Cielo santo! —gritó Vereker—. ¿Qué ha pasado?

—No te preocupes, Algernon, y no te muevas. La médium está haciendo acopio de poder.

Ninguno de los dos habló durante los siguientes diez minutos. Vereker estaba completamente asombrado y podría haber afirmado, sin duda, que algo blando y suave le había acariciado una mejilla y el dorso de la mano. No pasó nada más y, después de un rato de paciente espera, la respiración profunda de *miss* Thurlow se volvió más ligera hasta que recuperó la normalidad. Por fin, con un suspiro, se irguió en su silla suspirando y se despertó.

—¿Se ha oído la música? —preguntó de inmediato.

—No —contestó Ricardo—. Pero ha habido un excelente principio de llamadas. Con práctica, podría obtener mensajes por el método alfabético. En cualquier caso, no debe desanimarse en esta fase tan temprana, *miss* Thurlow. Es indudable que tiene poderes y debe perseverar. ¿Supongo que no se ha dado cuenta de nada de lo que ha pasado?

—Estaba completamente inconsciente —replicó *miss* Thurlow y, extendiendo una mano, encendió la luz eléctrica.

Levantándose de la silla, Vereker cruzó la habitación y levantó la mesa volcada. Su ojo curioso exploraba inquieto la pulida superficie del suelo. Un terco escepticismo permanecía en su mente.

—Menos mal que no había porcelana valiosa encima de la mesa, *miss* Thurlow —observó para disimular su desconcierto—, o tendría que haber puesto una reclamación por daños y perjuicios contra sus espíritus.

—No sabía que se hubiera volcado la mesa —dijo *miss* Thurlow con

auténtica sorpresa—. ¡Esto es definitivamente un buen comienzo!

Eileen estaba complacida y feliz por el resultado y Vereker se dio cuenta de que era sincera, pero él tenía más dudas de las que quería admitir.

Discutieron un rato sobre los sucesos de la sesión hasta que el tema se agotó. *Miss Thurlow* lamentó que no hubieran oído la música y se ofreció a volver a realizar el experimento en cuanto regresara de su viaje.

—¿Cuándo se propone ir a Londres, *miss Thurlow*? —preguntó Vereker.

—Mañana por la tarde y espero que no hayan olvidado su promesa de alojarse aquí mientras yo no estoy.

—No. Me mudaré mañana si le parece bien.

—Y espero que su amigo venga también —añadió ella, dirigiéndose a Ricardo.

—Encantado, *miss Thurlow*... con una condición.

—¿Una condición? —preguntó *miss Thurlow* sorprendida.

—Que deje en mi poder la llave de la bodega.

—¡Ah! Me alegro de que me lo recuerde —apuntó *miss Thurlow* con una carcajada—. Hay algunos vinos realmente buenos ahí. Mi tío era un experto, aunque bebía muy poco. Le dejaré la llave, Mr. Ricardo, pero vigile que Mr. Vereker no se exceda —añadió con una sonrisa maliciosa.

—Me temo que en mi compañía eso es imposible. ¡Tendrá que espabilarse si quiere probarlo!

Después de comentar algunos detalles prácticos sobre la estancia de Vereker y Ricardo en Old Hall Farm y de que ellos le agradecieran su hospitalidad una vez más, se despidieron y los dos amigos regresaron a la posada.

—Bien, Algernon. ¿Qué opinas de lo que ha pasado?

—No sé qué pensar. ¿Estás seguro de que *miss Thurlow* no volcó ella misma la mesa?

—¡Algernon! Eres un insolente, querido amigo. ¿Cómo te atreves a insinuar eso de ese ángel? Y aunque lo hubiera hecho, yo me negaría a creerlo. Recuerda que es increíblemente bella y que me va a dejar la llave de la bodega.

—Estás esquivando la pregunta, Ricky. Habla en serio por una vez en tu vida.

—Bueno... ¿quién sabe? Si lo hizo yo no la ví. Y creo que nos habríamos dado cuenta.



—¿Y cómo te explicas entonces lo que ha pasado?

—Algunos médiums tienen la capacidad de mover objetos a distancia. Se llama telequinesis... Pero no sé, no esperes ninguna explicación brillante de mi parte. No sabría dártela.

—Bien. Mañana voy a examinar a fondo esa mesa y la casa entera. Lástima habernos perdido el concierto de órgano, ¿no crees?

—Una suerte pésima. He oído en otras ocasiones cítaras y banjos... y alguna nota de acordeón, pero nunca música de órgano.

—En tus experiencias pasadas, los instrumentos se encontraban en la habitación, ¿verdad?

—Claro.

—Pero no hay un órgano a menos de dos kilómetros de Old Hall Farm. Eso requiere de alguna explicación que no sea la telequinesis.

—No lo había pensado —observó Ricardo—, pero no es tan diferente a oír tres o cuatro voces diferentes en una misma sesión, ¿no?

—Esa música de órgano me pone nervioso —murmuró Vereker.

—Me alegro de no tener nervios —dijo Ricardo alegremente mientras encendía un cigarro—, pero... ¿por qué de órgano? ¿Te molestaría igual si fuera un violín?

—No me molestaría si fuera Paganini, pero eso no tiene nada que ver... Me temo que hemos desperdiciado la tarde, Ricky.

—No seas impaciente. Todo esto del espiritismo a lo mejor no tiene nada que ver con tu línea de investigación, pero nunca se sabe. Y eso de desperdiciar la tarde... nunca había desperdiciado una tarde de forma más agradable. ¡Yo podría desperdiciar el resto de mis días con *miss* Thurlow!

## CAPÍTULO 10

Vereker no consiguió conciliar el sueño esa noche. Un montón de ideas inundaban su mente pero huían con la misma rapidez con la que llegaban. Había experimentado esa sensación muchas veces antes y sabía que solo tenía que poner un poco de orden en sus pensamientos para que alguna teoría por fin tomara forma. Después de unas horas de insomnio, se incorporó de golpe. Por fin había visto la luz.

“¡Sí! ¡Esto tiene sentido!” pensó. Se levantó de la cama, encendió la lámpara de la mesilla y buscó un lápiz y un cuaderno. Durante una hora aproximadamente, apuntó todos los hechos y sus conclusiones. Este proceso siempre le ayudaba a aclarar sus ideas. Cuando acabó, guardó el cuaderno en un bolsillo de su batín, apagó la lámpara, volvió a meterse en la cama con un suspiro de satisfacción y se durmió por fin.

La mañana siguiente en el desayuno, después de dirigirle una breve mirada, Ricardo observó:

—Estás exultante esta mañana, Algernon. ¿Has oído ya el rastro de la presa?

—Tenemos muchas cosas que hacer hoy antes de desplazarnos a Old Hall Farm, Ricky. Lo primero, llamar al reverendo William Sturgeon y también entrevistar con algún pretexto a *miss* Dawn Garford, si es que ha regresado ya al pueblo.

—¿No será mi Dawn de ayer? —preguntó Ricardo sorprendido.

—Quién si no, Ricky. Tu mariposilla de entre las tumbas.

—Por sus hábitos, yo la describiría como polilla nocturna más bien... ¿Cómo conoces su nombre?

—Esa dama es otro de los elementos misteriosos del caso. Se supone que tanto Martins como *sir* John estaban enamorados de ella. De ahí la teoría de que murieron a consecuencia de una pelea...

—¿Qué pretendes exactamente?

—Varias cosas. En primer lugar, tienes que averiguar todo lo que puedas sobre ella. Sabes perfectamente cómo hacerlo.

—De acuerdo. Seré el enviado especial del *Daily Report* o, mejor dicho, su ayudante... ¿Qué le pregunto?... ¿Si le gusta el chicle? ¿Qué piensa de la

actitud de la iglesia ante el divorcio?...

—Pregúntale lo que quieras, Ricky. No creo que te cuente nada de sus relaciones con Martins o Thurlow, pero puedes averiguar sus planes de futuro. Tal vez sería mejor espiarla sin que se dé cuenta. Se pasa el día viajando en su coche... tú podrías alquilar, comprar o robar otro del garaje más cercano y seguirla en cuanto abandone Yarham. Me han dicho que es muy amiga de Mr. Orton, de Church Farm. Intenta averiguar algo de esa relación, si puedes. Es un trabajo difícil, Ricky, un gran desafío para tus habilidades.

—Para mis habilidades y tu cartera, Algernon. El espionaje de alto nivel sale muy caro. Me temo que la dama frecuenta garitos muy exclusivos y eso va a aumentar mis dietas de forma escandalosa. ¿Es rica, acaso?

—Me parece que no pero es cierto que sale mucho y para eso se necesita dinero. Tienes que averiguar cómo consigue este milagro. Se le deben de dar bien los negocios. Lo que no sé es qué negocios. Indaga en ese punto.

—Indagar en los negocios de una mujer... ¡Qué difícil me lo pones, Algernon!

—¿Quizá prefieres entrevistar al reverendo?

—No. Vengo de una familia de clérigos y con ellos tengo suficiente. Déjame la dama a mí... ¿Dónde vive, por cierto?

—Con su tía, en una de esas casas modernas al norte del pueblo. Es la que tiene el jardín más grande y la única con garaje. No tiene pérdida.

—De acuerdo. Creo que necesito otra taza de café para arrancar. Es demasiado temprano para llenar el depósito de *whisky*.

—Te veo en el almuerzo, Ricky. *Au revoir* !

Al llegar a la rectoría, Vereker fue conducido de inmediato al estudio, donde encontró al reverendo William Sturgeon leyendo atentamente una copia de un viejo panfleto llamado *La leyenda de Yarham*.

—Buenos días, Vereker —le saludó el rector.

—Espero no interrumpirle, si es que está trabajando en su sermón, padre —se disculpó Vereker.

—¡Oh, no! Los sermones no me dan ningún trabajo. Soy un predicador nato. Puedo elegir el texto el domingo por la mañana y aguantarlo sin dudar durante los dos servicios. Mi único problema es que el domingo por la noche ya se me ha olvidado por completo —replicó el reverendo con una carcajada, y continuó—: Estaba ahora leyendo un folleto escrito por un antiguo rector de

Yarham. Era muy aficionado a la arqueología. Yo también, aunque no tanto como él.

—Me han dicho que ha estado trabajando en la cripta —comentó Vereker.

—Sí. Me hace ilusión. Me he preguntado muchas veces por qué esa escalera de piedra termina en un muro de ladrillos y decidí explorarla. Pero al principio estaba muy ocupado con mis deberes parroquiales y lo fui dejando... Hace poco tiempo leí un artículo sobre la búsqueda de un altar de oro en el pueblo de Rodbourne Cheney, en Wiltshire. La iglesia de Rodbourne es del siglo XII, igual que la nuestra, y el artículo mencionaba que una escalera de piedra que llevaba a un túnel había sido tapiada a causa de los gases subterráneos nocivos.

—Parece como si hubiera pasado lo mismo en Yarham.

—Exactamente. En Rodbourne Cheney han descubierto que hay cuatro pasadizos abovedados que salen desde la iglesia a diferentes puntos. Uno de esos puntos es la abadía de Blunsdon que se encuentra a casi cinco kilómetros... ¡En esa época sí que se hacían buenos túneles!

—¿Para qué servían? —preguntó Vereker, profundamente interesado en el relato.

—Para huir o esconderse, sin duda. Eran tiempos difíciles aquellos. Los monjes los utilizaron después para esconder los objetos valiosos de la iglesia durante la Reforma.

—¿Y espera encontrar objetos valiosos ahí dentro? —preguntó Vereker incrédulo.

—Nunca se sabe... —replicó el rector frotándose las manos—. Nuestra iglesia necesita muchas reparaciones y encontrar algo nos vendría muy bien.

—¿Hay alguna leyenda en esta zona sobre algún tesoro escondido?

—He preguntado a los más viejos del lugar... Dicen que no han oído hablar nada de tesoros, aunque sí de fantasmas. Pero los fantasmas no me sirven, no los puedo vender... Mi predecesor menciona en este escrito una antigua leyenda según la cual se encuentran en Yarham las joyas del Rey Juan I, que se daban por perdidas. No sé cómo empezó esta leyenda... tampoco lo sabe el creador de este panfleto. Hay otra leyenda similar que dice que las joyas están escondidas en un pasadizo subterráneo entre la iglesia y el castillo de Rockingham en Northamptonshire.

—¿Tiene alguna idea de a dónde llevan los túneles de la iglesia? —preguntó Vereker muy interesado.

—Según el escrito de mi predecesor, uno de ellos llega hasta Riswell Manor, que está a unos tres kilómetros de distancia. Dice que consiguió explorar la mayor parte de este túnel, pero que no encontró ningún tesoro real. Menciona que sí encontró un pelotón de ratas y que casi muere a causa de los gases nocivos.

—¿Así que hay otros túneles sin explorar?

—Yo parto de esa suposición. El escrito no dice nada sobre eso, pero tiene lógica. Pregunté a Chinnery, el abuelo de Yarham. Tiene noventa y tres años. Me dijo que su bisabuelo le había contado que había tres túneles. Este bisabuelo es el hombre que tapió la entrada al pasadizo del pie de la escalera.

A invitación del rector, Vereker le acompañó a la iglesia y examinaron el muro de ladrillos, que ya tenía un agujero.

—Lo he mantenido tapado con esa cortina para evitar que el aire rancio del túnel entre en la iglesia. Cuando haya echado abajo esa pared voy a comprarme una máscara de gas antes de entrar. Estoy seguro de que es peligroso entrar sin protección.

—¿Cuándo empezó a derribar el muro, padre? —preguntó Vereker.

—El treinta y uno de mayo, el único día de verano decente que hemos tenido este año.

Después de pasar un rato más admirando las pinturas de la iglesia y el delicado trabajo de labrado de los bancos de roble, Vereker dio las gracias al rector por su tiempo y le dejó, martillo y cincel en mano, listo para continuar con su ataque al muro parcialmente derribado.

Al volver al pueblo, se detuvo a visitar a Mr. y Mrs. Martins, los padres de Mr. Clarry Martins. Cuando explicó que era periodista y no tenía nada que ver con la policía, lo recibieron con cordialidad y se mostraron dispuestos a informarle de lo que quisiera.

Vereker descubrió que eran gente de campo, sencilla y directa, y pronto se encontró muy cómodo en su presencia. Guiándolos hábilmente de un tema a otro, consiguió averiguar algunos hechos importantes sobre Clarry Martins. Mrs. Martins, más parlanchina que su esposo, le contó que Clarry había sido un hijo perfecto hasta que se fue a Londres. Seguía portándose bien con sus padres, pero había cambiado mucho. Al principio, empezó a trabajar como aprendiz de forjador, pero había abandonado pronto esa actividad para dedicarse a los motores y parecía que había tenido éxito. Comenzó a

menospreciar a la gente del pueblo, a los que consideraba unos paletos, y se había empezado a rodear de malas compañías, amigos que solo pensaban en salir, beber y bailar. En Londres había un terrible catálogo de pecados donde elegir... Esto había llevado a que descuidara su negocio y últimamente andaba mal de dinero. Para terminar de estropearlo todo, se había enamorado de esa descarada, Mrs. Button, la que se hacía llamar *miss* Dawn Garford, como si se avergonzara de su marido fallecido. Nada bueno podía venir de avergonzarse de los muertos. Mrs. Button se divertía con el pobre Clarry mientras que, a la vez, preparaba sus redes para atrapar a *sir* John, o mejor dicho, la fortuna de *sir* John Thurlow. Y no contenta con este doble juego, la muy libertina había tenido además la desvergüenza de hacerse íntima de Mr. Orton, que también tenía una riqueza considerable. En fin, que quedaba bien claro que Mrs. Button no era más que una cazafortunas.

Se produjo una pequeña pausa y Vereker aprovechó para hacer una pregunta que le había estado rondando en la cabeza durante toda la entrevista.

—¿Estaba su hijo interesado en el espiritismo, Mrs. Martins?

—En su vida le oí mencionar el tema. Estoy segura de que no le interesaban ese tipo de cosas —contestó Mrs. Martins.

Vereker se acordó del fragmento de nota encontrado en el bolsillo de Clarry y lo mencionó, pero ninguno de los Martins pudo arrojar ninguna luz sobre el tema.

Satisfecho con el progreso de la mañana, regresó a The Walnut Tree, donde le esperaba Ricardo para almorzar juntos.

—Bien, Ricky, pareces satisfecho. ¿Ha habido suerte? ¿Has visto a Mrs. Button? —le preguntó mientras se sentaban en la mesa.

—No. Se ha ido a Londres esta mañana. He visto a su tía, una mujer de mediana edad que se conserva bien. Para conseguir que fuera más comunicativa, la traté como si fuera lo suficientemente joven como para tener un romance... No funcionó.

—No te contó nada.

—Te equivocas. Me dijo que Dawn va a ir el próximo lunes a Barston, en Surrey, y se va a quedar un par de días. Allí hay un famoso club nocturno. Yo también me quedaré si te puedes permitir el gasto de un coche decente.

—Claro. Ocúpate ya de ello.

—Ya lo he hecho para ganar tiempo. El garaje local tiene un pequeño

bólido que me irá perfectamente.

—¡Espléndido! Se te da bien eso de espiar a la gente. Lo harás estupendamente, siempre que no te fijes demasiado en la dama.

—No sé. Nadie está a salvo de enamorarse, pero yo nunca me dejo enredar en estas cosas. La pasión sin amor es como comer sin hambre. Es la peor depravación para un paladar sofisticado.

—Ricky, estás inspirado esta mañana. ¿Qué te pasa?

—Me he bebido una botella de Chambertin mientras te esperaba. En cuanto a esa tontería... se me ocurrió hace un mes, pero aún no había tenido la oportunidad de soltarla. Suena un poco rebuscada, pero quedará bien en según qué compañías.

—¿Te has enterado de algo sobre las relaciones entre Dawn Garford y Clarry Martins?

—A Dawn le gustaba porque era un tipo sin complicaciones.

—A todos nos gustan los tipos sin complicaciones, no tienen la suficiente inteligencia como para hacernos daño.

—Mira, Algernon. Si te vas a poner a competir conmigo a decir estupideces, me voy... Vamos al grano. Intenté conseguir algo de información sobre la amistad entre Dawn y Orton pero su tía no abrió la boca. Parece que Dawn reparte sus favores de forma bastante generosa.

—Una chica moderna sin moralidad fija.

—Eso de la moralidad fija es cavernícola, Algernon... Después de ver a Orton yo diría que no hay nada más que negocios entre ambos. La pregunta es... ¿qué negocios?

—Exacto... En cuanto hayas terminado tu café nos mudamos a Old Farm Hall. Tenemos que ver a *miss* Thurlow antes de que se marche.

Una hora más tarde, aproximadamente, Ricardo y Vereker llegaban a Old Farm Hall, donde les esperaba *miss* Thurlow, impaciente y muy alterada.

—¡Me alegro de que ya estén aquí! Anoche pasó algo extraordinario y quería contárselo antes de irme... Fue después de la medianoche, yo no conseguía dormir y, de pronto, me pareció oír unos pasos en el estudio de mi tío, que está justo debajo de mi habitación. Me pregunté quién podría ser, así que bajé a ver.

—¡Un acto muy valiente por su parte, *miss* Thurlow! —exclamó Ricardo con admiración.

—Yo no diría tanto, lo hice sin pensar... En cualquier caso, entré en el

estudio y encendí la luz. No había nadie pero todas las sillas, el reloj, la mesilla... todo había sido movido de lugar. ¡Y yo fui la última persona que salió de esa habitación! Luego me pareció oír pasos justo debajo, en la bodega. Para entonces yo ya estaba bastante asustada y no quería que los sirvientes se alarmaran también, así que cerré el estudio con llave y me fui a la cama. Me quedé despierta escuchando por lo menos una hora más, pero no oí nada. Al final me dormí. Esta mañana he dicho a Raymer, la doncella, que no se moleste en limpiar el estudio hasta que yo vuelva. He ido a la bodega pero estaba cerrada con llave, como siempre. Tiene una cerradura Yale y mi tío guarda un duplicado de la llave en un cajón de su escritorio. He ido a comprobar si seguía ahí pero ha desaparecido. Yo misma usé la llave el otro día, así que es posible que sea yo la que la ha extraviado. La he buscado por todas partes sin éxito. Así que, Mr. Ricardo, si quiere probar alguno de los vinos de mi tío, tendrá que desvalijar la bodega.

—¡Pero eso que cuenta es muy interesante! —exclamó Vereker con brillo en los ojos—. ¿Había alguna puerta o ventana abiertas?

—No. Me armé de valor antes de ir a la cama e intenté abrir tanto las puertas como las ventanas, pero estaban todas bien cerradas.

—¡Increíble! —exclamó Ricardo—. ¡Ha debido de ser un *poltergeist*!

—Es justo lo que pensé, pero no me atrevía a decirlo. Me alegro de que lo sugiera, Mr. Ricardo. Por fin he encontrado un defensor de la causa.

—A sus órdenes, *miss* Thurlow. Intentaré ser un digno defensor. Solo la idea de que un *poltergeist* se beba todo ese vino hace que me hierva la sangre.

—¿No ha entrado nadie en el estudio desde que usted lo cerró con llave, *miss* Thurlow?

—No. Quería que ustedes lo vieran todo igual. Si ha sido un humano, y no un *poltergeist*, es posible que haya dejado pistas.

Con estas palabras, *miss* Thurlow les guió hasta el estudio. Cuando abrió la puerta, Vereker sugirió que tanto ella como Ricardo esperaran fuera mientras él examinaba la habitación.

—De acuerdo —aceptó *miss* Thurlow—. Encontrará a mi defensor y a mí misma en la sala de estar cuando haya terminado, Mr. Vereker. Mr. Ricardo y yo estamos convencidos de que está perdiendo el tiempo porque los *poltergeist* no dejan pruebas.

—Espero que tampoco lleven consigo sacacorchos —añadió Ricardo. Y marcharon ambos a la sala de estar.



Ya en solitario, Vereker comenzó a examinar a gatas la habitación de forma sistemática con su lupa. No llevaba mucho tiempo con ello cuando se levantó de improviso, salió del estudio y entró en la sala donde *miss* Thurlow y Ricardo miraban un álbum de fotos con algunos “cameos espectrales”.

—¿Me podría enseñar los zapatos que llevaba anoche, *miss* Thurlow? También los que se puso cuando bajó a medianoche —preguntó.

—En ambas ocasiones llevaba un par de zapatos de salón —replicó *miss* Thurlow. Fue a buscarlos y regresó casi inmediatamente con un par de bonitos zapatos de piel. Vereker echó un vistazo rápido a las suelas y se los devolvió.

—¡Vaya! Es usted un detective veloz como el rayo. Pensaba que los iba a poner bajo el microscopio o algo así. ¿Qué ha descubierto, Mr. Vereker?

—Que no hay signos de yeso en las suelas y que el *poltergeist* tiene unos pies extremadamente pequeños. Usted calza un treinta y seis y el *poltergeist* es capaz de meter sus piecitos en una treinta y cuatro. ¿Alguna de sus doncellas calza esta talla?

—No. Raymer tiene unos pies enormes. Payne hereda mis zapatos cuando me canso de ellos. La cocinera tiene unos pies monstruosos. ¡Solo le caben en un par de esquís!

—Gracias. Esto se vuelve cada vez más interesante... —observó Vereker y regresó al estudio.

Después de examinar durante otro rato la alfombra, recogió de la repisa de la chimenea un adorno de cristal que *miss* Thurlow había dicho que se había movido. Echó por encima un poco de talco y polvo de mercurio y vio cómo aparecían dos huellas dactilares en su superficie. Un jarrón chino dio el mismo resultado. Regresó a la sala de estar y preguntó a *miss* Thurlow si le importaría mostrarle la cocina y las despensas. *Miss* Thurlow le acompañó llena de curiosidad. En la cocina, Vereker preguntó a la cocinera si podría dejarle un vaso en una bandeja. A Raymer le pidió un plato sopero y a Payne un azucarero de plata.

Al volver a la sala de estar, pidió a *miss* Thurlow que presionara con su dedo pulgar en su pitillera. Colocó la pitillera después en la bandeja al lado de los otros elementos y cubrió todo con un paño limpio.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó ella mientras Vereker se acomodaba en una butaca.

—He acabado por hoy —replicó.

—¡Qué decepción! ¡Pensaba que iba a contar hasta tres y mostrarnos cómo

había hecho desaparecer todos los objetos de la bandeja!

—No soy mago, *miss* Thurlow —rio Vereker—. Solo voy a analizar las huellas dactilares para comprobar si el *poltergeist* tiene dedos en las manos, además de pies.

—Me había imaginado que ese era el truco —respondió *miss* Thurlow con una sonrisa y, después de un vistazo al reloj, añadió—: Tengo que prepararme para irme. Cornish estará aquí con el coche en media hora así que, si no les importa, les dejaré que se entretengan solos.

Y con estas palabras, dejó la habitación y fue a cambiarse de ropa para el viaje, no sin antes recordarles que podían poner la casa patas arriba si lo consideraban necesario. También pidió a Vereker si podía llevar un mensaje a Mr. Arthur Orton de su parte. Era solo decirle que podía realizar ya las reparaciones de su granero con Cawston, el albañil. Y con esto se despidió deseándoles que disfrutaran de su estancia.

—Parece que le has causado muy buena impresión, Ricky —bromeó Vereker después.

—¡También ella a mí! —replicó Ricardo con un suspiro.

—¿Y qué hay de Gertie Wentworth?

—Lo malo de los románticos como yo es que solemos tener el corazón pluriemplado. Es un sinvivir, no creas.

—Deja de suspirar, Ricky y ve a encargarte el coche. Cómpralo si es necesario. Tienes que estar listo para seguir a *miss* Dawn Garford en un par de días. Me voy a pasar un momento por The Walnut Tree para recoger mi cámara de fotos y los instrumentos de ampliación. Nos vemos aquí para la hora del té y en la cena también.

—Suena bien. Llevo un par de meses a dieta de pan y queso en el almuerzo y salchicha de Cambridge para cenar. ¡Un par de días en Old Hall Farm me sentarán de maravilla!

# CAPÍTULO 11

Vereker entraba en la posada cuando fue alcanzado por el inspector Heather, bastante más animado que en las últimas ocasiones en que le había visto.

—¿Qué ha pasado con la investigación judicial? —preguntó Vereker.

—Ha sido aplazada sin fecha. Eso nos dará tiempo de hacer nuestro trabajo —replicó el inspector.

—Noto un tono optimista en su voz, inspector. ¿Está siguiendo alguna pista interesante?

—Estoy siguiendo una pista, punto. Pero ya es algo —contestó Heather.

—¿Y sus sospechas se dirigen hacia...?

—Muchas personas, pero Mr. Ephraim Noy es el primero de la lista.

—¿Ha estado investigando su pasado?

—Sí. Hemos logrado enterarnos de sus actividades en Chicago. Fue un miembro muy activo del contrabando de alcohol durante un tiempo.

—¿No me diga? —preguntó Vereker con tanta vehemencia que el inspector le miró receloso.

—¿Está usted también detrás de él, Mr. Vereker?

—No, no, Heather. Me ha sorprendido la noticia, nada más. Continúe con su historia.

—Estuvo trabajando para una panda de *gangsters* y luego se hizo delator. Las cosas se pusieron demasiado calientes para él allí y decidió escaparse a Inglaterra.

—¿Y dónde entran *sir* John o Clarry Martins en la historia, Heather?

—Al llegar a Inglaterra, Noy se empeñó en buscar a *sir* John Thurlow. Parece que coincidieron en algún negocio de la India hace muchos años, aunque no he conseguido averiguar la naturaleza exacta de ese negocio. Creemos que *sir* John le prestó dinero al volver a Inglaterra, pero no estamos seguros.

—El que se haya venido a vivir a Yarham, tan cerca de *sir* John, parece un poco sospechoso —sugirió Vereker.

—Sí. Lo estamos investigando. Se trata probablemente de chantaje. Mr. Ephraim Noy no se va a olvidar fácilmente del interrogatorio que tengo preparado para él.

—A mí no me gusta ese hombre, Heather, pero eso no quiere decir nada. ¿Y hay algo más de Runnacles?

—Sí. Nos mintió cuando dijo que había pasado la noche del martes en su casa con su mujer. En realidad, no llegó hasta la mañana siguiente. Y lo mismo la noche anterior, la del lunes, cuando *sir* John desapareció.

—Ha sido un tal Barney Decks el que le ha contado eso, ¿verdad?

—¿Cómo conoce a Barney Decks? —preguntó el inspector sorprendido.

—Me lo encontré en el *pub* por casualidad. Me dijo que había adelantado a Runnacles en la carretera que llega a Cobbler's Corner la noche del martes, entre las diez y las once... lo que implica tanto a Decks como a Runnacles en mi opinión.

—¿Cree que le estaba mintiendo?

—No. Pero ese tipo es un imbécil y un fanfarrón. Es cazador furtivo desde siempre y bien orgulloso está de ello. Tiene algo contra Runnacles, alguna *vendetta* entre furtivos, creo yo... Pero por volver a asuntos más importantes, Heather... ¿le han confirmado ya los del laboratorio qué era la mancha de la manga de Martins?

—¡Levadura! —contestó Heather con una risotada—. Si se acuerda, la noche que desapareció estuvo hablando con Mobbs, el panadero. Debió de meter el codo en la zona de amasado en algún momento, sin darse cuenta.

—¿Y las fibras de cuerda que se encontraron en el abrigo de Martins?

—Eran fibras de sisal, un material muy habitual en cuerdas. No nos llevan a ningún lado. Sería mejor si pudiéramos encontrar las propias cuerdas.

—Claro. Y la gorra de *sir* John, y el maletín de Martins... Eso me recuerda... ¿había llaves en el bolsillo de *sir* John?

—Sí. Las tengo aquí. Iba a devolvérselas a *miss* Thurlow. Había también algunos papeles y un cuaderno.

—¿Alguna de esas llaves se corresponde con una cerradura Yale?

—Sí. ¿Por qué? ¿Algo importante?

—Muy importante. *Miss* Thurlow me ha pedido que me quede en la casa durante su ausencia y esa es la llave de la bodega.

—Puede llevárselas con una condición, Mr. Vereker, y es que pueda ir yo a visitarle todas las tardes... ¿Qué va a hacer en Old Hall Farm? Creía que se estaba ocupando de los asesinatos de Yarham.

—Voy a cazar fantasmas en mi tiempo libre... Y ahora en serio, tengo autorización para registrar y leer todos los documentos privados de *sir* John.

—¡Ah! Ahora habla con sensatez. Espero que me informe si encuentra algo importante.

—Descuide. Estuvimos siguiendo el mismo rastro en el “Misterio del gato pelirrojo”, como me gusta llamar a nuestro último caso, pero ahora parece que cada uno va por su lado.

—Quizá es mejor así —sonrió el inspector—. Si recuerda, nos despistamos bastante en aquel caso y, al final, los dos nos equivocamos en nuestras conclusiones.

—A pesar de que yo no paré de insistir sobre la pista más importante... Fue mi respeto por sus canas lo que me distrajo, Heather.

—¡De eso nada! Fue nuestra soberbia lo que nos distrajo. Esta vez le voy hacer morder el polvo.

—Le felicitaré si lo hace pero me apuesto un barril de la mejor cerveza a que no.

—Muchas gracias. Y yo me apostaré lo de siempre. Si gana se lleva otra cajetilla de Players.

Vereker se quedó en silencio unos minutos y luego observó:

—Hay algo que me intriga de este caso y es por qué depositaron esos cuerpos en Cobbler’s Corner.

—Ni idea. Es una solución muy melodramática.

—Hay cientos de refugios en la zona donde podrían haber pasado semanas, o quizá meses, hasta que se descubrieran. Los asesinos habrían corrido menos riesgo dejándolos allí.

—Supongo que no tuvieron tiempo —replicó el inspector—. Quizá la intención fuera esconderlos en el refugio que se encuentra cerca del *bungalow* de Noy. Los asesinos irían para allá y algo les hizo cambiar de idea. Eso suponiendo que trasladaran los cuerpos allí en coche o en algún otro vehículo.

—Eso es lo más probable. Y me gustaría saber qué hacían Runnacles y Decks en esa carretera a las once de la noche de un martes.

—Se lo contaré, Mr. Vereker. Runnacles había ido a Sudbury y perdió el último autobús. Caminó los quince kilómetros de vuelta atajando por la carretera. Y Decks subió al refugio a comprobar unas trampas de conejos que había colocado la noche anterior.

—Todo normal, parece.

—A saber. Ni Decks ni Runnacles descienden de la estirpe de George Washington, si quiere mi opinión. Hay otra cosa importante. Uno de mis

hombres ha estado registrando el taller de Martins en Londres y ha encontrado un sobre vacío matasellado. La dirección estaba escrita en mayúsculas, como en el fragmento de nota que encontramos en el bolsillo de Martins.

—¡Vaya! Eso es importante. ¿Dónde fue sellada y cuándo?

—En Yarham, dos días antes de la llegada de Martins.

—¿No se sabe quién la envió?

—Hemos hecho lo que hemos podido... Preguntamos al empleado de correos de Yarham si se acordaba pero no hubo suerte. Recuerda la carta con la dirección en mayúsculas, pero no se fijó en quién la envió aunque tiene una vaga idea de que podría haber sido *miss* Dawn Garford.

—¿Y fue ella?

—Aparentemente, no. Preguntamos a Mrs. Button y negó haber estado en Yarham ese día. Dice que el empleado se lo habrá imaginado, porque todo el mundo decía que Clarry Martins era pretendiente suyo... y que además ella nunca escribe en mayúsculas.

—Es buena estrategia decir que el empleado de correos se confundió por asociación de ideas —comentó Vereker.

—Mejor aún. Le pedí que escribiera “condensación” y “roto” en mayúsculas. Pensó que era una broma pero lo escribió y su letra no se parece en nada a la de la nota.

—Puede haber disimulado su letra.

—No soy tan idiota como para eso, Mr. Vereker. Después de un rato de charla, le volví a pedir que escribiera las palabras y las comparé. Eran idénticas. Cuando una persona falsifica la letra, nunca puede repetirla exactamente igual a menos que tenga el original delante y lo copie palabra por palabra.

—Entonces parece evidente que no fue ella la que escribió esa nota... Pero eso no prueba que ella no la enviara —añadió Vereker.

—Solo tenemos la palabra de la dama, aunque parece decir la verdad... Hay algo que me tiene sin dormir, Mr. Vereker, y es su grano de cebada. ¿Ha descubierto algo especial en ese grano?

—Sí. Estaba malteado. Ya conoce el proceso de poner cebada húmeda en un suelo de metal con calor y dejarlo crecer. Cuando el grano empieza a echar raíces, se corta el proceso. Esto hace que aumente el contenido de azúcar y, cuando se seca, se le llama malta.

—¿Y qué tiene que ver eso con el asesinato de Martins?

—Pues a lo mejor nada pero... ¿de dónde sale?

—Hay varias malteadoras por aquí cerca y sus camiones pasan por el pueblo casi todos los días. Creo que esa pista no nos lleva a ningún lado.

—Tal vez. Como la mitad de las pistas de cualquier caso complicado —observó Vereker. Y mirando su reloj añadió—: Tengo que estar en Old Hall Farm para el té. ¿Vendrá esta noche?

—No. Tengo mucho trabajo. Cuando haya descubierto el mejor vino de la bodega, avíseme y allí me tendrá.

—No se me olvidará. Una cosa antes de irme... su patólogo, *sir* Donald Macpherson, ¿ha dado ya su opinión sobre la causa de la muerte de Martins?

—Ha sido muy cauteloso pero parece que la herida de bala fue posterior a la muerte. No ha encontrado señales de envenenamiento. Sí de congestión cerebral, lo que apunta a un derrame cerebral quizá causado por algún narcótico desconocido. No había señales de lucha, salvo las contusiones que se hizo al intentar desatarse de manos y pies. Interpretelo como quiera, Mr. Vereker. Para mí es chino mandarín.

—No soy médico y no me dice gran cosa pero tendré presente lo del envenenamiento por narcóticos... ¡Adiós, Heather!

Vereker dejó al inspector y volvió sin prisas a Old Hall Farm. Eran solo las cuatro y Ricardo no había llegado aún, así que se encontró con una hora libre antes del té. Entró en el estudio con el manajo de llaves que le había dejado el inspector y, después de algunos intentos, consiguió encontrar la llave maestra que abría todos los cajones del escritorio. Revisando el contenido de uno de los cajones, se encontró con una llave vieja de cerradura Yale suelta entre los documentos. “Probablemente la llave de la bodega”, pensó y la comparó con la otra similar que llevaba consigo. Eran iguales, así que bajó a la bodega y probó la llave suelta. Abría sin problema. Se fijó en la cerradura y descubrió que la puerta podía ser abierta desde dentro metiendo y girando el canto de una moneda en el dispositivo de cierre. Había miles de cerraduras similares a esa. Encendiendo la luz, examinó la bodega con sus barricas de vino bien ordenadas, cada una con una tarjeta con nombre, fechas, etc. Sacando una linterna del bolsillo, comenzó un examen sistemático de las paredes. En una de ellas había una puerta que se abría a otra cámara más grande. Entró en esta también pero estaba vacía excepto por una pila de cajas de madera y fundas de botellas. Después de un breve escrutinio, iba a regresar

a la primera habitación cuando, apuntando al suelo con su linterna, observó una veta blanca entre dos de las losas. Se detuvo y la examinó con cuidado. Era yeso. Se levantó y comenzó a analizar cada centímetro del suelo de la bodega hasta llegar a la puerta de salida. Satisfecho con su investigación, salió y la puerta se cerró automáticamente.

De nuevo en el estudio, se quedó absorto con la vista fija en el panelado de madera de las paredes. Por fin, recobrándose con esfuerzo, continuó el registro de los cajones.

Apartando una serie de documentos sin importancia, se tropezó con una libreta de cheques. Revisó rápidamente los talones y se encontró con un recibo emitido a Arthur Orton por la renta de medio año de Church Farm. Este incidente le recordó que había prometido a *miss* Thurlow hablar con Mr. Orton por el tema de las reparaciones de su granero. Miró su reloj. Después del té iría a hablar con él.

Eran casi las seis cuando se dirigió hacia el pueblo. Antes de tomar el desvío que llevaba a Church Farm decidió que atajando por varias fincas se ahorraría casi un kilómetro de camino, así que saltó una verja y comenzó su excursión por los pastizales hasta su destino. En la distancia podía ver la chimenea de la granja de Orton.

Media hora más tarde se dio cuenta de que por ese camino no sería fácil llegar a la puerta principal de la granja y tendría que entrar por el corral y los cobertizos de los animales de la parte posterior de la casa. Mientras esquivaba un gran charco, divisó a un par de hombres cargando sacos de grano en un camión aparcado en el patio. Un tercer hombre apareció en ese momento y, por cómo iba vestido y se dirigía a los otros, parecía evidente que se trataba de Arthur Orton. En sus manos llevaba un par de latas de gasolina que entregó a uno de los hombres quien, a su vez, las metió en el camión, cuidadosamente escondidas bajo un saco de grano.

En ese momento Orton se dio cuenta, con un sobresalto, de la presencia de Vereker. Recobrándose de su sorpresa se acercó a recibir al inesperado visitante.

—¿Me buscaba a mí, señor? —preguntó con aire desconfiado.

—Si usted es Mr. Arthur Orton, sí, le busco a usted.

—Así me llamo, pero le advierto que si viene a venderme comida para animales o algo de eso, no estoy interesado.



—No voy a probar mis dotes comerciales con usted, Mr. Orton —dijo Vereker sonriendo—. Solo he venido a darle un mensaje. Estoy alojado en Old Hall Farm durante la ausencia de *miss* Thurlow en Londres y me ha encargado que le diga que puede comenzar la reparación del granero del que hablaron. Sugirió el nombre de Cawston como albañil, si no me equivoco.

—¡Ah, gracias! Escribiré a Cawston esta noche. Usted no es de aquí, ¿no?

—Bueno, un poco. Llevo en Yarham casi dos meses. Mi nombre es Vereker.

—¡Ah, sí! He oído al rector hablar mucho de usted. Fue a la universidad con su hijo, creo.

—Sí, somos amigos desde hace muchos años.

—No sabía que *miss* Thurlow se iba a Londres. ¿Cuándo se ha marchado?

—Esta tarde. Me pidió que la disculpara por no haberle dicho lo del granero ella misma. Se le olvidó por completo.

—Después de la tragedia que ha sufrido, lo de menos es el granero... ¿Sabe cuándo volverá?

—Ha dicho que estaría fuera unos pocos días.

—Supongo que habrá ido a ver a sus abogados. He oído que hereda una bonita fortuna de su tío.

—No sabría decirle —replicó Vereker con cautela.

—¿Le gustaría beber algo ya que está aquí, Mr. Vereker? Ha debido de venir campo a través a juzgar por dónde ha aparecido. Es un camino complicado y seguro que le viene bien un refresco.

—Pues si no es una molestia para usted, se lo agradezco.

—Ninguna molestia. Será un placer —replicó Orton y entraron en la casa.

La puerta delantera de la granja se abría a un vestíbulo espacioso, amueblado con piezas antiguas de calidad, demostrando de esta forma que su dueño era un hombre de buen gusto, además de amplios recursos. Orton abrió una puerta a su izquierda y guio a Vereker al comedor. En el centro había una gran mesa de roble rodeada de sillas de alto respaldo. Todo transmitía estilo y abolengo.

—¿Le gusta mi comedor? —preguntó Orton.

—Mucho —replicó Vereker con sinceridad.

—Es mi habitación favorita. Estas viejas casonas tienen un encanto que no es fácil de encontrar en otros sitios. ¿Le traigo un *whisky* o prefiere una copa de vino?

—*Whisky*, gracias.

—Muy bien. Tengo uno muy especial —dijo Orton saliendo de la habitación.

Vereker aprovechó su ausencia para examinar la habitación y observó en una esquina una pila de libros sobre una mesita. Los libros dan tanta información sobre sus propietarios que no pudo evitar acercarse. Para su sorpresa, vio que eran partituras de música: Handel, Haydn, Beethoven, Mozart... Vereker recordó que *miss* Thurlow le había contado que a Mr. Orton le gustaba mucho la música, algo poco frecuente en un granjero. En ese momento, Orton regresó con una bandeja con dos vasos, un sifón, una botella de *whisky* y una jarra de agua.

—Mi ama de llaves se ha ido a Sudbury esta tarde así que me tengo que ocupar yo de todo —explicó mientras le servía un vaso de *whisky* con soda.

Vereker aprovechó el proceso para observar a su anfitrión. Orton debía de tener unos cuarenta años, era alto y delgado, pero fuerte, con un rostro muy atractivo. Después de un vaso de *whisky*, las líneas duras de su cara se suavizaron considerablemente y comenzó a hablar con más libertad y franqueza. Mostró un sorprendente conocimiento del arte y aprecio por la pintura. Observando que su invitado comenzaba a echar miradas al reloj de pared, comentó:

—Veo que está deseando regresar a Old Hall Farm. Si cena a las ocho tiene tiempo más que suficiente para llegar, pero yo también debería volver al trabajo. Cuando tenga un rato libre, venga a verme otra vez. He disfrutado mucho con su visita.

Contento por la invitación y prometiendo volver, Vereker se levantó para irse. Mientras le acompañaba hasta la puerta, Orton le dijo:

—No sé si *miss* Thurlow le ha comentado sus planes de futuro, pero me gustaría saber si se va a quedar en Old Hall Farm.

—Me confirmó que se va a quedar. No creo que esté traicionando ninguna confidencia al repetirlo.

—¡Ah, bien! Pensaba que preferiría marcharse después de lo que ha pasado. Entre nosotros, me gustaría comprar la propiedad completa, esta granja incluida. Se lo dije a mi viejo amigo *sir* John, pero no quería vender. Quizá *miss* Thurlow cambie de opinión más adelante. Es muy joven como para enterrarse aquí de por vida. Tiene que ver un poco de mundo. Y el dinero no será un obstáculo a partir de ahora para ella.

Al salir de la casa, Orton llamó a uno de los hombres que estaban aún cargando el camión y le dijo:

—Battrum le enseñará el camino de vuelta, Mr. Vereker—. Y volviéndose a Battrum añadió—: Cuando se lo hayas mostrado, Joe, vete con el camión. Tenías que haber salido ya.

Acompañado por Battrum, que le mostró el camino sin abrir la boca ni una vez, Vereker salió a la carretera y apretó el paso para no llegar tarde a la cena.

Acababa de alcanzar la carretera principal cuando se encontró con el reverendo William Sturgeon.

—Buenas tardes, Mr. Vereker. Veo que viene de Church Farm. ¿Sabe si está ese hombre, Mr. Orton, en casa?

—Acabo de dejarle allí. Le veo nervioso, padre. ¿Cuál es el problema?

—¿Nervioso? ¡Claro que estoy nervioso! ¡Esta parroquia haría que el mismísimo Santo Job se pusiera a dar palos a diestro y siniestro con su halo de santidad! Dé las gracias de no ser clérigo en Yarham... Un conflicto tras otro y es ese hombre, Orton, quien está detrás de todo.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar Vereker intentando disimular una sonrisa.

—Mi congregación me ha enviado una solicitud formal pidiendo que vuelva a construir el muro que me he pasado horas derribando. Se quejan de que los gases que salen de los túneles hacen imposible la asistencia al servicio religioso. ¡Como si un granjero no estuviera acostumbrado a un catálogo completo de olores pestilentes! Ni un átomo de curiosidad hay en esas cabezotas. Y todo es culpa de Orton. ¡Después de lo que he trabajado! No es ninguna broma perforar un muro de más de un metro de espesor... Pero debo irme ya si quiero atrapar a Orton en casa. ¡Me va a oír!

Con esta amenaza, el reverendo William Sturgeon se sacó un pañuelo, secó su frente sudorosa y se apresuró a luchar por la causa cual mártir cristiano.

Al llegar al camino de entrada de Old Hall Farm, Vereker vio aparcado un deportivo descapotable con asientos de cuero. Ricardo estaba inclinado sobre el motor con una caja de herramientas a mano.

—¿Lo has estado probando, Ricky? Te esperaba para el té.

—Sí. Quería ver cómo iba. No es mal cacharro. Un poco difícil de arrancar, las bujías estaban en mal estado así que las he cambiado. Y si lo sigues mirando con esa cara, Algernon, batirá sus alas, saldrá volando y

desaparecerá.

—¿Ha sido muy caro?

—Baratísimo. Si no lo quieres como mascota puedes revenderlo luego y sacar un pico. O puedes vendérmelo a mí a plazos.

—Supongo que eso último quiere decir que jamás veré un céntimo de mi dinero.

—¡Hombre de poca fe! Al revés que el coche, mis pagos serían lentos pero seguros. Aprecia las ventajas que tienes. Tu agencia de detectives ha conseguido una mini-brigada móvil... Y además, el coche será tuyo hasta que te haya pagado el último centavo.

—Me lo pensaré, Ricky —contestó Vereker dudoso—. Mientras tanto, entremos y cenemos.

## CAPÍTULO 12

Después de cenar, Vereker volvió al estudio y continuó el registro de todos los documentos de *sir* John Thurlow. Ricardo, tumbado en un confortable sofá, se dedicaba a leer uno de los libros de la bien surtida biblioteca.

—¿Algo interesante, Ricky? —preguntó Vereker haciendo una pausa momentánea en su trabajo.

—Es una historia de Yarham de principios del siglo XIX.

—¿Y cuenta algo de la iglesia?

—Aún no he llegado. El autor se explaya a fondo sobre la historia temprana de Anglia del Este, en general. Ahora estoy con la inmigración de los tejedores flamencos a Yarham en el siglo XII. ¡Vaya ladrillo! Es tan árido que me ha dado sed. Creo que ahora es un buen momento para saborear uno de esos *vintages* épicos de la bodega. Como ya te he comentado en otras ocasiones, ningún experto estropearía un vino bueno de verdad tomándolo con la comida.

—¡Santo cielo! —interrumpió Vereker sin hacerle ni caso.

—¿Qué pasa? —replicó Ricardo, momentáneamente despistado.

—¡Una carta de Ephraim Noy entre los papeles de *sir* John!

—¿Quién diablos es Ephraim Noy? —preguntó Ricardo perplejo.

—¡Cómo puedes no acordarte! El hombre que descubrió los cuerpos en Cobbler's Corner.

—¡Ah, sí! ¿Y qué dice?

Se produjo una pausa mientras Vereker se concentraba en la carta con emoción no disimulada. Luego, la dejó sobre la mesa y se giró hacia su amigo.

—Parece un chantaje, Ricky. Primero reprocha a Thurlow que no haya querido recibirle cuando vino a verle y luego dice que aún recuerda un incidente bastante desagradable que tuvo lugar en la India, hace muchos años, donde parece que *sir* John jugó un papel no muy honroso. No dice de qué se trataba, pero yo sé que el resultado fue la muerte del marido de la bailarina con la que estaba implicado de alguna forma. Noy menciona en su carta que quizá *sir* John preferiría que los detalles de ese suceso permanecieran en secreto en Yarham, donde se tiene tan buena opinión de él. Para evitarlo, sugiere que *sir* John Thurlow vaya a visitarle a su *bungalow* cualquier tarde para una charla amistosa.

—¡Será canalla! ¡Debería arder en el infierno, o mejor aún, en una olla hirviendo! ¡Pobre Thurlow! ¿Te imaginas? Llega a la India con todo el entusiasmo de la juventud, se enamora de una bailarina... ¿Cómo culparle? La luna llena india, misticismo, jazmines y... el Taj Mahal, porque no recuerdo nada más de la India en este momento. ¡A mí me habría pasado lo mismo! Luego, algún loco, probablemente otro admirador de la bella bailarina, mata al marido y es Thurlow el acusado del crimen. Después, todo el asunto queda olvidado hasta que este engendro lo saca a la luz con la esperanza de desplumar al pobre viejo.

—Calla un minuto Ricky y vamos a asegurarnos de eso —dijo Vereker echando un vistazo a la fecha de la carta y mirando apresuradamente los libros de cheques—. Aquí hay un cheque a nombre de Noy una semana después de la carta —exclamó al fin—. ¡Es casi demasiado bonito para ser verdad! Ricky, llévame corriendo en esa tartana tuya a The Walnut Tree. Tengo que informar a Heather de esto. Estará encantado, cada vez que sale el nombre de Noy no puede evitar llevarse la mano a las esposas.

—¿Ah, sí? Pues *noy* lo entiendo... ¿Por qué se lo vas a contar? No deberías ayudarle, Algernon.

—Puede que no lo esté haciendo —observó Vereker con una sonrisa misteriosa—. ¡Vamos! ¡Date prisa!

Diez minutos más tarde estaban ya en la posada. En el patio trasero había un camión cargado hasta arriba de sacos de grano. Una mirada bastó a Vereker para saber que era el de Arthur Orton y supuso que el conductor estaría disfrutando de una cena rápida antes de comenzar su largo viaje nocturno. Entró al pub que estaba intensamente iluminado. Un segundo después, Vereker se giró bruscamente, volvió a salir y agarró del brazo a Ricardo que acababa de aparcar y se disponía a entrar en ese momento.

—Espérame dentro un momento, Ricky, mientras hablo de negocios con Heather. Ahí está el conductor del camión que está aparcado justo detrás de tu coche. Intenta entablar conversación con él si puedes, invítale a una copa, haz lo que sea para que no salga antes de que yo vuelva... ¿Tienes alguna lata extra de gasolina en tu coche?

—Hay dos en el maletero, pero yo no entro ahí si vas a pegar fuego al edificio. ¿Para qué quieres la gasolina?

—Luego te lo cuento. Date prisa antes de que sea demasiado tarde. El nombre del conductor es Joe Battrum, por cierto.

Entraron en la posada y Vereker preguntó al dueño, Benjamin Easy, si el inspector Heather estaba en su habitación. Heather estaba ausente y solo volvería a Yarham al día siguiente.

—Dígale que quiero verle mañana en cuanto llegue, Ben. Es muy importante.

—Muy bien, señor.

Vereker salió corriendo al jardín delantero. A través de la ventana, vio que Ricardo y Joe Battrum parecían disfrutar de una animada conversación y se escabulló hacia el patio posterior. Trepó a la parte trasera del camión y tanteó en la oscuridad hasta encontrar las latas de gasolina. Con bastante dificultad consiguió mover el saco de grano y sacar una lata. Saltó del camión, fue corriendo hacia su automóvil, guardó la lata de gasolina, sacó la otra y en pocos segundos había reemplazado las latas.

Entró sin aliento en el *pub* y llamó a Ricky:

—¡Vamos, Ricky! Tenemos que regresar ya. No hay tiempo que perder.

Ricardo bebió de un trago los restos de la cerveza, deseó buenas noches a Battrum y, en un minuto o dos, volaban ya de regreso a Old Hall Farm.

—¿A qué viene toda esta prisa, Algernon? —preguntó Ricardo cuando ya estaban de camino—. ¿Has visto al inspector?

—No. Está fuera y no volverá hasta mañana. Esto se está poniendo caliente, Ricky. Tengo que darme prisa. Me da la impresión de que Heather está siguiendo el rastro correcto esta vez y yo no quiero quedarme atrás.

—¿Dónde ha ido?

—No ha dicho dónde, pero puedo imaginarlo.

Al llegar a Old Hall Farm, Vereker extrajo una de las latas de gasolina del maletero.

—Voy a quedarme con esta lata de gasolina. Compra otra en el garaje —dijo a Ricardo, que le miraba con ojos curiosos.

Vereker entró con la lata al estudio seguido de Ricardo. Para su sorpresa, vio a Vereker echando un poco del contenido de la lata en un plato de porcelana.

—¿Qué demonios estás haciendo, Algernon?

Este, sin contestar, depositó la lata en la esquina más lejana del estudio. Luego sacó un mechero del bolsillo y prendió fuego al líquido, que comenzó a arder de inmediato con una bella llama azul.

—¿Qué rara es esta gasolina! —observó Ricardo con interés—. ¿Con qué

la has mezclado?

—Con sesos, Ricky, sesos —replicó Vereker mientras veía cómo se apagaba la llama en el plato.

—No sabía que te sobraban sesos como para darlos de ofrenda en una pira —añadió Ricardo, reanudando su lectura de la historia de Yarham. Así pasaron un tiempo, en confortable silencio, hasta que Vereker habló.

—Creo que mañana deberías seguir la pista a *miss* Dawn Garford, Ricky. Cuanto antes, mejor. Necesito comprobar algo en mi teoría sobre el misterio de Yarham.

—Hoy es sábado y no volverá hasta el lunes —objetó Ricardo levantando la vista de su libro.

—Ya lo sé, pero quiero que visites los pubs de carretera que *miss* Dawn mencionó a Orton en el cementerio de Yarham. Si te la encuentras en alguno de ellos, pégate a ella como una lapa. Puedes visitar también a tu vieja amiga Poppy Knatchbull en The Blue Bottle. Pretende que conoces el negocio de Dawn Garford. Si es legal, en seguida te dirá lo que es. Te doy cheque en blanco para que consigas intimar.

Durante unos instantes, Ricardo se quedó mirando a su amigo con afecto y asombro.

—Mira que eres raro, Algernon. Normalmente eres agarrado como un campesino holandés pero, de repente, te vuelves un despilfarrador nato... y encima para algo tan ingrato como esto. No es que ponga objeciones, claro. Me encanta la idea de intimar en un ambiente agradable con la cartera repleta, pero me asombra tu actitud. No puedo entender que un hombre delegue la capacidad de gastar su dinero.

—Lo empleo en mi único *hobby*, Ricky. Gracias al genio financiero de mi progenitor, tengo mucho más de lo que nunca necesitaré. Por ironías del destino, mis cuadros se venden bien, estoy seguro de que es porque no necesito el dinero. Vivo una vida tranquila, no necesito ropa cara ni una gran mansión. Mantengo a Albert solo porque está ya tan viejo que, si no cuidara de mí, tendría que vender cerillas en la calle. Mis únicas extravagancias son el buen vino, este tipo de investigaciones y prestarte dinero a ti, que me devolverás algún día cuando escribas algo lo suficientemente malo como para que se venda bien.

—Eres muy confiado, Algernon. Tal y como lo dices haces que me ruborice. Aunque no me creas, la intención de devolverte el dinero es el gran



motor de mi vida. Me empuja a escribir alguna historia que valga la pena. Mientras tanto, vivo esperando el cheque de papá... pero el próximo que llegue será para ti. Eres un buen amigo.

—Entre los papeles de *sir* John estaba la dirección de *miss* Dawn en Londres, tiene un piso en Clarges Street —le interrumpió Vereker, dándole una tarjeta—. Es un sitio caro para una joven de medios limitados. Podrías husmear un poco a ver qué encuentras.

—¡Cielo santo! Gertie Wentworth vive en el mismo bloque de pisos —replicó Ricardo excitado—. ¡Ese edificio es puro lujo asiático!

—No es necesario que visites a Gertie Wentworth —observó Vereker con el ceño fruncido.

—Quizá ella sepa algo de *miss* Dawn Garford... —sugirió Ricardo.

—Tú perderás el norte y yo perderé el tiempo... no me compensa —replicó Vereker.

Iba a volver a su tarea en el escritorio cuando de repente se enderezó súbitamente.

—¿Has oído algo, Ricky? —preguntó con gran excitación.

Ricardo escuchó atentamente durante unos instantes y luego dijo asombrado:

—Creo que es el sonido de un órgano. ¿Tú oyes lo mismo?

—Eso me ha parecido a mí también. Deja de hablar y escucha.

—Apaga la luz —susurró Ricardo—. Si es una manifestación, será mejor que estemos a oscuras.

Vereker apagó la luz, por contentar a su amigo más que nada, y volvió a su asiento.

Ambos permanecieron inmóviles en las tinieblas y las notas del órgano se empezaron a oír más fuerte. Levantándose de la silla, Vereker cruzó el estudio en silencio, abrió la puerta que daba al jardín y salió al exterior en plena noche estrellada, pero no encontró nada fuera de lo normal. Regresó al lado de un embobado Ricardo y, después de escuchar durante algunos segundos más, salió al vestíbulo cerrando la puerta tras de sí. Allí tampoco se oía la música. Sacando una linterna del bolsillo, bajó las escaleras de la bodega en absoluto silencio. Abrió la puerta e iluminó sucesivamente todos los rincones con su linterna, pero no encontró nada que le diera alguna pista del origen del extraño fenómeno. Estaba a punto de retroceder cuando volvió a oír, muy levemente, la música del órgano. Algunos pasajes eran claramente audibles y le sonaban

familiares. Pegó la oreja en diferentes puntos de la pared, pero no logró averiguar nada y se quedó aún más desconcertado.

“¡Increíble!”, se dijo. “Tengo que investigar bien esto mañana”. Y en ese momento, la música cesó como por ensalmo. Se hizo un silencio opresivo y el aire rancio de la bodega pareció volverse aún más frío y siniestro. Se acordó de la sesión espiritista de *miss* Thurlow y cómo le había parecido sentir también una brisa helada sin ninguna explicación razonable. Sintió miedo de repente y su escepticismo se tambaleó. Iba a salir corriendo de allí cuando recobró el control de la situación y se enfadó consigo mismo por haber sucumbido al miedo. Volvió sobre sus pasos con decisión y, echando un vistazo a las estanterías, eligió una botella de un buen clarete, se la metió en el bolsillo, cerró la puerta con llave y subió al estudio. Allí vio que Ricardo había vuelto a encender la luz y estaba leyendo de nuevo la historia de Yarham.

—Bueno, Ricky. ¿Qué te ha parecido el espectáculo? —preguntó.

—No sé qué pensar. Estoy casi seguro de que no tiene nada que ver con espíritus.

—¡Vaya! Me sorprendes. Esperaba encontrarte poco menos que en trance al entrar en el estudio. ¿Por qué opinas eso, si no es indiscreción?

—En primer lugar, no había ninguna médium presente y eso es muy raro. Ni tú ni yo tenemos poderes psíquicos. Estoy casi seguro de que tiene que haber una explicación natural a este fenómeno. Solo hay que encontrarla.

—La música me era familiar. ¿La reconociste?

—Sí. Eran fragmentos de *Las estaciones* de Haydn. Mi memoria musical no es buena pero apostarí a hasta mi camisa que es esa obra. Debe de ser un fantasma victoriano.

—¡Ah, sí! Tienes razón. Ahora la recuerdo. Haydn, sí... Creo que esto merece una buena botella de clarete. ¿Te importa bajar a la bodega y subir una?

—Esta noche no, Algernon. No me importa socializar con gente de carne y hueso, pero con fantasmas a estas horas y en esa bodega solitaria... no, gracias.

—¿No estarás asustado, Ricky? —le preguntó Vereker sorprendido.

—¡Y unas narices, asustado! —exclamó Ricardo poniéndose de pie de un salto—. Solo esperaba que tú te ofrecieras, eso es todo. Dime tu vino favorito y te lo traigo en un instante. Y como pretenda quitármelo algún espíritu, tendrá

que vérselas conmigo.

—Así me gusta, Ricky. Pero no es necesario. Ya he traído yo una botella. Sé bueno y ve a por un par de vasos.

Apartando su libro de un manotazo, Ricardo desapareció en un instante. Unos minutos después regresaba con dos copas y un sacacorchos.

—Y ahora, disfrutemos de esto. Queda prohibido hablar de espíritus desde este momento. Yo no soy miedoso pero, simplemente, no consigo dormir con la cabeza debajo de las sábanas.

## CAPÍTULO 13

La mañana siguiente después del desayuno, Ricardo sacó el automóvil del garaje y metió su maleta, listo para partir.

—Y recuerda, Ricky, vas a trabajar. Regresa en cuanto consigas la información que necesito. El tiempo corre en nuestra contra.

—De acuerdo, Algernon. No pisaré el freno hasta que oiga cómo se hace añicos el parabrisas. No me detendrán ni los muros, ni los peatones, ni las normas de circulación. *Au revoir* !

Y con un acelerón y un par de bocinazos, desapareció por el camino.

Vereker se dirigió entonces al pueblo y entró en la pequeña tienda del zapatero. Este estaba trabajando en una bota pero, al ver entrar a Vereker, se sacó media docena de clavos de la boca y se levantó del asiento.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor?

—Me pregunto si podrías darme algo de información, Clarke —contestó Vereker—. ¿Hay alguna señora entre tus clientes que use la talla treinta y cuatro de zapatos?

Simeon Clarke se rascó la cabeza con vigor, como para despertar su memoria dormida, y contestó:

—Ahora mismo solo recuerdo a *miss* Dawn Garford, señor. Tiene unos pies sorprendentemente pequeños para alguien de su altura.

—¿Nadie más?

—No que recuerde, pero mi memoria está empeorando últimamente —y girándose hacia su ayudante le preguntó:

—¿Te acuerdas de alguna clienta nuestra que calce la talla treinta y cuatro, Jasper?

Jasper intentó recordar a su vez.

—No —dijo—. No me viene nadie a la cabeza. Anna la Loca usa la treinta y cinco, pero el treinta y cuatro nadie.

—¿Quién es Anna la Loca? —preguntó Vereker divertido.

—Una de las doncellas de la rectoría —explicó el zapatero. Y allí acabó la conversación.

Vereker salió desconcertado de la zapatería y fue a ver al organista de la iglesia, que negó haber ensayado la noche anterior y afirmó que no sabía de nadie que lo hubiera hecho.

Vereker regresó entonces a Old Hall Farm y pasó el resto del día fotografiando, revelando y ampliando huellas dactilares. Al comparar las diferentes huellas que había conseguido, una sonrisa iluminó su cara y dijo en voz alta:

—El *poltergeist* no es ni *miss* Thurlow ni ninguno de los sirvientes de la casa. ¡Algo es algo!

En esos momentos, una doncella entró acompañada del inspector Heather.

—Hola, Heather. ¿Qué tal va la caza? —le saludó Vereker.

—Lenta, Mr. Vereker. No he avanzado mucho desde la última vez que le vi. ¿Ha tenido usted suerte con los documentos de *sir* John?

—He encontrado algo que le interesará. Se trata de su amigo Ephraim Noy. Una carta algo peculiar dirigida a Thurlow. Léala y dígame qué opina.

Vereker observaba la cara del inspector mientras este leía la carta, pero Heather no era hombre que expresara sus sentimientos fácilmente. Cuando la terminó de leer se la devolvió a Vereker.

—Me pregunto si conseguiría chantajear a Thurlow.

—Yo diría que sí. Una semana después de esta carta *sir* John firmó un cheque de quinientas libras a nombre de Noy.

—¡Vaya! Eso es muy interesante, Mr. Vereker. Aunque Thurlow era un hombre generoso, nunca se sabe. A lo mejor solo trataba de echar una mano a un viejo amigo... Por cierto que la policía de Chicago nos ha enviado más información. Noy es sospechoso de haber participado en el asesinato de varios miembros de una banda rival de contrabando de alcohol. Consiguió librarse de la cárcel, pero parece un hombre que no se detiene ante nada. ¿Y usted? ¿A qué se ha estado dedicando?

—He estado muy ocupado cazando fantasmas, Heather. La noche antes de la marcha de *miss* Thurlow a Londres, una mujer entró en la casa cuando todos dormían. Movié muebles y adornos y se escapó sin ser vista.

—¿Cómo entró?

—Aún no lo sé. *Miss* Thurlow oyó ruidos y bajó a investigar. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Así que achacó la intrusión a un *poltergeist*.

—¡Ya empezamos! ¿Y eso qué es?

—Un espíritu travieso, Heather —rio Vereker.

—¿De verdad se cree todas esas tonterías?

—No. En absoluto. Ese fantasma dejó una mancha de yeso con forma de

huella de zapato de mujer en la alfombra del estudio. Tengo también las huellas dactilares que dejó sobre los adornos. Todo parece demasiado “material” como para ser un *poltergeist*. Y las huellas no se corresponden con las de ninguno de los sirvientes, ni con las de *miss* Thurlow. Además, el zapato era de la talla treinta y cuatro y nadie tiene un pie tan pequeño en esta casa.

—Entonces tiene que haber alguna manera desconocida de entrar y salir —observó Heather.

—Estoy de acuerdo, inspector, pero aún no la he descubierto. No he tenido tiempo de hacer una búsqueda exhaustiva... Y ayer pasó otra cosa curiosa. Ricardo y yo oímos la música misteriosa de la que habló *miss* Thurlow, aunque no hemos podido averiguar de dónde viene.

—Pero eso no tiene nada que ver con el caso. No sé a dónde quiere ir a parar, Mr. Vereker.

—Se equivoca. Sí está relacionado. Estoy convencido de que había un humano detrás tocando. Pero, ¿con qué motivo? No puedo creer que se trate solo de una broma.

—Esto de los fantasmas ya ha sido utilizado en el pasado para echar a alguien de su casa —comentó Heather de forma casual.

—Tiene razón —contestó Vereker. Y apretó los dientes sin querer, porque Heather había dado en el clavo.

—¿Hay alguien que quiera comprar la casa? —preguntó Heather encendiendo su pipa.

—Sí. Orton, de Church Farm. Me lo reconoció él mismo. Pero él no es una mujer con un treinta y cuatro de pie. La única mujer del pueblo con esa talla es *miss* Dawn Garford, pero no estaba ayer en Yarham por lo que tengo entendido.

—Han podido falsificar las huellas... aunque sería la primera vez que se hiciera algo así, que yo sepa. Sé que *miss* Darford se beneficia del testamento de Thurlow, pero no la puedo conectar con este asesinato, la verdad.

—Heather, creo que tengo la solución a toda esta historia. Quedan algunos detalles por aclarar pero no tardaré en hacerlo. Se ha burlado de mi grano de cebada, de la música espectral, del *poltergeist*, etc., pero yo he conseguido encajarlos en mi teoría del caso. Mejor reconozca ya que le he hecho morder el polvo y deme ese paquete de Players.

—De eso nada —contestó Heather rotundo—. Esto es solo el principio y

voy a dar mucha guerra. No se me va a escapar ese barril de cerveza que me debe.

—¿Ha descartado ya a Runnacles de la lista de sospechosos? —preguntó Vereker después de una pausa.

—No. Sigue ahí, pero ha bajado posiciones. Le pregunté qué estaba haciendo ese martes por la noche en Cobbler's Corner y me dio una explicación bastante razonable.

—¿Por qué mintió y dijo que había estado en casa? Obligó a su mujer a mentir, además.

—Es un poco corto en muchos aspectos. Como ha tenido ya problemas con la ley y ha estado en prisión, pensó que le elegirían a él de cabeza de turco. Le acorralé con la declaración de Decks, lo reconoció todo y me explicó el motivo de la mentira. Él, a su vez, acusó a Decks de haber estado practicando la caza furtiva esa noche. Pero Decks es mucho más listo y lo reconoció a la primera... Mejor ser acusado de furtivo que de asesinato.

—¿Alguno de estos dos hombres vieron pasar el coche que ha mencionado Ephraim Noy?

—Decks dice que no. Runnacles dice que le adelantó un camión. Le deslumbraron las luces y no vio bien quién era, pero piensa que era uno de los camiones de Orton.

—¿Y lo era?

—Pregunté a Joe Battrum, que creía que no. Y si lo era, él no la conducía porque, según él, estaba en la cama a esa hora el martes.

—¿Y ha preguntado a Orton si era uno de sus camiones?

—Sí. Dice que Runnacles se ha tenido que confundir porque el martes sus dos camiones se quedaron aparcados en la granja desde antes del anochecer.

—¿Qué piensa de todo esto, Heather?

—No tiene ni pies ni cabeza. Hay alguien que miente. Interrogué a la mujer de Battrum a solas, antes de que su marido regresara, y me respondió que ese martes él había llegado a casa a medianoche pero, cuando insistí en el día, empezó a dudar y dijo que quizá había sido el miércoles. Sandy Gow, otro de los trabajadores de Orton, también me dijo que pensaba que Joe había estado con el camión hasta tarde. Pero tampoco quiso asegurarlo al cien por cien.

—Es todo tan condenadamente vago, Heather. ¿Cuándo ha visto a Orton?

—Esta tarde, después del almuerzo.

—¿Y qué piensa de él?

—Parece un tipo decente. Muy generoso con su licor. Un tipo culto y educado, por lo que he visto. Me fijé un momento en los documentos que tenía sobre la mesa y eran partituras de música. Me sorprendió porque no es algo muy habitual en un granjero.

—¿Se fijó en el nombre del compositor? —preguntó Vereker de forma casual.

—No, pero aunque lo hubiera hecho, me habría olvidado ya.

—¿Vio al ama de llaves de Orton?

—Sí. Fue ella quien nos trajo la cerveza. La mejor *ale* que he probado en Suffolk y eso es mucho decir.

—¿Notó algo raro en el ama de llaves?

—Nada. Es guapa, aunque de rasgos muy marcados, y parece tratar a su jefe con mucha confianza.

—Esa es la prerrogativa de las amas de llaves, Heather. ¿Cómo es físicamente?

—De estatura media, ni gorda ni flaca... Una cosa en la que sí me fijé fueron sus manos. Pequeñas y delicadas. ¿Pero por qué está tan interesado en esta dama, Vereker?

—He oído en el pueblo algunos cotilleos sobre ambos y tenía curiosidad. Si lo que cuentan es verdad, Eileen Thurlow sería su rival y, al tratarse de una heredera, lo va a tener difícil.

—Tal vez —respondió Heather levantándose—. Ya sabe el dicho: “A la vejez, dinero y mujer” o como se diga. Bueno, me tengo que ir. Es tarde y tengo mucho que hacer. Cuando haya descubierto al culpable, llámeme y vendré corriendo con las esposas.

Y con estas palabras, Heather se marchó. Vereker decidió salir a tomar un poco el aire en los maravillosos jardines de Old Hall Farm y allí se encontró con Runnacles, que estaba ya guardando la carretilla y el rastrillo y preparándose para irse.

—¡Ah, Runnacles! Acaba de venir de visita el inspector de Scotland Yard. Me ha dicho que has declarado que te había adelantado un camión de Church Farm cerca de Cobbler’s Corner la noche después de la desaparición de *sir* John. ¿Qué te hizo pensar que era uno de los de Church Farm?

—No sé. Fue una impresión general. Además, me pareció oír toser a Joe Battrum justo cuando pasaba a mi lado y la tos de Joe es inconfundible. Se puede oír a un kilómetro de distancia.



—Gracias, Runnacles —dijo Vereker. Y estaba a punto de marcharse cuando vio que el hombre vacilaba como si quisiera decirle algo.

—Si me disculpa, señor —tartamudeó, por fin—. ¿Me puede decir por qué el inspector está tan interesado en mis idas y venidas del jueves por la noche? Yo ya le he dicho que no tengo nada que ver con ese asunto, pero no para de hacerme preguntas.

—Yo no me preocuparía, Runnacles —replicó Vereker con amabilidad—. No eres la única persona a la que están interrogando. El inspector quiere comprobar que no te contradices, por eso repite siempre las mismas preguntas. Es su trabajo.

Runnacles pareció aliviado ante estas palabras, dio las gracias a Vereker y se despidió.

Un instante después, Raymer, la doncella, llegó corriendo para avisar a Vereker de que tenía una llamada de teléfono esperando. Vereker se apresuró hacia la casa preguntándose quién sería... Era Manuel Ricardo.

—¿Eres tú, Algernon? —preguntó y sin esperar respuesta añadió—: Ya la he localizado. Y, además, ya tengo una idea del negocio tan misterioso que la dama se trae entre manos. Creo que Poppy Knatchbull me lo podrá confirmar esta noche. Después de eso, volveré a Yarham. ¿Qué tal la experiencia de alojarse en solitario en una casa encantada?

—Bastante deprimente, Ricky. Estoy deseando que vuelvas. Ceno solo esta noche y no hay nada más triste que eso. ¡Adiós!

—Hasta pronto, viejo. ¿Cuándo regresa *miss* Thurlow?

—Ni idea.

—¿No dijo nada?

—¿Por qué lo preguntas?

—¡Oh, por nada! ¿No es estupenda? No puedo olvidar ese rostro de ángel. ¡Adiós!

Después de cenar, Vereker fue al estudio de *sir* John y, buscando algo de lectura, encontró la historia de Yarham que Ricardo había dejado sobre la mesa. Comenzó a leer pero notó cómo se le cerraban los ojos y terminó durmiéndose. Algo que le pareció un rayo de luz pasando por delante de sus ojos le despertó de golpe pero, cuando los abrió, solo se encontró con una oscuridad casi impenetrable, así que pensó que lo habría soñado. Se estiró en la silla e iba levantarse cuando un sexto sentido le avisó de la presencia de

alguien en la habitación. Sin mover ni un músculo, fijó la vista en un punto hasta que sus ojos empezaron a acostumbrarse a la oscuridad y comenzó a distinguir el contorno de los muebles y objetos a su alrededor. De repente, una vaga silueta de forma humana apareció delante de él. Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir confiando en que hubiera sido una ilusión de su mente, pero la figura seguía visible, completamente inmóvil. Una fuerte sensación de miedo se apoderó de él. Toda su vida se había mostrado escéptico ante los fenómenos paranormales y los había tachado de supersticiones ignorantes. Su escepticismo luchó con fuerza contra la evidencia, hasta que oyó crujir las tablas del suelo. El terror a los espectros fue entonces reemplazado por un miedo mucho más concreto a lo que un humano podría hacerle. Manteniendo su mirada fija en la figura gris, se dio cuenta de que tenía un porte similar al de Eileen Thurlow. Aún más, olía también al perfume que ella usaba. Atónito por el descubrimiento, pero con un control total sobre sus movimientos, intentó levantarse en silencio. La silla, no obstante, era de mimbre y crujió, e inmediatamente notó un movimiento brusco de la desconocida. Se llevó la mano al bolsillo en busca de su linterna, cuando se dio cuenta, consternado, de que se la había dejado encima de la mesa del vestíbulo. Decidido de una vez por todas a desenmascarar a la intrusa, se levantó de un salto y se dirigió hacia el interruptor de la luz pero, antes de que consiguiera cruzar la habitación, la figura había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra.

Se quedó de pie, inmóvil, en la ahora iluminada habitación. Se oían unos sonidos débiles en el pasillo así que salió de inmediato, atento al menor ruido. De repente, los ecos de las pisadas parecían venir de la bodega. Sin dudar un segundo bajó y registró todos los rincones de la bodega, pero no descubrió nada y volvió a la planta baja. Unos instantes de reflexión le inspiraron un plan de acción para la mañana siguiente. Miró el reloj, eran las once y media. Un poco temprano para irse a la cama pero, como no tenía nada mejor que hacer, decidió irse a dormir de todas formas. Estaba subiendo las escaleras hacia su habitación, cuando, ante su sorpresa, oyó el motor de un coche en el exterior y, unos instantes después, sonaba el timbre de la puerta. Como todos los sirvientes se habían retirado ya a descansar, abrió él mismo pensando que sería Ricardo que habría vuelto por algún motivo, pero el visitante era el doctor Conrad.

—He visto una luz en el estudio mientras pasaba, Vereker, y pensé en hacerle una visita. Espero no molestarle a estas horas.

—Me alegro de verle, doctor. Póngase cómodo. ¿Quería verme por algo en concreto?

—No. Solo para ver cómo está y charlar un rato. Me gusta trasnochar, espero que a usted también. A estas horas no hay absolutamente nada que hacer en una ratonera como Yarham y me aburro mortalmente.

—Me alegro mucho de su compañía, doctor. Necesitaba a alguien con quien hablar. Acabo de tener una experiencia increíble.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? —preguntó el doctor reclinándose en la silla y encendiendo su pipa.

—¡He visto un fantasma! —exclamó Vereker con una sonrisa.

—¡Ah! Ese es el pasatiempo favorito de Yarham. Vivimos en la Edad Media, ¿qué se puede esperar!

Vereker entonces le contó lo que había ocurrido, ante la incredulidad y diversión del doctor.

—Creo que está desquiciado, Vereker. Si yo fuera usted, descansaría una temporada de esa afición suya a hacer de detective.

—No creo que mis nervios tengan nada que ver con esto, doctor —objetó Vereker. Y después de una pausa preguntó—: ¿Conoce usted bien a *miss* Thurlow?

—Bastante bien. Ha venido a verme por pequeñas dolencias, nada serio. ¿Por qué lo pregunta?

—Me refería a si conoce su mentalidad y personalidad en general.

—Creo que sí. Entre usted y yo, creo que sufre de algún tipo de doble personalidad. Por un lado, está la joven sensata, que vive una vida retirada pero absolutamente normal y, por otro, una criatura histérica, obsesionada por lo oculto, con sesiones espiritistas y todas esas paparruchas. Sospecho desde hace algún tiempo que debe de ser epiléptica y hace cosas sin ser consciente de ello y sin acordarse luego de que las ha hecho.

—¡Caramba! Y... ¿cree que es sincera en sus creencias espiritistas?

—Estoy absolutamente convencido de ello. Eso es lo malo. La gente que cree en esas cosas hace lo que sea por convencer a los demás de su verdad, incluso recurren a trampas y engaños. Es algo psicótico.

—¿Y piensa usted que el que yo haya visto un fantasma esta noche se debe a un estado psicótico de mi mente?

—Pues eso parece, Vereker, a menos que alguien le haya estado tomando el pelo.

—Estoy seguro de que mi fantasma era de carne y hueso, doctor. Oí cómo crujía la madera del suelo bajo su peso y me pareció percibir el perfume de *miss Thurlow*... y no creo que se me haya aflojado ningún tornillo.

—Bueno... no le habría encerrado tan rápido, Vereker —respondió el doctor con una carcajada y preguntó, ya en serio—: Pero dígame, ¿qué hay detrás de estas fantasmadas?

—No tengo ni idea, doctor, pero voy a llegar al final. Estoy seguro de que esto no es tan trivial e infantil como parece.

—Yo no diría tanto. Nadie más que un auténtico idiota se dedicaría a esas estupideces. Si yo cazara a la dama jugando a fantasmas, le aseguro que no le quedarían ganas de repetirlo. Pero le estoy entreteniendo y se está haciendo tarde. Manténgame informado sobre otras experiencias psíquicas que pueda tener. Al menos es entretenido y cualquier entretenimiento es bienvenido en Yarham. ¡Buenas noches!

Unos minutos más tarde el doctor se había marchado y Vereker se fue a la cama. Estaba muy afectado por lo sucedido pero se fue tranquilizando poco a poco y por fin cayó en un sueño profundo y reparador.

## CAPÍTULO 14

Vereker pasó la mañana siguiente buscando alguna trampilla o entrada desconocida en Old Hall Farm. El espesor del muro del lado sur le intrigaba pero, después de una minuciosa e infructuosa investigación, se cansó de buscar dentro la casa y decidió cambiar de planes.

Atravesó el pueblo y continuó su camino hasta llegar al *bungalow* de Ephraim Noy que, aunque se sorprendió de verle, le invitó a pasar.

—¿Sigue revolviendo en la basura para su periódico sensacionalista? —le preguntó cuando Vereker se hubo sentado.

—No. He venido a verle por un asunto que le concierne a usted, Mr. Noy —contestó Vereker con semblante serio.

—¿A qué se refiere? —preguntó Noy con una rápida mirada de alarma hacia su interlocutor.

—Me he trasladado a Old Hall Farm mientras *miss* Thurlow está ausente. Ella me ha dado permiso expreso para revisar todos los documentos de su tío y, entre ellos, he encontrado una carta suya que menciona cierto suceso que pasó en la India.

—Ya. ¿Y eso a usted qué le importa?

—A mí personalmente nada, pero como puede tener relación con el asesinato de Thurlow, me sentí obligado a enseñársela a la policía.

—¡Maldito entrometido! ¡Mi relación personal con Thurlow no tiene nada que ver con el asesinato!

—Eso espero... por su bien. Tranquilícese. ¿No le parece que esa bailarina podría tener algo que ver? ¿No podría ser alguna venganza de su entorno?

—¡Tonterías! Todo eso es agua pasada. La gente no se venga de esa forma en la vida real, a menos que estén majaras.

—Bueno, Mr. Noy, me interesa mucho en todo caso su opinión sobre ese episodio —dijo Vereker con diplomacia.

—Créame, ese asunto de la India no tiene nada que ver con el caso actual. Nada en absoluto.

—¿Conoce los detalles de lo que pasó?

—Claro que los conozco. Fue gracias a mí que se libró de la sospecha de asesinato. Y se libró por los pelos. Estaba muy agradecido por mi ayuda.

—Era un buen amigo suyo...

—Sí que lo era. Ya sé que le había dicho que no conocía a Thurlow, pero es que no quería que me implicaran en una investigación por asesinato. Mis antecedentes no son muy buenos y eso juega en mi contra. Ya he tenido bastantes problemas en mi vida como para meterme en más.

—Tuvo algunas dificultades en Estados Unidos, por lo que he oído.

—¡Maldita sea! ¿Es que tiene que volver a salir todo eso? Supongo que ese hombre de Scotland Yard ha estado metiendo sus narices en mi vida pasada.

—Tendría que habérselo esperado, Mr. Noy. Es mejor ser sincero con la policía. Engañarles es la manera más directa de implicarse en el asesinato.

—¿Cómo sabe usted todo esto? —preguntó Noy después de una pausa.

—No estoy autorizado a decírselo.

—¡Ah! Ya veo. Es lo que siempre he dicho. Los periodistas siempre mano a mano con la policía. Bien, pues puede decir al inspector de mi parte que mi hoja de servicio está limpia. Admito que tuve un problema en Chicago hace años. Murió un hombre y aquí piensan que fue un asesinato. Bien, pues no lo fue. Lo que hay allí es una guerra a pequeña escala. Un *gánster* no es más que un mercenario. Si no matas tú primero, te matan. Así de sencillo. Uno de mis socios era de gatillo fácil y se cargó a un policía. Fue la gota que colmó el vaso y me largué. Pensé que aquí estaría a salvo pero...

Ephraim Noy dejó la frase sin terminar y se pasó una mano por los despeinados cabellos.

—¿Tienen ya alguna pista sobre el que ha hecho esto? —preguntó después de una pausa.

—No sabría decirle. ¿Tiene usted alguna idea?

—No, pero, hace un par de años, Thurlow hizo algunos negocios dudosos con agentes de bolsa. Solo he oído rumores, pero no me extrañaría que haya algo ahí.

—¿Discutió usted con él en algún momento?

—Nunca. *Sir* John siempre se portó bien conmigo. Cuando vine a vivir aquí y me enteré de que vivía en Old Hall Farm, fui a verle pero él no quiso renovar nuestra vieja amistad. Me molestó bastante cómo se portó. Me echó de su casa sin más, podría haber tenido más tacto... Me enfadé y, sin pensar mucho, le escribí y le recordé esa vieja historia de la India insinuando que yo podría traerle muchos problemas si quería. Pero, en realidad, no tenía ninguna intención de hacerlo. Luego me lo encontré y me disculpé. Se enteró de que

andaba mal de dinero y me dio un cheque de quinientas libras para que pudiera mantener la cabeza a flote. Era un hombre muy generoso cuando quería... Y esa fue la última vez que hablé con él. Si supiera algo de este asunto tan sucio informaría de inmediato a la policía.

—¿Ha venido a verle el inspector?

—No. ¿Ha dicho que iba a venir? —preguntó Noy con inquietud.

—Estoy casi seguro de que le va a preguntar por el asunto de la India —replicó Vereker con cautela—. Pero no creo que tenga nada que temer. Y... si yo fuera usted, le diría toda la verdad sobre sus actividades en América, porque seguro que ya las conoce.

—Supongo que sí. Y en todo caso, no me puede hacer nada ya por eso —dijo Noy retador, pero su tono carecía de convicción.

Permaneció luego callado unos minutos. Por la expresión de su cara, era evidente para Vereker que había algo que le preocupaba. Por fin añadió:

—Hay algo que me gustaría preguntarle, Mr. Vereker, pero no tiene que contestarme si no quiere.

—Pregunte y ya veremos.

—¿Ha mencionado el inspector mi nombre, en algún momento, en conexión con un incidente que tuvo lugar en Doncaster hace algún tiempo?

—No, pero no piense que no lo sabe solo porque no me lo haya dicho. Hay muchas cosas que no me cuenta. ¿Qué tipo de incidente fue?

—Si no está al corriente, no seré yo quien se lo diga. Supongo que la policía lo habrá descubierto al investigar mis antecedentes.

Y con esto cambió de tema de conversación y empezó a hablar del pozo que estaba perforando detrás de su *bungalow*, dejando bien a las claras que su secreto no iba a salir de ahí. Dándose cuenta de que no iba a sacar más información por el momento, Vereker se despidió y se marchó.

Al volver a Old Hall Farm, una doncella le informó de que, en su ausencia, Ricardo había llamado por teléfono y que volvería a llamar a la hora del almuerzo. Justo en ese momento, el teléfono volvió a sonar y él mismo contestó.

—¿Eres tú, Algernon?

—Sí, Ricky. ¿Hay algo importante? ¿Dónde estás?

—En Londres. He avanzado mucho y mañana vuelvo a Yarham.

—¿Has visto a *miss* Garford?

—Aún no pero la voy a someter al tercer grado cuando la vea. En cuanto llegue te lo cuento todo.

—¿Crees que está relacionada con el caso Yarham?

—Sinceramente, yo no veo la conexión, pero cuando tú pongas a trabajar esas increíbles neuronas tuyas, seguro que la encuentras.

—Bien. Quiero que hagas algo más por mí, Ricky. Ve a la sala de lectura del British Museum y pide los archivos de los periódicos de hace dos o tres años. Nuestro amigo Ephraim Noy se metió en algún lío en Doncaster por esas fechas y es posible que hayan publicado algo. Copia el artículo y me lo traes. Nos vemos mañana.

—De acuerdo. Me pongo con ello. Tengo el tiempo justo de hacerlo y luego llevar a Gertie Wentworth a tomar el té a Crawley. Este nuevo cochecito es un misil, ¡le ha encantado! ¡Adiós!

Apenas había colgado el auricular cuando sonó el timbre de la puerta. Era el reverendo William Sturgeon.

—¡Hola Vereker! Pensé que ya era hora de que te hiciera una visita. ¿Has resuelto ya el misterio de Yarham?

—Aún no, pero algo he avanzado. Es casi la hora del almuerzo. ¿Quiere quedarse y hacerme compañía?

—Mi querido joven, es justo para lo que he venido. ¡He calculado el tiempo de maravilla! Siempre se come bien en Old Hall Farm y soy bastante *gourmet*, aunque normalmente no ejerza. ¿Has tenido noticias de *miss* Thurlow?

—No. ¿Y usted?

—A mí nunca me escribe. ¿Cuándo vuelve?

—No estoy seguro. A propósito, rector... ¿conoce bien a esa señorita?

—Sí, eso creo. También conocí a sus padres. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Hay algún problema mental en la familia?

—Nada serio. Su madre sufría una forma leve de epilepsia pero su salud general era buena. Se encontraba bien siempre que se cuidara y llevara una vida reposada.

—¿Y ha heredado *miss* Thurlow alguna predisposición a la epilepsia?

—No, que yo sepa. El viejo Conrad piensa que se le puede manifestar en cualquier momento. En parte es por eso que he intentado que abandone esa manía del espiritismo. No le hace ningún bien. Pero es una joven muy cabezota y no me hace caso.



Durante unos instantes, Vereker se quedó sumido en sus pensamientos. Recordaba la extraña aparición y su parecido general con Eileen Thurlow. Pero le extrañaba mucho que fuera ella capaz de ese engaño tan burdo e infantil... Estaba además el hecho de que las huellas dactilares que había dejado el *poltergeist* ciertamente no eran las suyas y no era probable que las hubiera falsificado.

—¡Anda! ¿Qué tienes aquí? —preguntó el reverendo de repente, despertando a Vereker bruscamente de su ensoñación.

—¡Ah! ¡Esto! Es una historia del pueblo. La estaba leyendo mi amigo Ricardo.

—¡Y yo llevo una eternidad detrás de este libro! No tiene ningún valor y ya no se publica, pero es una historia muy completa de Yarham, especialmente de mi iglesia. ¿Lo estás leyendo?

—Le he echado un vistazo, pero le será más útil a usted que a mí así que lléveselo.

—Me lo llevaré prestado. Estoy seguro de que a *miss* Thurlow no le importará. Se lo devolveré en cuanto lo haya acabado.

El rector comenzó a hojear el libro en silencio. Después de unos minutos, soltó una exclamación.

—¡Así que esa era la verdad de los túneles que salen de la iglesia!

Vereker le miró expectante. La historia de los túneles le había intrigado bastante pero por diferentes motivos de los del rector.

—¿Dice algo el libro? —preguntó con interés.

—Parece que hay tres túneles excavados que parten de la cripta de la iglesia. El autor exploró dos de ellos. El del centro llega a Riswell Manor. Esto yo ya lo sabía. El de la derecha a Old Yarham Hall. El tercer túnel no se sabe.

—¿Dónde está Old Yarham Hall?

—Esta casa es el viejo Hall. Cuando la familia Honington murió sin descendencia, se convirtió en granja y se la rebautizó como Old Hall Farm. Después volvió a sonreírle la fortuna al dueño y volvió a ser una casa solariega, lo que había sido siempre.

—¡Vaya! ¡Qué interesante!

—Claro que lo es... y cuando pienso que ese hombre, Orton, me ha impedido explorar los túneles... Es un obstruccionista de la peor calaña.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Pidió a todos los habitantes que se unieran contra mí para obligarme a restaurar el muro derribado. Al principio me resistí, pero han amenazaron con denunciarme así que he tenido que claudicar. Hay un hombre ahora reconstruyéndolo.

—¡Una lástima! Pero no creo que hubiera encontrado ese tesoro de Juan I, así que no se preocupe, reverendo. Y ya tiene la historia completa. Solo le falta un túnel por conocer.

—Sí, pero ese condenado túnel me va a quitar el sueño durante el resto de mi vida. Quizá no esté ahí el tesoro del rey, pero puede que haya objetos de plata de la iglesia que tengan valor.

—¿Y por qué no sugiere que el muro sea sustituido por una puerta de madera? Tendría el mismo efecto que taponar la entrada y tiene la ventaja de que no es una solución definitiva.

—No lo había pensado. ¡Qué buena idea! Pero... ¿de dónde van a venir los fondos para comprar la puerta? Yo no puedo permitírmelo... —se quejó el rector con aire desanimado.

—Mire, padre. Si no va a conseguir dormir el resto de sus noches, yo pago la factura, siempre que consiga el acuerdo de sus vecinos y la autorización de las autoridades. Será mi donación por Pascua.

—¡Vaya! Eso es extremadamente generoso de tu parte, Vereker. Muchísimas gracias. Espero que no pienses que estaba intentando sablearte... —dijo el reverendo con una sonrisa de oreja a oreja.

—En absoluto. A mí también me interesa ese túnel.

—... porque estoy tan acostumbrado a sablear a la gente que ya lo hago sin darme cuenta —continuó el rector.

En ese momento sonó el gong avisando de que el almuerzo estaba listo. El reverendo se levantó de un salto.

—Estaba esperando ese sonido celestial como agua de mayo. ¡Tengo un hambre atroz! Este es uno de mis días de suerte. Todo me sale bien. ¡Ah, qué maravilla, la vida!

Después del almuerzo, el reverendo se marchó con la intención de convencer a Orton de que le dejara sustituir el muro por una sólida puerta de madera y se llevó la historia de Yarham.

Tras una breve siesta, Vereker se acercó a The Walnut Tree con la intención de ver al inspector Heather. Mientras estaba charlando con Benjamin

Easy en el bar, la robusta figura de Joe Battrum entró tambaleándose y pidió una pinta de *ale*.

—No, Joe. Ya has tenido suficiente... Suficiente, por decir algo.

—¡Vete al infierno! —exclamó Joe. Y sin más, se dio media vuelta y se marchó haciendo eses.

—Battrum hoy le está dando temprano a la cerveza —observó Vereker.

—Sí. Y no tardará mucho en volver. O es tan testarudo como una mula o se le olvida inmediatamente que le he echado. Afortunadamente, no se pone así muy a menudo porque no hay quien le aguante.

—¿Se vuelve agresivo?

—Un poco. Es como si se volviera loco. Se ha pasado la mañana en la barra farfullando algo de que había visto fantasmas en Church Hall. Creo que no está muy bien de la cabeza.

Poco después de este incidente, Vereker dejó la posada. Mientras regresaba, su mente daba vueltas al misterioso túnel que llegaba a Old Hall Farm, que había relacionado en seguida con la famosa música de órgano. *Miss Thurlow* había empezado a oír la música a finales de mayo, justo cuando se abrió el agujero en el muro de la cripta. Lo único en contra de esta teoría era que el organista negaba haber estado ensayando en esas fechas. Vereker decidió que tenía que investigar más ese punto.

La existencia del túnel aclaraba además tanto la presencia del *poltergeist* como del fantasma... Tenía que averiguar dónde estaba la entrada al pasadizo en Old Hall Farm. Mientras reflexionaba sobre este tema, se dio cuenta de que probablemente *sir* John la había encontrado cuando buscaba una explicación a la música.

—¡Por fin empiezan a aclararse las cosas! —exclamó.

Poco después de llegar a la casa apareció el inspector Heather, al que se veía emocionado a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo.

—Vamos, Heather. Suéltelo. Veo por el temblor de sus bigotes que está deseando decirme algo. Sírvase un *whisky* y desahóguese.

—Las cosas empiezan a moverse por fin, Mr. Vereker. ¿Se ha enterado de lo último?

—¡No me deje con este suspense!

—He ido al bungalow de Noy esta mañana para interrogarle a fondo sobre

su vida en América.

—Antes de que siga, inspector. ¿Sabe si Noy se metió en algún lío en Doncaster hace algún tiempo?

—Sí, pero no fue nada serio. Es decir, en comparación con un asesinato. Contrabando de alcohol. Al registrar su casa encontraron un alambique y un barril de destilado. Solo le condenaron a pagar una multa, se libró de la cárcel. Ya ve, había vuelto a sus costumbres americanas. Debe de ser un hábito ya en él.

—¿Se gana mucho dinero con ese tipo de negocio?

—Ya lo creo. El alcohol destilado ilegalmente cuesta poco más de media corona los cinco litros. A los trabajadores de las fábricas les gusta el *whisky*, pero no pueden pagarlo. Los ilegales pueden reducir el precio a la mitad e, incluso así, obtienen un margen enorme. Es tan rentable que este negocio está creciendo a un nivel preocupante.

—Muy interesante. ¿Y bien? ¿Ha vuelto a atrapar a Noy destilando?

—No. He ido al *bungalow* y, para mi sorpresa, la puerta de entrada estaba completamente abierta. He llamado al timbre pero no había nadie en la casa. Tampoco en el jardín así que me he tomado la libertad de entrar. En el salón había un desorden terrible. Todo patas arriba... mesa y sillas volcadas, trozos de vajilla rota por todas partes, manchas de sangre...

—¿Y ha encontrado el cadáver de Noy? —preguntó Vereker, incapaz de disimular su impaciencia.

—No. Se ha desvanecido. Es evidente que ha habido una pelea y alguien ha resultado seriamente herido, a juzgar por la cantidad de sangre que se veía.

—Yo lo he visto esta mañana y he hablado con él. Estaba bien, aunque preocupado por la idea de otro interrogatorio de la policía. Fue bastante sincero conmigo en lo relativo a sus aventuras americanas y pensaba que la policía ya estaría al corriente de lo de Doncaster. Es muy raro. ¿Qué piensa que ha pasado, Heather?

—A saber.

—¿Cree que alguien se lo ha cargado y se ha llevado el cuerpo?

—Es posible. O tal vez ha habido una pelea, alguien ha muerto y Noy ha decidido escurrir el bulto. Es posible que tenga relación con este asunto de Yarham. Siempre pensé que Noy estaba implicado.

—¿Por qué? Yo no veo la conexión.

—Bueno... tengo una pequeña pista en ese sentido —contestó Heather

complacido consigo mismo—. Usted lo llamaría objeto probatorio. “Probatorio” es una de sus palabras favoritas.

Y con estas palabras sacó una hoja de papel del bolsillo y se la pasó a Vereker. La nota decía:

“LA SITUACIÓN EMPEORA. TE RECOMIENDO QUE DESAPAREZCAS”.

—¡Heather, mis disculpas! Desde luego que esto parece tener conexión con nuestro caso. Está escrito en las mismas letras mayúsculas que la nota que encontraron en el cuerpo de Clarry Martins. ¿Qué va a hacer ahora?

—He enviado una descripción de Noy a todas las estaciones para que le busquen. El hombre es tan peculiar que destacaría a kilómetros de distancia. Una vez que le echemos el guante, las cosas empezarán a aclararse.

—Quizá sí, quizá no —comentó Vereker—. Pero le deseo suerte. A propósito, cuando hicimos la apuesta no detallamos el tamaño del barril de cerveza que le iba a pagar. Lo voy a hacer ahora. Treinta litros.

—¡Y unas narices, treinta litros! Esta deuda no la liquida nada menor de ciento veinte litros.

—De acuerdo. Me arriesgo. Ciento veinte... pero entonces cambio la cajetilla de Players por una caja de cincuenta.

—Acepto. Parece muy seguro de ganar, Mr. Vereker. ¿Ha hecho algún descubrimiento nuevo?

—Creo que he descubierto el misterio de la música fantasmal que oyeron *sir* John Thurlow y su sobrina la noche de la desaparición y tengo una corazonada también sobre cómo desapareció Thurlow sin molestarse en desmaterializarse. Y otra también sobre el *poltergeist*. Y por cierto, Heather, desde que le vi por última vez he visto un fantasma.

—¡Cielo santo! Estoy viendo que va a hacer el ridículo por completo, Vereker. No sé qué mosca le ha picado: espíritus, música fantasmal, *poltergeists*... Usted antes era un hombre sensato... Por cierto que si quiere echar un vistazo al caos del *bungalow* de Noy, hágalo lo antes posible. Le puedo dejar la llave. Igual encuentra alguna pista que le lleve por el buen camino, en vez de perder su tiempo con espíritus. ¿Le puedo preguntar cuándo y dónde ha visto ese fantasma?

—En este estudio, Heather. Era una mujer. Iluminó la habitación con una

linterna y supongo que se sorprendió al verme dormido en una silla. Me moví y desapareció al instante. Creo que salió por la puerta y se escapó a la bodega. Salí corriendo detrás de ella, pero no conseguí averiguar quién era. En la bodega no había nadie.

—Así que se cepilló una botella para superar la decepción, supongo — comentó Heather alegremente.

—No habría superado mi decepción ni bebiéndome toda la bodega. Lo hice todo mal y no conseguí descubrir qué hay detrás de este misterio.

—A lo mejor era un fantasma real después de todo, Vereker —observó Heather burlón—. Pero sobre la llave... ¿No quiere explorar el *bungalow* de Noy?

—No, Heather, gracias. No estoy muy interesado en este momento en las aventuras de Noy... Acaba de sonar el gong de la cena. Quédese a cenar conmigo. Aquí se come siempre bien.

—Gracias, acepto su invitación. Pero lo importante es saber si aquí se bebe siempre bien.

—¿Qué le apetece?

—Cualquier cosa menos zumo de lima o cualquiera de los desagradables miembros de esa misma familia... Sobre esa mujer que vio... ¿se parecía a alguna de las sirvientas o a alguna mujer del pueblo?

—Estaba muy oscuro como para poder ver sus rasgos, pero es curioso que me haga esa pregunta porque ese tema me tiene preocupado. No podría decir por qué, pero se parecía mucho a *miss* Thurlow... aunque pueden ser imaginaciones mías.

—Le voy a echar una mano, Vereker. Odio ver a un alumno aplicado perderse en el limbo. Para su tranquilidad, le puedo asegurar que *miss* Thurlow está en Londres. Sospeché de su repentina marcha de Yarham y la he tenido bajo observación todo el tiempo.

—Le agradezco la información, Heather. Me causó buena impresión *miss* Eileen y no me gustaba nada pensar que tenía algo que ver con este asunto.

—Me alegro de haberle ayudado, pero no deje que esas buenas impresiones sobre la dama vayan mucho más allá. Ya ha estado en zona de peligro antes, demasiado a menudo en mi opinión, y enamorarse no es una buena idea para un detective *amateur*. Va contra todas las normas del gremio.

—Nunca leo las normas así que las desconozco. Vamos ya al comedor.

—Para hablar de espirituosos en vez de espíritus por una vez —concluyó

Heather retorciéndose el bigote en anticipación.

## CAPÍTULO 15

Al día siguiente, Ricardo llegó al mediodía a Old Hall Farm. Parecía cansado de sus recientes aventuras, pero saludó a Vereker con su alegría habitual.

—Pareces excitado por algo, Algernon. Conozco ese brillo de tu mirada. Y no soy tan vanidoso como para pensar que es por mi llegada —comentó mientras observaba a Vereker, que estaba de pie en la entrada de Old Hall Farm con una cinta métrica en la mano.

—He hecho un descubrimiento increíble, Ricky —contestó Vereker con aire ausente.

—Eso es un hábito en mí, Algernon. Yo hago varios todos los días. Esta mañana, mientras me afeitaba, me he dado cuenta de que mis orejas no están alineadas. “Manuel”, me he dicho a mí mismo, “eres deforme”. Y esto me ha deprimido hasta la hora del desayuno. Luego, con el segundo huevo, se me ha olvidado, pero estoy seguro de que me volveré a acordar cada vez que me mire al espejo.

—Olvídate de tus orejas, Ricky. Ven al estudio a ver mi descubrimiento con tus propios ojos.

Y Vereker guió a su amigo hasta el estudio. Allí, sacando la cinta métrica, midió el suelo de una pared a otra.

—¡Siete metros, treinta y un centímetros, Ricky!

—Fascinante, Algernon. Y yo que hubiera jurado que eran solo siete metros y treinta centímetros... Esto demuestra que nadie es infalible.

—La pared mide siete metros, treinta y un centímetros pero, si mides la pared por fuera, hasta el frente principal son ocho metros con 80 centímetros. ¿Qué te parece?

—Pues que hay una diferencia de metro y medio aproximadamente. ¿He ganado el premio de cálculo?

—Significa que hay un espacio de metro y medio aproximadamente entre estos paneles de roble y la pared exterior... y apuesto a que no es sólido.

—Bueno, no te preocupes tanto. La pared no es tuya, qué más te da.

—Mira que eres obtuso, Ricky. Hay un pasadizo secreto ahí detrás y yo voy a encontrarlo.

—¿Un pasadizo? ¿Y a dónde demonios va?



—A la iglesia, creo.

—Pero nadie querría ir a la iglesia por un pasadizo secreto. A la iglesia solo se va a que te vean.

—Cambiano de tema, creo que tienes algo importante que contarme — interrumpió Vereker.

—Algo increíble, Algernon. ¡No lo adivinarías nunca!

—¿Qué? —preguntó Vereker con impaciencia.

—¡Estoy comprometido!

—¿Qué?! ¿Otra vez? ¿Quién es la víctima esta vez?

—Yo, por supuesto. Me he declarado a Gertie Wentworth y me ha aceptado.

—Ricky, no me dirás que has estado perdiendo el tiempo...

—Algernon, ¡cómo puedes ser tan estúpido! Tiene una cantidad de dinero obsceno y está loca por mí.

—Está loca, de acuerdo. ¿No has hecho el trabajo que te encargué?

—¡Claro que sí! Lo otro fue sobre la marcha, por así decirlo. Primero, el asunto de Noy. He copiado el informe de la policía publicado en el *Daily Report*.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Qué hay de Dawn Garford?

—Es muy interesante esa dama. Déjame contarte la historia sin que me interrumpas cada dos por tres... Cuando salí el otro día de aquí, me puse a dar vueltas por ahí con el automóvil sin saber muy bien qué hacer. Me entró sed, me paré en un *pub* de carretera y... ¿con quién me encontré?... ¡Con la hermosa *miss* Dawn Garford! Solo tuve que apurar la cerveza de un trago y seguirla. Dawn tomó la carretera hacia Dunmow y se paró en Chipping Ongar.

—¡Espléndido! —exclamó Vereker.

—No te adelantes, viejo. En Chipping Ongar volvió a parar, en una tetería esta vez, y yo no quise entrar por miedo a que me reconociera. Así que me metí en un *pub* justo enfrente donde tuve una agradable charla con la camarera sobre la utilidad de los polvos para la cara. Ella argumentaba que el maquillaje es una necesidad, mientras que yo le decía que empolvarse es como maquillar una rosa. Ya sé que es un cumplido horrible, pero se ruborizó de tal forma que le pedí otra cerveza... Desde la ventana del *pub* podía ver la tetería donde se había metido Dawn. Bien, pues debería haberme fijado más en vez de estar flirteando porque, cuando volví a mirar por la ventana, vi que su coche se había ido. Y yo no la volví a ver...

—Me tenía que haber esperado algo así —dijo Vereker de mal humor.

—Déjame acabar, Algernon. Y ya no la volví a ver hasta que llegué a Londres... La había perdido y ya está, me había olvidado del tema, pero se me ocurrió dar una vuelta por el Blue Bottle Club y... para mi infinita alegría, ahí estaba ella, bailando entre todas las demás parejas. ¡Es mi suerte prodigiosa, Algernon! ¡Estoy tocado por una varita mágica!... Me puse unas gafas de sol para que no me reconociera... recuérdame que para el futuro siempre lleve una barba postiza en el bolsillo... Sin embargo, Dawn me vio, pensaría que era un poco raro encontrarse allí a alguien a quien había visto un rato antes en Braintree y se largó. Así que no me quedó otra que preguntar por ella a Poppy Knatchbull. Poppy me preguntó: “¿No estarás enredado con ella?”. Y yo respondí: “Bueno...”. Y Poppy me dijo confidencialmente: “Ricky, no te mezcles con gente como Dawn. Es peligrosa”. Entonces le dije que estaba enamorado de *miss* Dawn, a ver si me contaba el secreto porque no soltaba prenda... A la desesperada, insistí en que estaba decidido a casarme con la dama o a morir en el intento. Entonces, por fin, se compadeció de mí y me dijo que Dawn es contrabandista de alcohol. ¡Imagínate mi sorpresa!... Pero yo seguí en mi papel y le dije que me negaba a creer una infamia como esa contra mi amada así que, como último recurso, Poppy me llevó a su despacho y, bajo juramento de silencio, me dejó probar una muestra del alcohol que le había dejado Dawn. Nos lo acabamos entre los dos.

—Buen trabajo, Ricky. Siento haberte juzgado mal.

—Al día siguiente me pasé por el piso de Gertie Wentworth en Clarges Street. Como ya sabes, es el mismo bloque de Dawn, en realidad vive justo en el piso de abajo. Son apartamentos de máximo lujo, podría pagarme un año entero de vicios con lo que cuesta la renta de un mes... Así que ya sabes cómo paga el alquiler *miss* Garford.

—¿Y Poppy Knatchbull compra el producto de Dawn?

—Jamás, Algernon. Es demasiado lista y escurridiza como para meter su bonito cuello en esa soga. Dice que es solo cuestión de tiempo el que la descubran y no le compensa que le quiten la licencia del Blue Bottle por un pequeño beneficio extra. La gente que frecuenta ese club es respetable y tiene una reputación que perder, además del dinero. Pero, dime, ¿de dónde ha salido esa obsesión tuya con los pasadizos secretos?

—¿Te acuerdas del libro de Yarham que estabas leyendo? Un capítulo habla de los túneles excavados desde la cripta y uno de ellos llega hasta aquí.

Si lo piensas, verás que es una buena explicación a la música de órgano. El túnel hace de transmisor de la música.

—Así que teníamos razón cuando pensábamos que no era ningún fenómeno paranormal.

—Y ahora tenemos que encontrar la entrada al túnel desde este lado.

—Puede ser que esté tapiada, como en el otro.

—Estoy seguro de que no... Verás, mientras estabas ausente me ha visitado un fantasma... —y Vereker explicó al alucinado Ricardo los detalles del misterioso suceso.

—¿Estás seguro de que era una mujer? —preguntó Ricardo.

—Segurísimo.

—¡Qué divertido! Parece sacado de algún romance medieval entre la hija del herrero y el hijo del duque. Una pena que no la atrapas. ¡Vamos a buscar esa entrada, Algernon!

—Empezaremos después del almuerzo.

—¿Sabes quién era ella?

—No, eso es lo más sorprendente de todo. Tampoco sé qué buscaba. Si pudiéramos descubrir el motivo al menos tendríamos una buena pista.

—Pobre chica, seguro que pensaba que yo estaba aún por aquí... Pero vamos a comer. Casi no he tenido tiempo de desayunar esta mañana y tengo un hambre feroz.

Después del almuerzo, los dos hombres decidieron descansar un rato antes de comenzar la búsqueda. Ricardo ahogó un par de bostezos y se durmió en su silla y Vereker comenzó a examinar los paneles de madera que forraban el estudio. Mientras inspeccionaba la pared oeste, que era por donde había aparecido el espectro, descubrió una pequeña inserción redonda en la madera. El disco tenía el tamaño de un chelín, aproximadamente, y estaba tan bien insertado que era apenas perceptible. Emocionado por su descubrimiento, Vereker presionó con el dedo en ese punto y, ante su asombro, vio como el panel entero se abría y dejaba a la vista la entrada a un pasadizo oscuro y estrecho. Atónito, despertó a Ricardo, que aún dormía en la silla.

—¡Ricky, despierta y ven a ver esto!

—¡Hola! ¿Dónde demonios estoy? —preguntó Ricardo sobresaltado abriendo mucho sus ojos y mirando a su alrededor con ojos somnolientos.

—Esa pregunta nos dice mucho de tus hábitos, Ricky —comentó Vereker

sonriendo—. Ven aquí. ¡Al fin lo he encontrado!

Ricardo, ahora completamente despierto, se puso de pie de un salto y se unió a Vereker. Después de observar el panel durante unos instantes, preguntó:

—¿Cómo lo has descubierto, Algernon?

—Había una posibilidad entre mil. Había examinado ese panel varias veces antes pero nunca había visto el botón, está muy bien camuflado. Ahora tenemos que intentar devolver el panel a su sitio.

—Supongo que habrá un interruptor en el otro lado.

—Tiene que haber una manera de cerrarlo desde aquí —observó Vereker y, después de unos minutos de cuidadoso examen, descubrió por fin el otro botón a la derecha del panel y lo presionó, al igual que había hecho con el primero. El panel regresó silenciosamente a su posición original, encajando tan perfectamente con el resto de la carpintería que ambos se quedaron boquiabiertos.

—¡Una muestra impresionante del arte de los ebanistas! —exclamó Ricardo—. ¿Te apetece una aventura ahí dentro, Algernon?

—Me has leído la mente.

—Podemos decir “Ábrete, Sésamo” cuando apretemos el botón. Por dar un poco de emoción.

—Cállate, sube a mi habitación y trae, por favor, un par de linternas, baterías, velas y cerillas. Y también mis dos pistolas automáticas y un cargador extra.

—¿Para qué demonios quieres las pistolas?

—Me inspiran confianza cuando estoy entre la espada y la pared.

—No dirías eso si supieras la puntería tan horrible que tengo. Pero será tu funeral, no el mío. Y... ¿para qué velas si tenemos linternas?

—Ya lo verás. Date prisa. Hay mucho que hacer.

Sin más comentarios, Ricardo se esfumó y volvió un poco después con todos los artículos. Vereker le dio una de las linternas, una vela y cerillas y el Colt 45.

—¿Estás seguro de que entiendes bien el mecanismo de esta arma? —preguntó Vereker a Ricardo.

—Aprietas el gatillo y esto dispara, supongo... Déjate de tonterías, Algernon, y vamos ya. Estoy deseando saber qué hay ahí dentro.

Un minuto después, ambos caminaban por el estrecho pasadizo con Vereker en la delantera. Unos metros más allá se encontraron con una escalera

de piedra que descendía unos seis metros en espiral y que les llevó a otro pasadizo abovedado. Habían avanzado unos pocos metros por este último, cuando Vereker se paró de repente. En la base del muro a su derecha la linterna iluminaba una pequeña rejilla rectangular.

—¿Qué pasa? —preguntó Ricardo.

—Nada. Una rejilla de ventilación.

Y poniéndose de rodillas, miró a través de su interior.

—Se comunica con la bodega y está a la altura de uno de los barriles de vino. Puedo ver las patas de los barriles. No entiendo cómo no lo vi cuando registré la bodega. En fin, hasta yo soy humano.

—Esto explica que la música de órgano también se oyera en la bodega.

—Tu primera deducción correcta en este caso —dijo Vereker mientras se ponía de pie—. Sigamos.

Durante media hora avanzaron por el túnel sin encontrar nada raro, hasta que Vereker, notando el suelo más blando bajo sus pies, se paró y volvió a iluminar el suelo.

—Yeso, claro. Tenía que haber pensado en ello y, mira, una pisada de zapato de mujer. Dime qué opinas.

Ricardo examinó la huella con atención.

—Es muy pequeña. No me gustan los pies pequeños en las mujeres. He hecho un profundo estudio de ese tema y he descubierto que los pies pequeños, como las orejas pequeñas, denotan rencor y envidia... Este es el pie derecho y delante se ve el izquierdo. El lado exterior de la huella está ligeramente más marcado que el interior así que... deducción correcta número dos: el fantasma tiene las piernas torcidas... Se ve también la huella de un hombre, Algernon.

—Sí. Debe de ser la de John Thurlow. Te estás volviendo un profesional, Ricky. ¿Algo más?

—La dama llevaba tacones altos. Bien hecho. El tacón bajo es para santas y mentecatas. Por cierto que siempre he pensado que las piernas torcidas son bastante atractivas. Tienen una gracia curvilínea que resulta inusual y atrayente. Por la derecha, ¡vamos! Aquí no hay quien respire.

Vereker sacó de su bolsillo una brújula.

—Nos dirigimos a la iglesia —dijo, y girándose hacia Ricardo añadió—: Enciende una de las velas, Ricky. Átala a este alambre y mantenla a medio metro, aproximadamente, del suelo.

—¿Por qué?

—Observa la llama de la vela y dime si muestra señales de apagarse. Estos túneles subterráneos a veces contienen dióxido de carbono. La vela no es un test perfecto pero nos servirá. El dióxido de carbono es más pesado que el aire y se acumula en mayor cantidad cerca del suelo. Una vela no arde cuando hay mucha condensación.

—¿Es explosivo? —preguntó Ricardo alarmado.

—No, es venenoso y bastante letal.

—¡Ah, bueno! Me habías asustado. Prefiero morir envenenado que en una explosión.

Ricardo hizo lo que le había pedido Vereker y continuaron su camino, más despacio esta vez, hasta que llegaron a un punto donde se cruzaron con un túnel más pequeño que se abría a ambos lados.

—Esto se está poniendo interesante —observó Vereker. No había terminado de decir estas palabras cuando ambos se quedaron petrificados al oír claramente ruidos de golpes.

—Apaga la linterna y escucha —murmuró Vereker.

Permanecieron en silencio durante unos instantes escuchando el rítmico golpeteo de un martillo.

—Alguien está sellando la entrada a los túneles desde la cripta de la iglesia—dijo Vereker.

—¡Dios! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Ricardo descompuesto.

—¿Qué has visto?

—Nada... pero algo me ha rozado el pantalón.

—Yo también lo he notado, Ricky. Era solo una rata grande. He visto varias mientras veníamos.

—Vamos más rápido. No me gusta que las ratas me limpien los zapatos.

—Creo que podemos volver a encender la linterna. Veamos... desde la cripta este túnel es el de la derecha. Este pasaje debe de conectar con el pasadizo central. ¿Cuál tomamos?

—El paisaje es tan interesante que es difícil elegir. ¿A dónde lleva el pasadizo central?

—Se supone que a Riswell Manor.

—Bueno, ya he visto la iglesia así que podemos hacer una visita turística a Riswell Manor.

—Está a más de cinco kilómetros de distancia y no creo que seamos bien recibidos —dijo Vereker con una sonrisa—. Pero me interesa explorar este

pasaje, así que vamos a probar a entrar por la izquierda.

Después de caminar otro rato en fila india, llegaron a otra intersección.

—Justo lo que pensaba. Este pasadizo atraviesa los tres túneles y este es el número tres.

—¿Y dónde termina el número tres? —preguntó Ricardo.

—Nadie lo sabe. Ni siquiera el autor de tu historia de Yarham.

—Entonces apuesto por resolver el misterio. Tal vez me inspire para escribir un artículo vendible. ¡Vamos!

Siguieron por el túnel grande durante otro cuarto de hora sin hablar.

—Esta aventura me ha dejado al menos algo claro, Algernon.

—Entonces ha valido la pena —contestó Vereker.

—Mucho. Me ha resuelto el tema del sueldo de los mineros. Voto por un subida considerable e inmediata... Algernon, parece que la llama se está debilitando. ¿Qué pasa?

—Debe de haber algo de dióxido de carbono en las inmediaciones, pero vamos a continuar. Tenemos que estar cerca del final. Además, acabo de ver otra vez la huella de la dama y si ella se ha arriesgado, nosotros también.

Unos cien metros más allá el pasadizo se abría a una habitación.

—¡Por fin hemos llegado! —exclamó Vereker emocionado.

—Menuda peste, Algernon, y la vela se ha apagado.

—Ya veo. No nos detendremos mucho pero tenemos que hacer una inspección rápida.

—¿Qué es lo que huele de esta forma? ¿Y qué es esa bañera de madera gigante?

—Justo lo que imaginaba. El olor sale de ahí. Es un tanque para fermentar mosto...

Acababa de pronunciar esas palabras cuando se tropezó con algo y por poco se cae. Recobrando el equilibrio iluminó con su linterna el suelo y descubrió que el objeto que le había hecho tropezar era una gran pieza de madera. La pieza estaba rota y, fijándose aún más, vio la otra parte clavada en el suelo. Siguió observando y soltó una exclamación de alegría.

—¿Qué has visto, Algernon?

—Una gorra y unos trozos de cuerda. Guárdalos y, por amor de Dios, no los pierdas. Son pruebas fundamentales —replicó Vereker mientras le entregaba los objetos a su acompañante, sacaba una navaja y se ponía a extraer trozos de yeso de las paredes de la habitación.

—¿Y ahora qué haces?

—¡Ya lo tengo! —exclamó Vereker enigmático y se metió en el bolsillo rápidamente algo que había encontrado—. Y ahora, vámonos de aquí Ricky. Este sitio no es saludable.

Y sin añadir nada más y seguido de cerca por su amigo, se metió en un pasadizo muy pequeño y salieron a otra cámara.

—¡Pero qué diablos...! —comenzó Ricardo emocionado, pero Vereker le hizo una seña para que bajara la voz y le susurró—: Quitá el cierre de seguridad a tu automática y prepárate para gritar “arriba las manos” si ves a algún intruso. Pero si podemos inspeccionar esto y marcharnos de aquí sin ser vistos, mucho mejor.

—De acuerdo. ¿Qué demonios son esas estructuras con forma de pera?

—Alambiques. Sirven para destilar alcohol. Probablemente llevan décadas aquí pero se ve que aún están en uso. Vigila con la pistola mientras echo un vistazo.

Y con estas palabras, Vereker se subió a la base de ladrillo del alambique y comenzó a examinarlo con atención.

—Ricky —susurró con alegría incontenible—, he descubierto que el condensador está roto.

Saltando una vez más al suelo, movió su linterna alrededor. De repente salió disparado hacia un objeto cuadrado y, mostrándolo a Ricardo, dijo:

—Toma. Es un maletín. Apuesto a que dentro hay algunas herramientas para trabajar el cobre. Vámonos ya.

Ricardo guardó rápidamente la gorra y los trozos de cuerda en el maletín, lo cerró y siguió a su amigo que estaba ya retrocediendo por el pasadizo. Avanzaron a buen ritmo y regresaron rápidamente y sin más aventuras a Old Hall Farm.

Una vez a salvo en el estudio y con la entrada secreta bien cerrada, se dejaron caer sin aliento en sendas butacas.

—Espero que estés satisfecho con nuestra pequeña aventura de hoy —dijo Ricardo estirando las piernas.

—Mi investigación sobre los asesinatos de Yarham está llegando a su fin. Un par de piezas más y... ¡jaque mate! —replicó Vereker con la mirada perdida en algún punto indefinido de la pared.

—Ya sé que estás profundamente agradecido por mi ayuda y todo eso,



Algernon, pero no es necesario que seas tan efusivo... Va con el sueldo, por así decir.

En esos momentos entró la doncella preguntando si querrían tomar el té.

—Por favor, Raymer. Lo tomaremos aquí si no es mucha molestia para usted.

—Por supuesto, señor —replicó la doncella retirándose.

Regresó en poco tiempo con el servicio de té y la noticia de que había llegado el inspector Heather y quería hablar con Mr. Vereker.

—Hágalo entrar, Raymer, y traiga por favor otra taza para él. El inspector tomará el té con nosotros.

Un minuto después un Heather de humor sombrío entraba en la habitación.

—Bien, inspector. ¿Qué le trae por aquí? ¿Ya tiene a su hombre, Ephraim Noy? —preguntó Vereker alegremente.

—Se lo ha tragado la tierra. Es como si alguno de sus compinches se lo hubiera cargado y hubiera tirado el cadáver al mar.

—Es posible. A un hombre como Noy le puede pasar cualquier cosa. Es una pena que haya desaparecido porque lo vamos a necesitar.

—¿Ha oído las últimas noticias de Yarham? —preguntó Heather impaciente.

—No. No hemos ido al pueblo hoy. ¿Qué ha pasado?

—¿Conoce a un hombre llamado Joe Battrum?

—Sí. Uno de los hombre de Orton. ¿En qué lío se ha metido?

—Han encontrado su cuerpo esta mañana temprano en el estanque de detrás de su cabaña. Últimamente bebía demasiado. Su mujer me ha dicho que llevaba dos días borracho. Anoche, después de amenazarla, salió de la casa murmurando que le perseguían los fantasmas. Ella pensó que se habría ido al *pub* a seguir bebiendo, pero Easy dice que por allí no pasó. No volvió a casa y un vecino ha encontrado su cadáver esta mañana. Tenía la cabeza en el agua y había una profundidad de menos de treinta centímetros así que parece un suicidio, aunque puede haber sido un accidente.

—No me extraña demasiado... Yo también creo que ha sido un suicidio y que puede estar conectado con nuestro caso —observó Vereker.

—No sé cómo está tan seguro de eso —replicó el inspector mirándole con curiosidad.

—Solo suposiciones, Heather... Y ahora... tengo noticias bastante sorprendentes. Espero que tenga listas las esposas y la caja con cincuenta

cajetillas de tabaco —dijo Vereker con calma.

—Estarán listas cuando tengan que estarlo —replicó el inspector—. Pero no se guarde las noticias mucho tiempo o se van a poner rancias.

—Es una larga historia, así que póngase cómodo. He logrado unir las pequeñas piezas del puzle poco a poco y esta tarde, por fin, he conseguido colocar la pieza clave.

—Ya. ¿Y la pieza clave es un fantasma? —preguntó Heather, burlón.

—Pues sí. Los espíritus y fantasmas tienen un papel protagonista en esta historia... Cuando comencé con el caso, lo primero que me llamó la atención fue la historia de *miss* Thurlow de la misteriosa música espectral que habían oído la noche de la desaparición. Por mucha curiosidad que me produzca el espiritismo, era incapaz de creer que tuviera un origen sobrenatural y, desde ese momento, me puse a buscar una explicación lógica a esa música... En cuanto a la desaparición, recordará que la doncella dijo que todas las puertas estaban cerradas. Como tampoco conseguí tragarme la teoría de *miss* Thurlow sobre una posible desmaterialización de su tío, la única solución posible era que la casa tuviera una salida desconocida. Poco después, me enteré de que el pueblo era conocido por sus túneles secretos y, en un libro sobre la historia de Yarham, el rector encontró la confirmación de que había tres túneles: uno no estaba explorado, el otro llegaba a Riswell Manor y el tercero comunicaba la iglesia con Old Hall Farm, dándonos una explicación perfectamente natural al origen de la música.

—Pero el organista no había ensayado la noche de la desaparición... —interrumpió Heather.

—Es cierto pero si no fue él, fue otra persona. Esto lo podría haber averiguado interrogando a fondo a los vecinos del pueblo, pero había algo que me preocupaba más y era el túnel por el que *sir* John había desaparecido. Las visitas consecutivas de un *poltergeist* y un fantasma, con huellas dactilares y todo, me ratificaron que había una entrada secreta a la casa. ¿Me sigue, Heather?

—Perfectamente —contestó el inspector, ahora claramente interesado.

—No has contado al inspector mis brillantes deducciones de que el fantasma tenía las piernas torcidas, los pies muy pequeños y llevaba zapatos de tacón alto —añadió Ricardo.

—Ya lo has dicho tú todo, Ricky. Pero tengo que retroceder un poco y pasar a otro tema. En la nota que se encontró en el bolsillo de Martins se

hablaba de espíritus y condensación. Por un tiempo pensé que tenía relación con todos estos fenómenos paranormales, pero los padres de Martins me dijeron que era algo que no le interesaba en absoluto. Esto ya me sorprendió. Después, se acordará de que descubrí un grano de cebada malteada en la arcilla de las botas de Martins.

—Claro que me acuerdo. En su día me pregunté porqué estaba tan interesado en ese asunto tan trivial. Supongo que ya tenía una explicación.

—En ese momento no. Me di cuenta después... Volviendo al tema de la nota, “espíritu” puede referirse tanto a fenómenos paranormales como a licores “espirituosos”, especialmente cuando la nota estaba rota y no sabíamos si la palabra continuaba o no. Yo sabía que la destilación ilegal estaba proliferando gracias a su rentabilidad. Además, el proceso es sencillísimo, cualquiera lo puede hacer. Basta con tener un espacio dedicado... Además, esta región es perfecta para ello. Un área tan grande y poco poblada como Suffolk es difícil de supervisar... La palabra “condens” de la nota también me recordó algo. Hace unos años, cuando estuve pintando en el distrito de Loch Lomond, fui a visitar una pequeña destilería. Allí me mostraron las diferentes partes del alambique: columna de destilación, condensador... Me acordé de esta visita cuando comencé a relacionar el misterio de Yarham con el alcohol, en vez de con espíritus... En realidad, hemos estado sugestionados todo el tiempo por culpa de la afición de *miss* Thurlow a los fenómenos paranormales y esto nos ha hecho perder mucho tiempo. La respuesta era mucho más simple.

—Parece muy simple ahora —convino Heather—, pero esta nota me ha traído loco desde que cayó en mis manos.

—He de decir que tuve además un golpe de suerte. *Miss* Thurlow me pidió que transmitiera un mensaje a Arthur Orton, así que fui a visitarle justo cuando sus hombres estaban cargando un camión con sacos de cebada. En un momento dado, apareció Orton con un par de bidones de gasolina y Gow, uno de sus hombres, los escondió debajo de los sacos. Esto era tan extraño que sospeché inmediatamente y el incidente se quedó grabado en mi mente. Poco después, otro golpe de suerte hizo que Joe Battrum viniera a cenar a *The Walnut Tree* y dejara el camión sin vigilar en el aparcamiento. Conseguí sustituir un bidón del camión por otro que llevábamos en el coche. Al llegar a casa hice el experimento de quemarlo y, efectivamente, no era gasolina, sino alcohol.

—¡Increíble! Pero siga, siga con la historia —exclamó Heather.

—Después de llegar a este punto en mis investigaciones, empecé a pensar

en los túneles y aquí entra la mancha blanquecina de los zapatos de Thurlow. En esta zona, el yeso solo se encuentra bajo un estrato de arcilla. Lo lógico era que *sir* John se hubiera metido por uno de los túneles. Además, es un mineral blando, perfecto para perforar un túnel... Solo había que encontrar el pasadizo... He pasado horas buscándolo y hoy, por fin, lo he conseguido. El fantasma que vi en esta habitación desapareció misteriosamente desde un punto cercano a la puerta del estudio, así que me centré en esa zona. La suerte me llevó a encontrar el resorte que abría la entrada secreta... y eso es todo. Pero no puedo terminar la historia sin una mención especial a mi amigo Ricardo, que ha sido providencial en la resolución del caso. Vamos Ricky, nadie mejor que tú para cantar tus alabanzas.

—Gracias Algernon, ya era hora de que reconocieras mi mérito. Verá, Heather, mientras Vereker estaba ocupado observando fantasmas, yo me dediqué a observar a *miss* Dawn Garford. No hay que decir quién salió ganando... En fin, después de un sin fin de penurias y una delicada operativa hábilmente resuelta por mi parte, conseguí localizar el automóvil de la dama mientras se dirigía al sur. Después de algún tiempo, ella se percató de mi persecución y redobló sus esfuerzos para darme esquinazo. Yo los tripliqué, para no perderla de vista. Por abreviar, conseguí seguirla hasta un *night club* de Londres... Ya ve que tengo una habilidad innata para estar en el sitio justo en el momento adecuado. Nada de marear la perdiz, no, un saltito... y ¡ale hop! ¡Manuel Ricardo en pleno centro de la acción!

—¿Cómo se llamaba el sitio, Mr. Ricardo? —preguntó Heather.

—Su reputación es intachable, inspector, así que se lo puedo decir: el Blue Bottle.

—Lo conozco. Intachable... por ahora.

—Como yo ya conocía a la respetabilísima propietaria del club — continuó Ricardo impertérrito— en seguida trabé conversación con ella. Y, en fin, por seguir abreviando y ya siento no poder desvelarle mis métodos detectivescos, inspector, me enteré de que *miss* Garford vendía alcohol de contrabando a varios garitos. Esta información demostró ser fundamental, imprescindible, indispensable y trascendental para resolver el caso... Y sigue tú ahora, Algernon, me muero por un cigarro...

—En cuanto descubrimos la entrada, Ricky y yo nos lanzamos a explorar los túneles. Finalmente llegamos al mismo sitio al que llegó Thurlow cuando desapareció de Old Hall Farm, una cámara subterránea cerca de Church Farm

donde hicimos tres importantes descubrimientos: un gran alambique para destilar alcohol, unos trozos de cuerda y una gorra.

—¿Era la de Thurlow? —preguntó Heather ansioso.

—Creo que podemos darlo por hecho. Y los trozos de cuerda probablemente pertenecían a la cuerda con la que se ató a Martins.

—¿Qué fue lo que lo mató?

—No puedo asegurarlo, pero apostaría a que murió por envenenamiento de dióxido de carbono. Si el mosto estaba fermentando las emanaciones serían muy fuertes. Al ser el ácido carbónico más denso que el aire, se acumula más cerca del suelo. Tengo la teoría de que ataron a Martins al poste sentado y este, sin poder moverse, pronto sucumbiría a sus efectos. El ácido carbónico, al ser un narcótico, produciría los síntomas descubiertos por el patólogo: congestión cerebral y apoplejía. Este tipo de envenenamiento es muy extraño así que es normal que el doctor no quisiera comprometerse.

—Suenan lógico, Mr. Vereker —observó Heather.

—Luego pasamos a la otra cámara, la destilería propiamente dicha. Y aquí me di cuenta de que el condensador del alambique estaba roto. La nota del bolsillo de Martins cobraba sentido. Justo cuando nos íbamos, vimos el maletín de herramientas de Martins. Si se acuerda, Martins era forjador antes de dedicarse al mundo del motor. Un condensador de cobre lógicamente entraría dentro de sus competencias.

—¡Espléndido, Mr. Vereker! Vamos llegando al meollo de la cuestión. Esa noche Martins fue a ver a Arthur Orton con el fin de arreglar algo de un camión. Entiendo que era una excusa y que en realidad había ido a arreglar el condensador de cobre del alambique.

—Exactamente. Cuando vi los hornos de ladrillo debajo del alambique me pregunté por dónde saldría el humo cuando los tenían encendidos. Luego recordé que Orton también es molinero y que muele el grano mediante máquinas de vapor. Creo que los conductos de esos hornos se unen a los de la chimenea de la granja.

—Y ahora respóndame a las preguntas clave, Mr. Vereker. ¿Por qué fue atado Martins de pies y manos? ¿Quién le rompió el cráneo a Thurlow? ¿Por qué Thurlow mató a Martins cuando ya era cadáver?

—Aún hay mucho trabajo por hacer, Heather, y aquí tendré que pasarles las riendas. Pero mi teoría es la siguiente: a Martins no le iba muy bien a nivel financiero con su garaje. Yo lo que creo, y esto es solo una sugerencia, es que

intentó chantajear a Orton con el tema de la destilería. Sabemos que ese día había estado de juerga con Mobbs y había bebido mucho. Orton pensaría que si lo mantenía atado hasta que se le pasara la cogorza, Martins cambiaría de opinión. Este despertó e intentó liberarse de sus ataduras, pero no lo consiguió y murió de la forma que ya he explicado. En cuanto a Thurlow... Thurlow salió de Old Hall Farm y, por una maldita casualidad, de los tres túneles entre los que podía escoger, se metió por el mismo que hemos tomado nosotros. Llegó a la primera cámara de la destilería y tropezó con el trozo de madera del suelo, exactamente igual que me ha pasado a mí hoy. Llevaba un revólver cargado en la mano, por si acaso, y al tropezar se le disparó y atravesó el cuerpo de Martins.

—¿Buscó usted la bala? —preguntó Heather.

—Naturalmente. Encontré el agujero y conseguí sacar la bala con una navaja, esas paredes son muy blandas. Aquí se la dejo, Heather, para que la haga examinar. Creo que podrán probar que fue disparada por el revólver de Thurlow.

Y sacando la bala del bolsillo se la dio al inspector que la guardó cuidadosamente en una caja de cerillas.

—Y, por supuesto, Arthur Orton mató a Thurlow —añadió finalmente Heather—. El ruido de la bala alertó a Orton que acudió a la destilería y, viendo a Thurlow armado, se enfrentó a él. Thurlow intentaría salir corriendo y Orton le atizó en la cabeza con la barra de hierro... Me temo que he perdido la apuesta esta vez, Mr. Vereker. Le pagaré lo que le debo.

—En realidad, no me puedo imaginar a Orton como un asesino —objetó Vereker después de un instante meneando la cabeza—. No da el tipo, por lo que he visto de él... y aquí de nuevo solo puedo apelar a mi intuición y mis conocimientos de psicología. Es cierto que se ha dedicado al contrabando de alcohol para hacer dinero, pero probablemente solo se le ocurrió cuando descubrió la infraestructura que existía bajo su granja. Quizá comenzó a usarla por diversión y para consumo propio y, cuando se dio cuenta de lo rentable que era, su instinto empresarial fue más fuerte que él. Le reveló el secreto a *miss* Dawn Garford, que era amiga suya y, conociendo los hábitos de ella y su amor al dinero, no podía haber elegido un mejor socio comercial. Pero... no le veo matando a Thurlow para salvarse. Sabía que si descubrían el alambique solo se arriesgaba a una fuerte multa y tiene dinero suficiente para pagarla... No, Heather, creo que Orton no es nuestro asesino.

—Déjame arreglar las cosas —interrumpió Ricardo, levantándose del diván—. Como los dos sabéis, Joe Battrum, el conductor del camión de Orton, también estaba en el ajo. Era él quien transportaba los pedidos que lograba *miss* Garford. Es muy probable que estuviera presente en la escena. Era bastante ignorante y creía firmemente en los fenómenos paranormales. Pensando que Thurlow era un fantasma, le atizó. Sabemos por Runnacles que Battrum estaba con el camión en Cobbler's Corner la noche anterior al descubrimiento de los cuerpos, así que deduzco que fue él el que depositó los dos cadáveres allí. El de Thurlow, al que había matado, y el de Martins, que había muerto por mala suerte. La muerte de Thurlow no paró de mortificarle. Comenzó a pensar que le perseguía su fantasma y, al final, el pobre idiota se suicidó.

—¡Bravo, Mr. Ricardo! No es mala su teoría pero, puesto que Battrum está muerto, no me sirve de mucho. Me muero de ganas de arrestar a alguien y tendrá que ser Orton, si no es por asesinato, al menos por complicidad en un asesinato...

—Ahora que ya tiene una cabeza de turco, Heather, voy a hacerle otra sugerencia. Tengo la idea de que Ephraim Noy vino a Yarham no por casualidad, sino con un propósito determinado. Él ya conocía el contrabando de alcohol en América, al llegar a Inglaterra siguió con el tema y, cuando le atraparon en Doncaster, tuvo que marcharse a Londres. Allí probablemente se enteró del negocio de Yarham y, viendo cómo prosperaba, se vino aquí. Opino que fue Orton el que escribió la nota que se encontró en el *bungalow*... Mi opinión es que Noy estaba trabajando en la destilería cuando oyó el disparo de Thurlow, entró corriendo en la habitación donde estaban Thurlow y Martins y golpeó a Thurlow en la cabeza con el hierro. Sabemos que ambos no se podían ni ver, que probablemente Noy estaba chantajeando a Thurlow... No creo que dudara en matarle. Yo creo que Noy es su hombre, Heather.

—Yo no estaría tan seguro, Mr. Vereker. ¿Cómo explica entonces el caos en su *bungalow*? Los muebles volcados por el suelo, las manchas de sangre... ¿No le parece que lo más probable es que Noy se negara a obedecer las órdenes a las que se refiere la nota de Orton, hubiera un altercado entre ambos, Orton matara al otro y entretanto se haya deshecho del cuerpo? Es posible que se encuentre su cadáver en uno de esos túneles secretos. Además, mi teoría está respaldada por la historia de Noy de que vio un automóvil en Cobbler's Corner la noche previa al descubrimiento de los cuerpos. Si fuera él

el asesino, no sería tan tonto como para ponernos bajo su pista de esta manera.

—Eso es pura teoría, Heather. Se supone que soy yo el *amateur*, no usted. Contra su tesis he de objetar que es muy raro que Orton matara a Noy a plena luz del día. Yo estuve con Noy por la mañana, usted fue a verle por la tarde. Solo queda un corto intervalo entre medias. Es posible, claro, pero improbable. Yo creo que Noy sintió que nos estábamos acercando a la verdad y se largó. Su historia del coche es una mentira para despistarnos, porque sabemos que él no tiene automóvil. Creo que Noy está tan vivo como usted o como yo y es trabajo suyo encontrarle. En cuanto a la pelea en su casa y las manchas de sangre... cuando usted habló con Battrum, ¿le mencionó que Noy había visto las luces de un coche en Cobbler's Corner?

—Sí. Orton y él me habían contado que habían visto a Thurlow meterse en un coche la noche de su desaparición. Cuando luego me enteré de que Noy había visto otro coche, se lo conté a ellos y les interrogué con la esperanza de que se acordaran de qué marca era.

—Ya sabe que Runnacles nos dijo que estaba seguro de que era un camión y que era Battrum el que lo conducía. Es posible que Battrum se llevara la impresión de que Noy estaba intentando implicarle. Estuvo borracho la mayor parte del tiempo antes de suicidarse y es muy posible que fuera a vengarse. Pero son solo suposiciones.

Se hizo el silencio durante unos instantes y luego Vereker añadió:

—Aún tengo que averiguar la identidad del fantasma que me visitó en esta habitación.

—Creo que puedo echarle una mano con ese tema, Mr. Vereker —observó Heather—. La primera vez que fui a ver a Orton me recibió su ama de llaves. Es una mujer joven y atractiva. Desde entonces he coincidido con ella varias veces y he tenido oportunidad de fijarme en el tamaño diminuto de sus manos y pies. Usted había comentado que el fantasma debía calzar una talla treinta y cuatro. No lo puedo asegurar, pero creo que es muy posible que *miss* Shimpling, ese es su nombre, sea su fantasma.

—Seguro que es ella. La tenía en mente pero aún no había tenido oportunidad de verla. Además, Clarke, el zapatero, me confundió diciéndome que solo *miss* Garford tenía un pie tan pequeño.

—¿Y cuál era su motivo? —preguntó Ricardo—. Este fantasma es lo único que me interesa del caso, después de *miss* Thurlow y *miss* Garford.

—Sigamos con la suposiciones... Yo diría que estaba celosa de *miss*



Thurlow, conocía la existencia de los túneles y quería asustarla un poco para que abandonara la casa y el pueblo. Por lo que tengo entendido, ambas mujeres andaban detrás de Arthur Orton... Y hablando de Orton, ¿qué piensa hacer con él, Heather?

—Lo voy a arrestar de inmediato como sospechoso de asesinato. Y en todo caso lo tengo atrapado por contrabando de alcohol. Bien, señores, creo que les voy a dejar. Me espera una tarde muy entretenida... ¿a menos que quieran acompañarme?

—No, gracias Heather. No me hace ninguna ilusión ver cómo arresta a Orton —contestó Vereker—. Aunque no cabe duda de que es cómplice de asesinato y culpable de contrabando, creo que son las circunstancias las que le han llevado al agujero. Tendrá que asumir las consecuencias pero yo no voy a ir a reirme de él en su desgracia. A propósito, le gusta mucho la música, especialmente Haydn y Handel. Creo que, cuando todo se aclare, descubrirá que era él el misterioso organista.

—Veo que no se le escapa nada, Mr. Vereker. Bien, tengo que darme prisa no vaya a ser que el pájaro escape. Por cierto, mi coche no marcha muy bien. ¿Le importa llevarme en su bólido, Mr. Ricardo?

—Claro, inspector. La reputación de la policía subirá varios enteros cuando le vean. Estoy listo.

—*Au revoir*, Heather. *Miss* Thurlow regresa mañana. Yo vuelvo hoy a dormir a The Walnut Tree y mañana por la mañana, después de hacer la maleta y despedirme de la dama, volveré a mi piso de Londres. Nos veremos esta noche en la posada, supongo. Cuando haya atrapado al asesino real, es decir a Ephraim Noy, espero su visita en Londres con mi caja de cincuenta paquetes de cigarrillos. Adiós, Ricky. Luego nos vemos.

—No tan rápido, Mr. Vereker —dijo Heather—. Yo había apostado por Ephraim Noy desde el principio y estoy seguro de que usted sospechaba de Orton. Desde entonces, hemos intercambiado los caballos pero aún no he renunciado a conseguir mi barril de cerveza. Puede que le deje KO en el último *round*...

## CAPÍTULO 16

Alrededor de las once de la noche de ese mismo día, Vereker se encontraba en sus aposentos de The Walnut Tree. Tenía listo su equipaje y su interés por el caso Yarham era nulo. Mientras esperaba a Heather y Ricardo, leía un libro de uno de sus autores favoritos, Ralph Waldo Emerson.

Empezaba a preocuparse por si habrían sufrido un accidente cuando oyó los familiares pasos de Ricardo y, casi al mismo tiempo, le vio entrando en la habitación.

—Me alegro de verte, Ricky. Conociendo tu forma de conducir, estaba seguro de que habías tenido un accidente y estarías empotrado en algún muro. ¿Qué ha pasado?

—Un accidente, Algernon, pero, afortunadamente, a tu coche no le ha pasado nada.

—¿Un accidente! ¿A qué te refieres?

—Déjame comenzar por el principio... Érase una vez en Yarham...

—¿Deja de hacer el idiota y dime ya qué ha pasado!

—De acuerdo. Como ya sabes, llevé a Heather a Church Farm. Tuvimos que tomar una carretera que debió ser construida por el primer habitante de Yarham, allá por el Neolítico más o menos. A pesar de eso íbamos a buen ritmo y Heather no paraba de dar botes sobre el asiento, con las esposas tintineando todo el tiempo. De repente, vimos un automóvil que venía hacia nosotros desde la granja. Era Orton y, al vernos, aceleró. Heather le hizo la señal de *stop*, pero él la ignoró, pasó a nuestro lado a toda velocidad y casi nos despeña. En ese momento, Heather se encendió y empezó a gritar “¡A por él! ¡Más rápido!” con lo que pivoté sobre dos ruedas, evitando una vez más que nos despeñáramos y nos lanzamos tras él como alma que lleva el diablo. El peso de Heather era una dura prueba para los amortiguadores, menos mal que llegamos enseguida a la carretera. Orton nos llevaba unos doscientos metros de ventaja y, por la manera en que huía, nos dimos cuenta de que había adivinado nuestro objetivo. No conseguíamos alcanzarle y eso que yo apretaba a fondo el acelerador. Heather no paraba de gritar, pero nada, Orton se nos escapaba. Menos mal que no había tráfico y las carreteras son más o menos rectas en esa zona o nos habríamos despeñado por tercera vez. De repente, se me ocurrió una de mis genialidades. “¿Tiene un revólver, Heather?”, le

pregunté. “¿Para qué lo quiere?” me contestó él. “Yo no lo quiero pero si tiene buena puntería puede disparar a las ruedas traseras. Se ha hecho muchas veces antes... en el cine, claro”. Con esto por lo menos conseguí que Heather se callara un rato para reflexionar sobre el tema y vi que Orton empezaba a desacelerar. Esto animó de inmediato al inspector que volvió a ponerse a chillar: “¡Maldita sea! ¡Acelere hasta que este cacharro reviente!”. En seguida vimos la razón de la disminución de velocidad. La carretera se estrechaba y comenzaba a serpentear a la auténtica manera de Suffolk. Y, justo delante, había una curva cerrada y uno de esos puentes prehistóricos tan comunes en estas tierras. Orton debía de conocer bien la carretera pero iba demasiado rápido, perdió el control y se estrelló contra el puente de piedra. Yo conseguí frenar de milagro, menos mal que nos llevaba aún algo de distancia. Heather saltó del salpicadero como una rana huyendo de un pato y yo le seguí con mi donaire habitual. Entre los dos conseguimos sacar a Orton de su coche segundos antes de que explotara y se incendiara. Lo depositamos en la hierba, lejos de la carretera y Heather lo tapó con su propia chaqueta. Orton estaba inconsciente así que poco más podíamos hacer. Esperamos hasta que vimos pasar a un camión, el inspector lo hizo parar, subimos a Orton intentando que estuviera lo más cómodo posible y lo llevamos al hospital más cercano. Dejé allí a Heather, yo me volví... y no hay más que contar.

—¿Crees que Orton sigue con vida? —preguntó Vereker después de un breve silencio.

—No sabría decirte, Algernon. Tenemos que esperar al informe del hospital.

—Una lástima que no fuera Ephraim Noy —fue el único comentario de Vereker y, levantándose de la silla, añadió—: Me voy a la cama, Ricky. Hoy ha sido un día para olvidar. Buenas noches.

La mañana siguiente Vereker fue a Old Hall Farm a despedirse de *miss* Thurlow y le contó toda la historia. Ella recibió una desagradable sorpresa al enterarse de la implicación de Orton y quedó muy decepcionada al recibir la explicación “material” a las manifestaciones paranormales. Mantuvo el tipo, no obstante, y no perdió ni un instante la dignidad y compostura que Vereker había admirado de ella desde un principio.

Una tarde, algunas semanas después, Ricardo y Vereker estaban sentados

en el estudio de este último en Fenton Street comentando un cuadro del artista, cuando el timbre de la puerta puso fin a las bromas de Ricardo sobre el “Arte con Mayúsculas” y Albert, el mayordomo de Vereker, anunció la visita del inspector Heather.

—Dile que entre, Albert, y trae una jarra grande de cerveza y unos vasos —dijo Vereker.

Unos instantes más tarde, el inspector entraba en el estudio y era invitado a sentarse en una frágil silla de mimbre.

—Es poco adecuada para su volumen, Heather, pero siempre he pensado que un huevo grande parece más imponente en una cesta pequeña —observó Ricardo.

—Póngase cómodo, Heather. Sírvese un vaso de cerveza y cuéntenos las novedades. Llevamos esperando su visita desde hace más de una semana —añadió a su vez Vereker.

—Supongo que quieren oír el resto de la historia de Yarham desde que me despedí de Mr. Ricardo en el hospital —comenzó—. Orton salió del accidente con la columna vertebral dañada pero, poco a poco, comenzó a recobrar la conciencia. Una semana después ya estaba en condiciones de contarme los detalles del “Misterio del asesino del más allá”, como ya lo ha bautizado la prensa. He de decir que el relato se ajusta a su hipótesis como un guante, Mr. Vereker. ¡Me quito el sombrero! Orton admitió que era el autor de las notas a Martins y a Noy. Había descubierto la antigua destilería por casualidad... y lo que sigue es lo que ya saben. Todo iba bien pero las cosas empezaron a torcerse. Primero se rompió el condensador y tuvieron que llamar a Martins para arreglarlo y luego apareció en escena Ephraim Noy haciéndoles chantaje. Para entonces, Orton ya se estaba cansando del contrabando. Al principio lo había encontrado emocionante pero, con Noy a bordo, las cosas dejaron de gustarle. Sin embargo, Noy lo tenía atrapado y no le quedaba otra que continuar. Entonces, las cosas empeoraron aún más. Clarry Martins se enamoró de Dawn, que no le correspondía, y comenzó a tener problemas económicos. Intentó salir del atolladero chantajeando primero a Orton y luego a Ephraim Noy. Orton pagaba, pero Noy era un pájaro de cuidado. La noche de la desaparición, Martins, borracho, intentó chantajear una vez más a Noy, pero este le mostró el gran error que había cometido dándole un golpe en la cabeza y atándolo de pies y manos. Martins murió de la manera que ya conocen. Orton, cuando se enteró, perdió los estribos y se enfureció pero no podía hacer

nada y, además, empezaba a tener mucho miedo de Noy, así que decidió callarse. Resolvieron enterrar a Martins en uno de los túneles. Noy y Battrum eran los encargados de hacerlo e iban a ponerse a ello cuando, ante su horror y desconcierto, apareció Thurlow en la cámara de fermentación, se tropezó y se le disparó el arma, tal y como usted ya ha relatado. Battrum, pensando que era un fantasma, salió corriendo y nunca volvió a recuperar su equilibrio mental. Noy, dándose cuenta de la importancia de lo que había pasado, atacó a Thurlow con una barra de hierro, aplastándole el cráneo.

“Al principio pensaron en enterrar a ambos en los túneles, pero Orton se dio cuenta de que eso sería un grave error. La aparición de Thurlow le había dejado claro que había un pasadizo desde Old Hall Farm. La policía podría enviar un equipo de búsqueda y el secreto saldría a la luz. Así que decidieron depositar los cuerpos en Cobbler’s Corner para desviar la atención de los pasadizos y fueron Ephraim Noy y Joe Battrum de nuevo los encargados. Esperaban que la historia de la rivalidad entre Thurlow y Martins por el amor de *miss* Garford hiciera parecer que se habían matado mutuamente a consecuencia de una pelea. El argumento no era muy sólido, especialmente con detectives de su calibre y el mío, Mr. Vereker, pero no tenían mucho tiempo y no estaban en condiciones de pensar con claridad.

—¿Qué ha pasado con Orton, Heather? ¿Se ha recuperado?

—No, el pobre diablo ha muerto al final. Se había roto la columna vertebral y, aunque al principio pareció que podría recuperarse, no lo consiguió. Y, sinceramente, creo que no quería seguir viviendo. Si afrontar un cargo de contrabando ya es malo, ser acusado de cómplice de asesinato sobrepasa todos los límites. Y yo creo que sí estaba enamorado de *miss* Thurlow, al fin y al cabo...

—Pensando en el caso, Heather, creo que ya sé por qué Orton fue a visitar a *miss* Thurlow la mañana después de la desaparición de su tío. Necesitaba saber si había un pasadizo y si alguien conocía su entrada... Otra cosa, ¿se sabe al final quién fue el que destrozó el *bungalow* de Noy cuando este desapareció?

—Ese es un punto en el que se ha equivocado, Mr. Vereker. Usted pensó que fue Battrum y yo que había sido Orton. Pues bien, al final resulta que fue Barney Decks. Noy le había contratado para perforar el pozo y cuando Decks acudió a cobrar al final de la semana, encontró a Noy a punto de largarse. Noy intentó librarse de pagarle lo que le debía y se enzarzaron en una pelea. Decks

me lo confesó y, como vi que tenía la nariz rota, le di media corona para que fuera al *pub* y se olvidara de su nariz.

—¿Qué va a hacer con las damas, *miss* Garford y *miss* Shimpling, Heather? ¿Van a ser acusadas de complicidad en el asesinato?

—Solo de contrabando de alcohol. Orton juró que ninguna de ellas tenía la menor idea de cómo habían muerto Thurlow y Martins. *Miss* Garford tendrá que pagar una fuerte multa. *Miss* Shimpling admitió que conocía el negocio de contrabando de alcohol pero que ella no había participado en nada.

—¿Y qué hay de Ephraim Noy?

—Le encantará saber que lo hemos atrapado por fin. Estaba escondido en Brixon Way, en Londres —contestó Heather triunfante—. Sin embargo, es posible que se libere de la horca... por los pelos. Ha admitido haber golpeado a Thurlow con la barra de hierro, pero ha alegado defensa propia. Thurlow iba armado con un revólver y ya había disparado un tiro... Puede colar. Además, Noy fue la causa de la muerte de Martins pero no lo mató directamente. Tenemos que esperar y ver qué hace el juez. No estoy muy contento con este resultado. Encima, he tenido que comprarle una caja de cincuenta cigarrillos.

Heather lanzó la caja de cigarrillos a Vereker y ahogó sus penas en el vaso de cerveza.

**FIN.**

# Sobre el autor

Robin Forsythe nació en Sialkot (Pakistán) en 1879 aunque regresó a Inglaterra cuando tenía solo seis años. Llevó una vida tranquila y anodina como empleado de Somerset House hasta que, en 1928, demostró ser más interesante de lo que parecía al ser condenado a quince meses de prisión por robo y fraude. Comenzó a escribir en la cárcel para matar el aburrimiento y, a pesar de esa circunstancia, sus novelas, con sus ingeniosas tramas y rápidos diálogos, representan el lado más ameno y risueño de la edad de oro del misterio.

# La edad de oro de la novela de misterio

Las novelas de misterio, o de ficción detectivesca, arrasaron entre los años 20 y 30 del siglo pasado.

De origen británico en su mayor parte, compartían estilos similares y cierta predilección por patrones concretos, como la escenificación del delito en una gran casa de campo inglesa y protagonistas pertenecientes a la clase alta. Estos crímenes, que podían incluir sangre pero raramente violencia explícita, se caracterizaban por una cierta inocencia y ligereza que quedó desfasada al estallar la Segunda Guerra Mundial, momento en que dejaron de publicarse de manera generalizada.

Agatha Christie fue la máxima representante de un imperio en el que también destacaron nombres como Margery Allingham, Ngaio Marsh, Josephine Tey, G. K. Chesterton o Dorothy L. Sayers en Inglaterra, Georges Simenon en Bélgica, o Ellery Queen, S. S. Van Dine, John Dickson Carr o Erle Stanley Gardner en Estados Unidos, entre otros muchos.

## Los diez mandamientos de la edad dorada

Las reglas del juego eran importantes, porque estas novelas eran consideradas juegos: un tipo de enigma-rompecabezas (al estilo Cluedo), así que el autor Ronald Knox codificó en 1929 los diez mandamientos que debía cumplir una novela de misterio:

1. El criminal debe ser mencionado en la primera parte de la historia pero no debe ser nadie de cuyos pensamientos el lector esté al tanto.
2. No se acepta ninguna intervención sobrenatural.
3. No se permite más de una habitación o pasadizo secretos.
4. No se puede utilizar ningún veneno desconocido para la ciencia ni ningún dispositivo que precise de una larga explicación científica al final
5. No deben aparecer chinos\* en la historia.
6. El detective no puede ser ayudado por ningún accidente ni tampoco puede tener ninguna intuición inexplicable que resulte ser verdadera.



7. El detective no puede haber cometido el crimen.
8. El detective ha de hacer públicas todas las pistas que descubra
9. El colaborador del detective, el “Watson”, no debe ocultar al lector ningún pensamiento que pase por su mente y su inteligencia ha de ser ligeramente, solo ligeramente, menor que la inteligencia del lector medio.
10. Los hermanos gemelos, y los dobles en general, no deben aparecer a menos que se haya informado al lector con antelación de su existencia.

\*Esta regla intentaba evitar los clichés raciales predominantes en las obras inglesas de los años 20.

Este resumen sobre [la edad de oro del misterio](#) ha sido extraído de Wikipedia.

## **Entérate de nuestras novedades y... ¡te enviamos un libro gratis!**

Déjanos tu correo electrónico y, además de informarte sobre nuestras nuevas publicaciones, te enviaremos completamente gratis, en formato epub o pdf *El misterio de Copper Beeches*, una de las mejores aventuras del gran Sherlock Holmes, que da nombre a nuestra editorial.

Y no te preocupes que no te vamos a dar la tabarra, ni vamos a comerciar con tus datos, solo lo utilizaremos para enviarte información (cuando la tengamos).

También nos puedes seguir en nuestras redes sociales donde nos hará mucha ilusión tener comunicación directa contigo.

Si quieres contactar con nosotros para otra cosa, enviarnos una novela de misterio *vintage* o simplemente contarnos tu vida, estaremos encantados de atenderte en: [hola@sherlockeditores.com](mailto:hola@sherlockeditores.com)

## **Danos tu opinión**

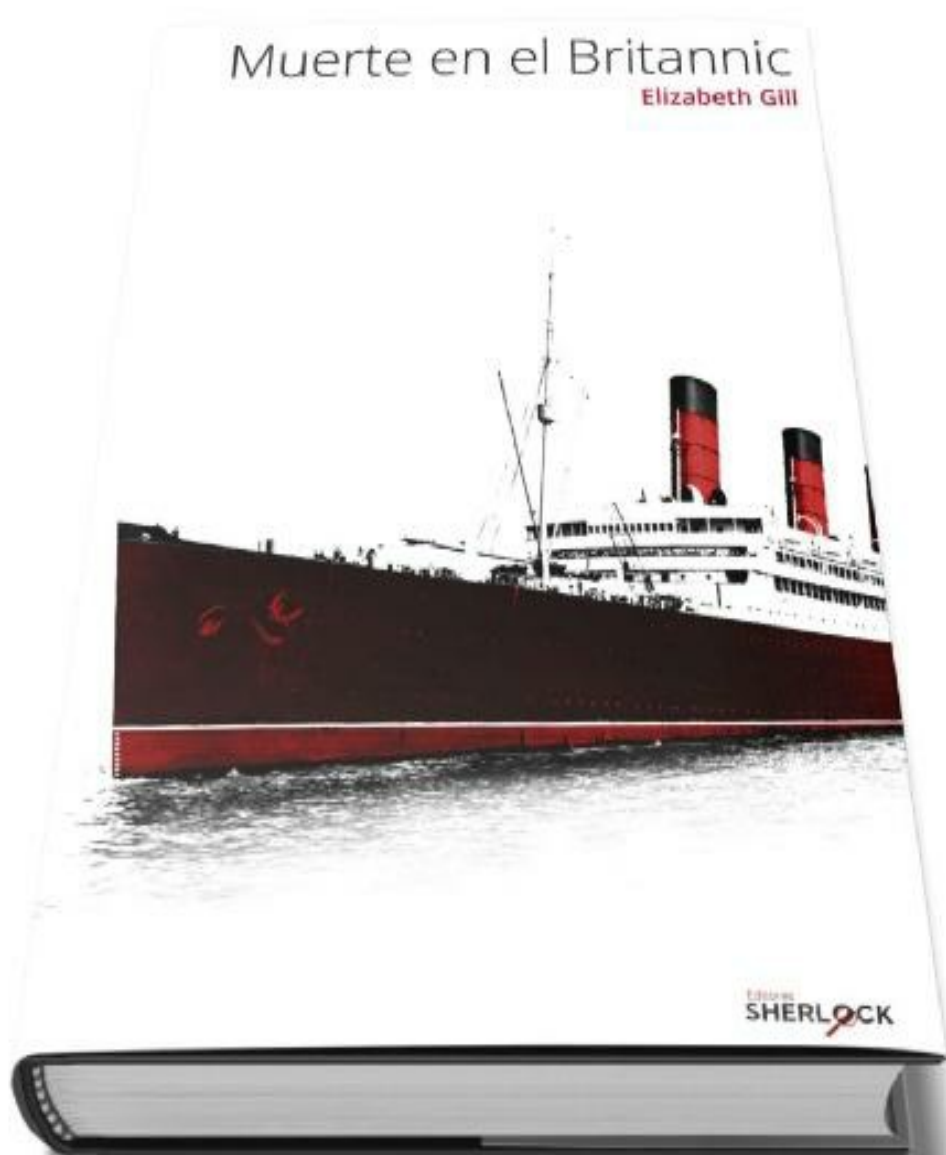
¿Has leído alguno de nuestros libros? ¿Tal vez todos? (No es tan difícil, solo tenemos cuatro por el momento:)).

Si ese es el caso, tu juicio es importantísimo para nosotros. Déjanos, por favor, tu opinión en esta [mini-encuesta](#). Contestarla solo te va a llevar dos minutos (¡cronometrados!).

Si no nos has leído, también nos interesa saber por qué. Como lector o lectora tienes todo nuestro respeto. ¿Qué te parece nuestra editorial? ¿Tienes sugerencias de autores u obras?

¡Tu opinión es fundamental para que podamos crecer y mejorar!

Si te has quedado con ganas de más novelas de la edad de oro del misterio, aquí tienes los primeros capítulos de *Muerte en el Britannic*, de Elizabeth Gill.



# Muerte en el Britannic

## Día 1

### CAPÍTULO 1 | El Britannic

El Ocean Liner Express *volaba* hacia el mar a más de cien kilómetros por hora. El tren iba abarrotado de norteamericanos que regresaban a casa después de haber pasado la temporada de verano en Inglaterra y que, a diferencia de sus colegas ingleses, no paraban de charlar. Sus voces agudas formaban un claro contraste con la verde y serena campiña inglesa que se divisaba por la ventana. O eso, al menos, era lo que pensaba el caballero inglés que en ese momento intentaba abrirse camino por el pasillo.

“Determinación”, se dijo. “Esta gente tiene determinación. Saben lo que quieren y van a por ello... Espero que mis cuadros les gusten...” pensó, ya que se dirigía a la inauguración de su primera exposición en Nueva York.

Benvenuto Brown era un hombre de unos treinta y cinco años vestido con un sombrero de fieltro, una gabardina Burberry y un traje de franela, cómodo y de buen corte, pero un poco pasado de moda ya. En su cara, tostada por el sol, destacaba una larga nariz. Sus ojos azules revelaban sentido del humor y agudeza, pero no se puede decir que reflejaran determinación, precisamente.

Sentado frente a la ventana, contemplaba con placer la sucesión de granjas, praderas y arroyos que pasaban rápidamente ante sus ojos... La mañana era soleada, el día era radiante y el paisaje no podía ser más *inglés*. Benvenuto Brown, pintor y viajero empedernido, había vivido todo tipo de aventuras mientras servía en la British Intelligence durante la guerra, pero estaba entusiasmado como un niño ante este viaje a América.

Se llevó una mano al bolsillo delantero izquierdo y sacó un paquete de cigarrillos mientras se fijaba por primera vez en las dos personas que compartían su cabina. Era una pareja entrada en años, ingleses desde luego. Ella era una mujer voluminosa y de aspecto maternal y expresión plácida y despistada. En él, bajo y fibroso, llamaba la atención la mirada alerta de sus ojos inteligentes. Su porte era el de un lord inglés.

—¿Les importa si fumo? —preguntó Benvenuto.

Ella levantó distraída la mirada de su labor de costura y le sonrió con benevolencia.

—Sabes bien —le dijo con reprobación— que llevo aguantando el humo de Pindlebury durante treinta años. ¿Cómo me va a importar?

Su marido se volvió bruscamente hacia ella soltando el *The Times* que estaba leyendo. —¡Santo cielo, Margaret! —exclamó—. No has visto a este joven en tu vida. ¿Cómo se supone que va a conocer mis hábitos de los últimos treinta años?... Y por amor de Dios, no exageres de esa manera. Mis disculpas, señor —añadió, volviéndose hacia Benvenuto—. Disculpe a mi esposa. Tiene buena intención pero es muy distraída. ¿No prefiere uno de mis puros?

Mrs. Pindlebury dejó la labor sobre su regazo.

—¡Oh! Disculpa, querido y... perdone señor, me temo que le he confundido con un viejo amigo. ¡Qué vergüenza! No sé qué va a pensar de mí. Todos son extraños en este tren, pero le he visto a usted y su cara me ha parecido familiar, por algún motivo.

—Vaya. ¡Qué amable de su parte! —replicó Benvenuto, recuperando un ovillo de lana rosa que había rodado debajo del asiento—. Me halaga que yo le recuerde a un amigo.

Mrs. Pindlebury, tranquilizada, le devolvió la sonrisa de complicidad y volvió a su labor.

—¿Es su primer viaje? —preguntó Mr. Pindlebury en un tono de voz que debió de oír todo el tren.

Benvenuto asintió desde detrás del puro que estaba encendiendo.

—¿Se va a quedar mucho tiempo en América?

—No tengo ni idea, para ser sincero. Espero conseguir algunos encargos, unos retratos, así que pueden ser seis meses... o seis años, quién sabe.

Mr. Pindlebury resopló.

—Pues fíjese bien en *esto*, joven, y consérvelo en su mente —observó golpeando la ventana con su puro—, porque no verá nada igual.

—¿No le gusta América, señor? —preguntó Benvenuto.

—No es un tema de que me guste o no. *No es Inglaterra*. Todo es demasiado grande allí: el paisaje, los edificios, hasta las ostras son demasiado grandes. Es ridículo... Pero tiene que probar las *Blue Points* de todas formas.

—¿*Blue Points*?

—Las ostras. Muy buenas, sí. Y hay también un cangrejo de concha blanda que lo cocinan con un chorro de... Vaya, vaya... ¡Pero si ya hemos llegado!

Vamos, Margaret, date prisa. Aquí tiene mi tarjeta, señor. Espero que nos veamos en el barco. Cuidado, Margaret, se te ha caído la lana. ¡Vamos! ¡Date prisa!

Benvenuto echó un vistazo a la tarjeta que tenía en su mano:

*Mr. Samuel Pindlebury*  
*Thurston Manor*  
*Leicester*

Y la guardó en el bolsillo con la esperanza de volver a encontrarse en el futuro con los Pindlebury.

El tren se acercaba rápidamente al muelle de Southampton. Benvenuto se asomó por la ventana para disfrutar del sabor salado del mar y del placer que siempre sentía al llegar a un puerto. Contempló los enormes transatlánticos y leyó impresionado sus nombres, como si se trataran de celebridades de la gran pantalla.

En el muelle de la Cunard, se alzaban las chimeneas rojas del Berengaria. Detrás estaba el Olympic, bajo la bandera de la White Star y a continuación... su corazón dio un vuelco, ahí estaba su barco, el Britannic, un gigante imponente.

Sacó la cabeza por la ventana, llamó a un portero, bajó del tren y se alejó por la plataforma hacia la entrada del muelle. Una multitud de elegantes pasajeros de primera clase avanzaban despacio hacia el barco, desprendiendo una mezcla de aromas, mitad perfumes caros, mitad humo de habano. Esquivó a un grupo de mujeres vestidas a la última moda, a otro de niños norteamericanos con su institutriz al frente y una montaña de baúles y palos de golf y consiguió llegar a la pasarela.

Suspiró con satisfacción. Después de un duro verano de trabajo en Londres, nada le apetecía más que cinco días de carísima brisa marina. Se iba a dedicar a disfrutar a fondo de la buena vida y no pensaba hacer nada que requiriera más esfuerzo que comer, dormir, pasear por cubierta y leer las últimas revistas. Cinco días sin llamadas de teléfono, sin hablar con nadie, salvo tal vez un poco con el sobrecargo y otro poco con los Pindlebury... ¡Qué felicidad!

Miró distraído a su alrededor. ¡Qué bien vestidos iban los hombres, con

sus *tweeds* ingleses y gabardinas de viaje! Y las mujeres, con cortes engañosamente simples y un aspecto ligeramente victoriano, elegante y femenino, que era el último grito de la temporada...

Delante de él, preparada para saltar a cubierta, se encontraba una mujer vestida completamente de negro. Benvenuto Brown parpadeó y observó su espalda con interés. Había algo que no encajaba... El vestido que llevaba no era obra de un diseñador encaprichado con las modas de épocas pasadas. No. Era *auténtico*. Las grandes hombreras, las mangas abullonadas, el tejido negro y rígido, un leve pero inconfundible olor a naftalina... Benvenuto regresó de pronto a su niñez y recordó a su madre vestida exactamente igual...

La mujer *victoriana* se tropezó al saltar desde la pasarela a la cubierta y soltó su bolso de piel negra, enviando todo su contenido por los aires. Un instante después, Benvenuto se encontraba a cuatro patas buscando de entre los pies de los irritados pasajeros un montón de artículos desperdigados por el suelo... Consiguió recuperar un monedero de piel, un pañuelo, un pasaporte y los fragmentos de una botella de sales.

—Me temo que esto ha quedado inservible —sonrió mientras le entregaba su bolso y el envase roto.

Una cara pálida y seria, marcada por las arrugas y unas profundas ojeras, se giró hacia él.

—No tiene ninguna importancia. Es usted muy amable. Muchas gracias, señor —dijo con voz temblorosa.

Y huyó de inmediato hacia el interior del barco, agarrando su bolso con fuerza.

Benvenuto la siguió con la mirada. “¡Vaya!, una pasajera *diferente*”, pensó.

—¡Todos los visitantes fuera del barco, por favor!

La voz del sobrecargo retumbó en el elegante vestíbulo principal. Los pasajeros se alegraron secretamente de que terminaran de una vez las siempre eternas y embarazosas despedidas.

Benvenuto Brown se paró al pie de la gran escalinata y entró en un ascensor que le transportó casi instantáneamente a su cubierta exterior.

Entró en su camarote, a la vez opulento y funcional, y lo examinó con satisfacción. Se trataba de un dormitorio completo con su cabecero dorado, vestidor, escritorio y un par de cómodas butacas. Era hasta demasiado lujoso.

Solo un ojo de buey recordaba que estaban en un trasatlántico.

Abrió su maleta y comenzó a asearse para el almuerzo. Enderezó su corbata delante del espejo y se detuvo un instante a escuchar. Una ligera sacudida le informó de que el viaje había comenzado.

Benvenuto abandonó su camarote y entró en el salón restaurante de muy buen humor. El *maître d'hôtel* le recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor. Su número de camarote, por favor... ¡Ah, sí! Por aquí, si me permite, Mr. Brown.

Benvenuto le siguió a través de un laberinto de manteles de lino y cuberterías de plata hasta que llegaron a una mesa individual apoyada contra la pared y situada, para su satisfacción, a considerable distancia de la banda de música. El camarero le acercó la silla y Benvenuto se sentó a estudiar la carta, demasiado larga y variada para su gusto.

—Caviar, huevos *Mornay* y escalope con guisantes, por favor —solicitó.

Rechazó un *cocktail*, prefiriendo una pinta de *Pouilly* y, por fin, se relajó y comenzó a observar a su alrededor.

Un inspirado pintor moderno había convertido las paredes del restaurante en una selva tropical y la banda tocaba una música de baile de inspiración africana, lo que suponía un curioso contraste con la brisa marina que entraba por las ventanas abiertas.

El salón restaurante estaba muy concurrido. Desde su posición, cerca de la pared, podía contemplar a los grupos de gente que iban entrando. El *maître d'hôtel* se desplazaba ágilmente de un lado a otro, intentando acomodar a todos los pasajeros, y daba órdenes a los camareros, como un general que ejecuta rigurosamente un plan estratégico predefinido. Los pasajeros, libres de las capas exteriores de abrigo, dejaban de ser seres anónimos para adquirir una interesante personalidad individual.

Benvenuto bebió un sorbo de su *Pouilly*, extendió un poco de un caviar excelente sobre una tostada caliente y suspiró satisfecho. Durante cinco días dispondría de soledad, calma y tiempo libre y podría dedicarse a su pasatiempo favorito, el que ya había practicado en los cafés de Berlín, París o Viena... y que no era otro que relajarse y contemplar a la gente con la que se cruzaba, víctimas inconscientes de su penetrante ojo de pintor y su mente inquieta.

Para Benvenuto, ese era el mejor entretenimiento del mundo. El antídoto perfecto a su faceta creativa de pintor y a su actividad ocasional en



investigación criminal. Mientras otros buscaban el olvido o la distracción en los teatros, cines o libros, él los encontraba en los cafés. Con una copa en la mano, se imaginaba las vidas de los desconocidos que veía a su alrededor y en una cara, o una actitud, encontraba inspiración para sus cuadros.

Mordisqueó su caviar contento. Cinco días de distracción completa. No conocía a un alma a bordo, excepto a los Pindlebury... Y justo cuando estaba pensando en ellos, los vio. Estaban sentados en una mesa a cierta distancia. Mr. Pindlebury y el camarero jefe parecían mantener una solemne conferencia sobre el menú, mientras que Mrs. Pindlebury mostraba su habitual aspecto conforme y resignado.

Otra pareja de mediana edad, opulenta en todos los sentidos, pasaba en ese momento a su lado mientras que, justo detrás, como una barquita diminuta siguiendo a dos trasatlánticos, se desplazaba una criatura exquisita que era, probablemente y por algún milagro de la naturaleza, hija suya.

Para cuando le sirvieron los huevos, el salón estaba ya lleno. A su izquierda, se hallaba una familia americana: padre, madre y dos hijos; cultos, prósperos y de buen aspecto. “Un profesor universitario y su familia, tal vez”, pensó Benvenuto. “Buena mezcla de genes escoceses y sangre norteamericana”. Estaba a punto de adjudicarles una casa de estilo colonial y un *Packard*, cuando su atención se desplazó a tres personas que permanecían de pie a unos metros de distancia mirando indecisas a su alrededor. Benvenuto soltó el tenedor y los observó con interés renovado.

Eran compatriotas suyos, de eso no cabía duda, pero... ¿qué extraña combinación de circunstancias los habría juntado? Eran dos hombres y una mujer. Benvenuto se fijó en el hombre más bajo. Tenía los ojos llorosos y sus dedos, manchados de nicotina, manoseaban su bigote con nerviosismo. Su traje, mal cortado, y una corbata con unas rayas que podrían representar fácilmente a todos los regimientos de la nación, le distinguían del resto de los adinerados y elegantes pasajeros... ¿A qué se dedicaría? ¿Vendedor de seguros, tal vez? Y... ¿por qué demonios viajaría con los otros dos?

“Los otros dos” consistían en un joven con gafas y aire intelectual, alto, desgarrado y vestido con pantalones de franela y abrigo de *tweed*, todo viejo ya pero de buena calidad, y su acompañante femenina, alta y delgada, que se desplazaba con una gracia exquisita entre las mesas abarrotadas. Su voz, clara y sensual, llegó hasta Benvenuto.

Benvenuto controló el impulso absurdo de levantarse para hablar con ella

y se limitó a mirarla mientras se alejaban hacia una mesa. Tomó un sorbo de vino. No era su belleza lo que le había llamado la atención. La mujer que había pasado a su lado no era ni la mitad de hermosa que muchas de las jóvenes que se encontraban en el barco. No era tampoco su vitalidad, su cara era pálida y casi sin expresión. Irradiaba sobre todo tensión, tensión disimulada bajo una fachada de elegancia y distinción.

Benvenuto terminó de comer con impaciencia. Probablemente todo se debía a su imaginación. La mujer estaría cansada del viaje o convaleciente de una enfermedad o... lo que fuera... Pero sabía que quería volver a encontrarse con ella. Dejó su servilleta encima de la mesa y salió a cubierta.

El Britannic se alejaba de la tormenta que azotaba Inglaterra y se deslizaba sereno hacia un sol radiante. Benvenuto, tumbado en una hamaca, contemplaba los juegos de colores entre los nubarrones grises del puerto de Southampton y los rayos de sol que comenzaban a acariciar la cubierta. Recobró el buen humor, encendió un cigarro y se levantó rápidamente al ver que Mr. y Mrs. Pindlebury, cargados de mantas, revistas y labores de costura, se detenían delante de su tumbona.

—El almuerzo no ha estado mal —observó Mr. Pindlebury—. Espero que el suyo haya sido tolerable también. Si no ha sido así, dígamelo y hablo con el cocinero. Es un buen hombre pero muy vago. Todos los cocineros lo son.

—Mi comida ha sido magnífica, muchas gracias. ¿Dónde se van a sentar?

—¿Le importa si nos sentamos a su lado? —preguntó Mr. Pindlebury mientras hacía una seña al sobrecargo, que esperaba pacientemente detrás con las tumbonas.

Un instante después todos estaban confortablemente sentados, Mr. Pindlebury, casi momificado en media docena de mantas, mientras que su esposa luchaba por desenredarse de varios metros de lana rosa, a la vez que sonreía ocasionalmente a Benvenuto.

—Vamos a tener buen tiempo. —Mr. Pindlebury olfateó el aire—. Aunque no es algo que me preocupe. Yo no me mareo. De hecho, sería una bendición si una tormenta recluyera a todos estos paletos en sus camarotes. Tendríamos mejor servicio de cocina.

—¿Ha viajado más veces en este barco? —preguntó Benvenuto

—Veintidós veces. El capitán es amigo mío. Un buen tipo... a ver si se lo presento. Por cierto, ¿es usted ese pintor Brown que colaboró en la resolución del asesinato del joven Kulligrew?... ¡Ah! ¡Estaba seguro de que era el mismo!

Conozco a algunos de los implicados y me contaron maravillas de usted. ¡Buen trabajo, joven! Siempre he pensado que me habría gustado ser policía. Aunque no es fácil... todos mentimos y casi todos somos unos canallas... A ver cómo eliges el culpable cuando podría ser cualquiera. ¿Recuerda esa noticia del periódico de la semana pasada...?

Se pusieron a hablar de los detalles del caso y Benvenuto solo regresó al presente cuando pasó delante de él la inglesa alta y rubia conversando con el joven de las gafas.

—Esa sí que es una mujer interesante —interrumpió de forma abrupta.

Mr. Pindlebury se levantó de su hamaca y rebuscó entre las mantas su monóculo.

—Demasiado delgada —murmuró con desaprobación—. A una mujer no se le tienen que ver los huesos. Debe tener curvas. Y si no las tiene, que se ponga relleno. Mi madre, que era una mujer sensata, lo hacía. Me acuerdo de haberlo visto cuando yo era un crío. —Trazó dos círculos en el aire con sus manos—. Creo que eran postizos de pelo de caballo...

—Vamos, vamos Pindlebury... —musitó su mujer con aire distraído desde detrás de las agujas de punto.

—¡Tonterías, querida! Sabes que tengo razón y Brown está de acuerdo conmigo. Es un tipo razonable.

Benvenuto Brown se guardó su opinión para sí mismo mientras seguía con la vista la figura delicada y elegante de la mujer desconocida. Mientras la contemplaba, vio cómo ella llamaba la atención de su acompañante con un movimiento brusco y señalaba algo en el agua. En unos instantes, una multitud se agolpaba alrededor de la barandilla, asomándose al mar. Benvenuto se levantó y se acercó, seguido de Mr. Pindlebury. Un barco a vapor se aproximaba con un grupo de gente en cubierta entre los que destacaban un hombre corpulento y una joven esbelta y chic. A sus espaldas, una montaña de equipaje y algunos sirvientes esperaban también para embarcar en el *Britannic*.

Benvenuto se volvió justo a tiempo para ver que la inglesa temblaba de emoción y se agarraba con fuerza al brazo de su acompañante.

—¡Gracias a Dios! —la oyó decir.

“Bien”, pensó, “esto se vuelve cada vez más intrigante”. Mr. Pindlebury interrumpió sus pensamientos.

—Ahí tiene a lord Stoke, la última joya de la aristocracia inglesa, y su

mujer, ex actriz de revista. Pero... ¡No puedo creerlo! ¡Si está aquí Ann!

Mr. Pindlebury sonreía de oreja a oreja mientras sacudía con energía la mano de la enigmática inglesa.

## CAPÍTULO 2 | Bolas de naftalina

El Britannic se desplazaba ligero, a pesar de las toneladas de exquisiteces, vinos, perfumes, flores y sedas que llevaba en su seno. Fuera, en cubierta, las parejas paseaban del brazo, contemplando el oleaje y las estrellas. Los vestidos de noche de las mujeres resplandecían en la oscuridad y en la brisa flotaba el aroma de los puros. Dentro, en el salón de baile blanco y dorado, otras parejas se mecían al ritmo de valsos vieneses, mientras las mujeres de más edad rememoraban recuerdos de juventud y rezaban por una buena travesía.

En los camarotes del servicio, los sobrecargos y auxiliares jugaban a las cartas o calculaban las propinas que recibirían. El Britannic era un universo en sí mismo, compacto y civilizado.

Mr. Pindlebury tomó un trago de *brandy* en la sala de fumadores, dio una calada a un puro de excelente calidad y suspiró.

—Es una historia muy triste —comenzó a decir, girando su silla hacia Benvenuto—. Conozco a Ann Garstin desde que era un bebé. Ann Stewart se llama ahora. Un bebé muy hermoso, por cierto, de piernas bien rollizas. ¡Una lástima cómo cambia la gente!... En fin... Montó un buen revuelo el año que fue presentada en sociedad. Tenía a la mitad de Londres a sus pies. Podría haberse emparejado con el mejor género del mercado y sin embargo... escogió a Tom Stewart.

—¿Se refiere al biólogo que murió en un accidente de coche hace unos meses?

Mr. Pindlebury asintió sobre su vaso de *brandy*.

—Recuerdo un poco la historia —dijo Benvenuto—. Aunque yo estaba fuera de Inglaterra por esa época trabajando en un caso... Así que era su marido...

—Sí. Mal asunto. Era un hombre brillante, fue una pérdida terrible. Ann ha cambiado mucho desde entonces. Me he llevado un buen susto al verla. Ha perdido su energía, es como si estuviera hechizada. Lo peor de todo es que algún imbécil propagó el rumor de que había habido algo raro en el asunto... que habían hecho algo en el coche. Todo tonterías, claro. A la gente le encanta el drama —se puso en pie—. Supongo que deberíamos reunirnos ya con las señoras...

Regresaron juntos al salón de baile y se detuvieron un instante a contemplar a las parejas que bailaban. Mr. Pindlebury se recolocó el monóculo.

—¡Deplorable! —exclamó—. Nunca me acostumbraré. ¡Mírelas! Si se vieran a sí mismas... Falta carne en esos huesos. Tenía que haberlas visto en mis tiempos. Tenían *presencia*. Muy diferentes de estas criaturas sin pecho ni caderas. No hay nada *ahí*. Nada donde agarrarse. Nada que pueda atraer a un hombre...

“Ahí sí que hay algo que puede atraer a los hombres”, pensó Benvenuto. En la entrada, con un vestido blanco largo y fino y una capa ribeteada de plumas alrededor de los hombros, estaba la pequeña norteamericana del almuerzo. Esbelta, maquillada y perfumada, insultantemente joven, se paró un momento a mirar a las parejas y cruzó la sala. Mr. Pindlebury, ajustándose aún más el monóculo, se dispuso a seguirla, pero Benvenuto le frenó con una mano en su hombro.

—Creo que Mrs. Pindlebury está al fondo de la sala. Y... ¿no es Mrs. Stewart la que está con ella?

—Ah, sí. Ya las veo —replicó Mr. Pindlebury con expresión resignada.

Se dirigieron al sofá ocupado por Mrs. Pindlebury y Ann Stewart, que charlaban en ese momento con los dos acompañantes de mesa de Ann.

—Mr. Leonard Gowling, Mr. Brown —Mrs. Stewart realizó las presentaciones.

—Encantado de conocerle —dijo el más bajo mientras le estrechaba la mano.

—Mr. Morton-Blount, Mr. Brown —continuó ella.

El joven dirigió una mirada miope a Benvenuto a través de las gafas y le saludó mientras luchaba para que no se le cayeran de los brazos un montón de libros y documentos.

—¿Bailamos? —preguntó a Ann.

Se alejaron los dos hacia la pista de baile y Benvenuto aprovechó para escaparse y salir a cubierta.

Ahora que se la habían presentado y conocía su nombre y su historia, Ann le seguía pareciendo tan misteriosa como antes... Intentó recordar la primera impresión que se había llevado de ella. No le había parecido una mujer rota de dolor, sino más bien obsesionada con algo. Tenía que conseguir romper el hielo y acercarse a ella.

Volvió a entrar en el salón de baile, donde casi se choca con una mujer a la que reconoció inmediatamente por el olor a naftalina. Era la mujer del bolso.

—Perdone, ¿sabe qué hora es? —le preguntó ella con la misma voz nerviosa que él recordaba.

Benvenuto sacó el reloj del bolsillo.

—Las diez en punto —contestó, y la ayudó a acomodarse en la silla, tapándole las rodillas con un chal. Ella habló de nuevo.

—Perdone por hacerle esta pregunta pero...¿sabe el nombre del hombre con quien estaba hablando hace un momento? Quizá piense que soy una descarada, pero creo... creo que le conozco.

—¿A qué hombre se refiere? ¿Quizá a Mr. Pindlebury, Samuel Pindlebury, un hombre ya mayor...?

—¡Oh, no! —interrumpió ella—, el otro caballero. Uno con bigote que iba acompañado de una señora muy bella.

—¿El hombre bajito, con bigote? Ah, sí, déjeme pensar. Creo que su nombre es Gowling, me lo acababan de presentar.

—Gowling... —pronunció el nombre como si le sonara familiar—. Gowling... —repitió—. Creo que me he equivocado. Perdone y muchas gracias.

—No se preocupe. Buenas noches.

Benvenuto se giraba ya para marcharse cuando ella volvió a llamar su atención.

—¿Sabe si el viaje va a ser largo?

Benvenuto la miró sorprendido.

—Cinco días... ¿Es su primer viaje?

—¿Perdone? Oh, sí, sí... —sonrió—. No soy una gran viajera... —e inesperadamente—: No me he movido del mismo sitio en años, muchos años. Ya ni sé cuántos...

Volvió a arrellanarse en la butaca, cubriéndose con el abrigo.

—Bueno pues ahora que se ha decidido, espero que disfrute del viaje. ¿No quiere algo caliente para beber? Empieza a hacer frío aquí.

Le miró sorprendida.

—Oh, es usted muy amable... mucho... Creo que un vaso de oporto me iría bien.

—¡Pues claro! —Benvenuto hizo el gesto de levantarse de la silla pero ella le detuvo con una mano temblorosa.

—¿Es necesario entrar? Se está tan bien aquí fuera... Se respira tanta libertad...

—No, no, claro. ¡Camarero! Por favor, ¿me podría traer dos vasos de oporto?

Volvió a sentarse en la hamaca y estudió el perfil de su acompañante. Era una de esas mujeres de edad indeterminada, podía tener de cuarenta a sesenta años. Su pelo, moreno y rizado, contaba ya con algunas canas plateadas. Sus ojos negros reflejaban tristeza y su cara estaba horriblemente pálida. Sintió de pronto una enorme pena por ella.

—Este es mi primer viaje también —dijo—. Estoy deseando llegar a Nueva York. Como usted supongo...

—¿Nueva York? —preguntó ella con voz asombrada, como si no tuviera ni idea del destino del barco—. Nueva York... —repitió lentamente—. Recuerdo que mi hermana Sara emigró allí con su marido...

—Tendrá usted ganas de verlos... —se atrevió a decir Benvenuto. Pero ella movió la cabeza con aire perplejo.

—No sé... quizá se han ido a vivir a otro sitio. Nunca pude escribirles. ¿Cree... cree usted que sería fácil encontrarles?... Pero no, no debería hacerlo.

Benvenuto tomó un par de vasos de la bandeja que le había acercado el camarero, le acercó uno y brindó por su salud antes de beber un trago. Ella imitó su gesto y Benvenuto vio, incómodo, que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Es usted muy amable, muy amable... —y, abruptamente—: ¿Cuántos años tiene?

—Creo que treinta y seis —contestó Benvenuto con una sonrisa.

—¡Ah! Es usted mayor que mi hijo.

—¿Está su hijo en América?

—¡Oh, no! Está en el cielo —contestó sin dar la menor importancia al hecho, de forma que él se preguntó si habría oído bien. La desconocida se medio levantó de su asiento con un movimiento nervioso y le preguntó:

—Perdone, ¿qué hora es ahora?

—Casi las diez y media.

Ella se arropó con su chal.

—Debo marcharme ya. Ha sido usted muy bueno, muy amable, me ha hecho olvidar... Buenas noches.

Él se quedó mirando a la pequeña figura oscura hasta que desapareció.



Aún flotaba en el aire el olor a naftalina. “Ningún perfume”, pensó, “podría irle mejor”.

Se asomó a la barandilla. A lo lejos se oía la música. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el salón de baile.

## CAPÍTULO 3 | Un océano inmenso

El salón seguía repleto de parejas bailando. Benvenuto miró a su alrededor sin saber bien qué hacer hasta que divisó a Mr. y Mrs. Pindlebury y a Ann Stewart sentados en un diván.

—¡Por fin aparece! —observó Mr. Pindlebury—. Mi mujer está un poco cansada y se retira ya. Luego le veo.

Mrs. Pindlebury se despidió de Benvenuto.

—Buenas noches. Muchas gracias —le dijo misteriosamente y se alejó con una sonrisa.

Benvenuto no tuvo tiempo de preguntarse qué querría decir. Ann Stewart se disponía a retirarse también a su camarote.

—Venía a preguntarle si querría bailar conmigo —se apresuró a decir Benvenuto.

Ella le lanzó una mirada glacial pero Mrs. Pindlebury les interrumpió en ese momento.

—Baila con Mr. Brown, Ann. Baila muy bien y tú tienes que intentar divertirte... ¡Vaya!, recuerdo cuando yo era joven... ¡la de carnets de baile que habré llenado! La gente joven tiene que pasarlo bien.

La expresión de Ann se suavizó al inclinarse para besarla.

—Pues claro que me voy a divertir, no te preocupes por mí.

En cuanto pisaron la pista de baile, Benvenuto se dio cuenta de que había encontrado a una compañera de baile perfecta.

—Baila usted muy bien —le dijo. Pero Ann seguía perdida en sus pensamientos. Bailaron un rato en silencio hasta que ella rompió el hielo.

—Margaret Pindlebury es un encanto. Para ella el mundo es un sitio maravilloso donde todo el mundo es bueno y amable con los demás. Cuando estoy con ella tengo que pretender que es así.

Incluso mientras hablaba, Ann permanecía distante, como si su cuerpo estuviera presente, pero su espíritu siguiera ocupado lejos de allí. El baile terminó y le dedicó una breve sonrisa.

—¿Quiere venir conmigo a dar un paseo por cubierta? —preguntó Benvenuto—. Hace una noche estupenda.

Ella recogió su abrigo y le siguió en silencio.

—Creo que he visto antes a su amigo Morton-Blount —mintió esperando

atraerla a un terreno más personal—. ¿Es escritor?

—No —contestó Ann—. Es un hombre magnífico, con fuertes creencias y conciencia social. Llegó tarde para ser objetor de conciencia en la guerra, pero lo compensa objetando a muchas otras cosas. Siente que tiene una misión importante que cumplir y yo le envidio ese propósito en la vida.

Benvenuto la miró sorprendido. Ella se giró y, apoyándose sobre la barandilla del barco, observó la oscuridad donde debía de estar el océano.

Los motores del barco se pararon de repente y, en medio del silencio, se escucharon gritos y voces confusas desde una cubierta inferior. Ann se enderezó bruscamente y miró asustada a Benvenuto. “¡Hombre al agua!” se escuchó, y ambos echaron a correr hacia el lugar de donde provenía la voz. Las sirenas ahogaban los gritos de los pasajeros. El barco había despertado de repente y había gente por todas partes. La tripulación bajaba al agua, a toda velocidad, los botes de salvamento y un potente foco de luz se desplazaba sobre la superficie del mar.

Ann estaba temblando pero Benvenuto comprobó asombrado que en los ojos de su acompañante se revelaba algo más que el miedo o la curiosidad... Parecía ira. ¿Acaso sabía quién era la persona que había caído por la borda?

Ella ahora se había girado y buscaba ansiosamente a alguien en cubierta, ignorando su presencia. Benvenuto miró también, pero no vio ni a Gowling ni a Morton-Blount.

De pronto se oyó un grito. Los botes habían llegado a una boya iluminada que habían lanzado previamente por la borda y, en uno de ellos, un hombre en pie hacía señales con los brazos.

La búsqueda había terminado.

Después de lo que pareció una eternidad, el primero de los botes por fin regresó. Un hombre estaba inclinado sobre una figura negra y empapada en la que Benvenuto reconoció a la mujer con la que había estado hablando no hacía ni una hora.

Rápidamente se giró para contemplar a Ann, que miraba fijamente a la mujer inmóvil y comprobó asombrado que la pena y el horror que habían aparecido momentáneamente en su cara eran reemplazados por algo diferente... alivio y tal vez alegría.

Benvenuto atravesó la masa de gente buscando por todas partes a Blount y Gowling pero, después de cinco minutos de búsqueda infructuosa, se convenció de que no estaban allí.

Un impulso repentino le hizo dirigirse a la oficina del sobrecargo. En el exterior de la puerta colgaba una lista con todos los pasajeros. Recorrió rápidamente con la vista los nombres: “Gowling, Mr. Leonard, Cabina 27, Cubierta D”. “Morton-Blount, Mr. Roger, Cabina 26, Cubierta D”.

Corrió hacia el ascensor. El pasillo estaba desierto, todo el mundo estaba fuera presenciando el rescate. Llamó con los nudillos en el camarote 26, pero no hubo respuesta. Probó la puerta. No estaba cerrada con llave, así que entró y encendió la luz.

El camarote estaba limpio y ordenado. La cama estaba ya preparada para la noche, pero no tenía señales de haber sido usada. Salió y llamó en la puerta de al lado con el mismo resultado. Se paró a reflexionar en el pasillo... Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Gowling y Morton-Blount, antes incluso de averiguar si la mujer estaba viva o muerta. Recorrió el salón de baile, la sala de lectura, la biblioteca, el salón-comedor, la sala de fumadores... Nada. Como si se les hubiera tragado la tierra. Entró por último en el bar y lanzó un suspiro de alivio. En una mesa al fondo, en una esquina casi sin iluminar, Gowling y Morton-Blount charlaban en un tono casi inaudible. Benvenuto se dirigió al mostrador, pidió una copa y atravesó la sala sentándose de espaldas a ellos. Su copa quedó intacta mientras escuchaba atentamente la conversación a su espalda... Los dos hombres discutían apasionadamente de... fertilizantes artificiales.

## Table of Contents

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Sobre el autor](#)

[La edad de oro de la novela de misterio](#)

[Muerte en el Britannic \(extracto\)](#)